

SANTIAGO VACA GUZMAN

SU EXCELENCIA Y SU ILUSTRISIMA



Historia
Verdadera

con
mucho traza
de novela

CURAS,
OBISPOS
GOBERNADORES
Y LA MUJER
EN LA POLÍTICA
NACIONAL

En venta:
en la librería JUAN PALUMBO
RECONQUISTA 320
BUENOS AIRES

SU EXCELENCIA Y SU ILUSTRÍSIMA



UNA HISTORIA VERDADERA CON MUCHAS TRAZAS DE NOVELA

PUBLICACIONES DE S. VACA-GUZMAN

- LA ADUANA NACIONAL.— Estudio teórico-práctico sobre la aplicacion del sistema proteccionista con relacion á la produccion en la República Argentina. 1878.
- OBLIGACIONES DEL CONTRATO DE COMPRA-VENTA. — Exencion del depósito del precio en la adquisicion de inmuebles cuyos títulos son deficientes. 1879.
- LA USURPACION EN EL PACÍFICO. — Bolivia y Chile y sus tratados de limites. Reseña del debate sostenido desde 1842 hasta Febrero de 1879. Con la carta de los territorios usurpados por Chile. 1879.
- INTERESES COMERCIALES ENTRE BOLIVIA Y EL PLATA.— El Pilcomayo. Estudio sobre las ventajas y la posibilidad de la navegacion de esa vena fluvial. 1880.
- EL DERECHO DE CONQUISTA y la teoria del equilibrio en la América latina. 1881.
- BOLIVIA.— Origen de su nacionalidad y sus derechos territoriales. 1882.
- LA LITERATURA BOLIVIANA.— Reseña general acerca de los escritores en verso y prosa, medios de publicacion y oratoria en el Alto Perú. 1882.
- EL EXPLORADOR CREVAUX Y EL RIO PILCOMAYO.— Conferencia celebrada en la Sociedad Geográfica Argentina. 1882.
- LA MUJER ANTE LA LEY CIVIL, LA POLITICA Y EL MATRIMONIO.— Primer tomo. 1883.
- DIAS AMARGOS.— Novela juridico-social. 1886.
- EL CHACO ORIENTAL.— Su conquista y civilización. Consideraciones económicas. 1887.
- REGLAS DE DERECHO INTERNACIONAL PENAL.— Proyecto de decisiones. (Sancionado por el Congreso Internacional de Montevideo con modificaciones de forma). 1888.

EN PUBLICACION

CONFIDENCIAS DE ULTRATUMBA.

SU EXCELENCIA
Y
SU ILUSTRÍSIMA

UNA HISTORIA VERDADERA

CON MUCHAS TRAZAS DE NOVELA

POR

SANTIAGO VACA-GUZMAN

OBRA PRECEDIDA DE UN JUICIO CRÍTICO

POR

EL MISMO

BUENOS AIRES

ARNOLDO MOEN—LIBRERO EDITOR
NUEVA LIBRERIA EUROPEA, CALLE DE LA FLORIDA NÚM. 347

1889

Imprenta EUROPEA, Moreno esquina Defensa.



REQUILORIO

Amigo lector :

Muchos deseos tenia de que la presente historia, por lo mismo que tan curiosa y rara es de suyo, viniese recomendada por alguna docta y autorizada opinion que, juzgándola con juicio imparcial, á su lectura te estimulase, si es que en ella encontrara algo que valiere, ó te ahorrase este trabajo aconsejándote la deseches, si en ella nada digno de tu delicado paladar descubriere. Mas, cuando en busca de tal padrino trataba de encaminar mis pasos, asaltáronme dudas y temores que me hicieron desistir de mi propósito. Volviendo la vista hacia lo que la experiencia á nuestras espaldas deja, díjeme: quien quiera que haya de juzgar el libro, ó ha de ser algun grande amigo mio que de estas cosas entienda, ó ha de ser persona á mi amistad ajena, en literarias labores erudita. Si lo primero, por mala que sea la obra, mi amigo ha de ponderarla en alto grado, pues, la buena amistad extravía y apasiona, haciendo ver las cosas con los ojos del afecto mas bien que con los de la razon fria y serena. Siendo

esto así y no guardando proporcion el elogio con el valor del trabajo, hubiéramos de quedar descontentos, tu lector, por el involuntario engaño y yo el autor, por el disgusto que en tí causare la buena voluntad y ceguedad del crítico.

Si lo segundo, pudiera la mucha doctrina y ciencia del juez ser tan puntillosa, exigente y severa que midiendo la obra por su saber y su numen, la encontrara tan raquí-tica, desaliñada y pobre que con solas cuatro palabras, aunque con bonito modo, á la pena capital la condenase, con cuyo motivo bien desconsolado y triste quedaría el autor, aguantándose las ganas de dar á luz un hijo que no pocos desvelos le cuesta y al que, acaso, medianas prendas no le falten.

En estas imaginaciones me enredaba cuando saliéndome al encuentro la oficiosa razon, me dijo: Mira, hijo, no te extravies y pierdas en senda tan vana cuanto de intrincada salida; vente por el camino llano y no te largues á molestar la gente fuera de casa, cuando dentro de ella tienes quien del mal paso en que te encuentras puede airosa sacarte.— Pues, y ¿quién es este generoso protector de desamparados? la pregunté.— Yo, me repuso muy ufana; yo, que acostumbrada como estoy, á fuer de vieja, á mirar las cosas serenamente, ajena como soy á la ceguedad del amor propio, libre como vivo á toda interesada retribucion, y devota como siempre he sido de la verdad, que nunca lo cierto altera porque su fragilidad á ello no alcanza, puedo, acomodándome á mis propias condiciones, decir lo que es y lo que vale el muchacho cuya suerte tan preocupado te trae.

Muy atinadas me parecieron las palabras de mi interlocutora y acogiendo su ofrecimiento, repuse: — Bien

venidos tus servicios sean, señora de mi ánimo; llene en discreta forma tu sano juicio la tarea que tanto anhelas, hable tu labio con imparcial criterio y muestre, al que estas páginas leyere, la verdad limpia y neta de lo que en ellas encontrases.

Y diciendo esto puse el libro en sus manos, recibiendo á los pocos días de las mismas, el siguiente:





JUICIO CRÍTICO

El autor del presente libro ha acometido la gallarda, pero bien difícil empresa, de hacer el viaje del romance á través de la senda por la cual los clásicos de nuestro idioma llevaron sus acertados pasos, tanto lustre á las españolas letras dando, y la que, invadida por la maleza de escuelas extranjeras y novedosas, y cubierta por la mala yerba del relajamiento de la lengua, hállase, si no del todo cerrada por el abandono en que yace, al menos bastante obstruida, difícil paso otorgando al que por ella caminar intenta. Pobre y desvalido es quien tan atrevida obra acomete, pero válgale la pureza de la intencion si las fuerzas le escasean y sus anhelos á poner en buen punto no alcanza. La fe le salve, que por grave que su culpa fuere, ha de encontrar, por mui mal que le vaya, la compasiva absolucion del eterno olvido. ¡Quiera, sin embargo, la voluble suerte tenerle de la mano y no dejarle caer en tan honda sepultura!

Cierto que, para los vientos que en nuestros tiempos soplan, en arriesgado mar tan poco entendido viajero se embarca, pues, lejos de dejarse llevar de la corriente por

donde los expertos y los inexpertos viajan, la proa de su nave por cuasi desiertos mares hácia olvidadas comarcas encamina. La falta será solo suya si en vez de seguir por la vulgar derrota y llegar á conocido puerto, en mitad de su carrera, de todo auxilio falto, abandonado náufraga.

Conociendo por nuestra parte los muchos peligros á que nuestro autor se lanza, despues de leer con detenimiento, y dicho sea de paso, con no poco regocijo su novela, creimos ejercitar la caridad con él poniéndole presente lo riesgoso de la aventura que acometia y lo prudente que era apartarse de tan singular propósito; y así, en cuanto le tuvimos en nuestra presencia, le hablamos de este modo:—Laudables y sanas son las intenciones que usted, señor mio, ha tenido en cuenta al escribir y componer su obra, procurando acomodarla á los esbeltos, graciosos y á la par severos moldes de los escritores de la edad de oro de las letras castellanas, aun cuando para tan delicado trabajo le hayan faltado preciados dotes, que la naturaleza solo á sus escojidos de tarde en tarde concede.

Pero, por buena que la intencion sea, dificil será, aun cuando ingenio y buena labor le acompañasen, encaminar el gusto de los cultores de las letras por el camino que usted anhalaria, que, sino todos, por lo menos algunos de ellos le siguiesen. Cada cosa en su tiempo y los nabos en adviento. Plato delicado son las letras y hay que guisarlo al paladar de quien con él se sustenta y en él su deleite busca; y si pues, esto es así, mal avisado cocinero será aquel que lo que al paladar disgusta como esquisito manjar lo ofrezca. No son nuestros tiempos tales que lo que el

buen gusto antaño acogiera hogaño lo admitiese. Y ahí verá usted por experiencia propia lo acertado de mi aserto. Si en vez de buscar en las fuentes de la historia de lejanos tiempos motivo para su fábula; si en vez de procurar el deleite y regocijo del espíritu engranando curiosos incidentes, inesperadas peripecias y mui raras aventuras; si en vez de expurgar pacientemente el estilo para que no se muestre mui quejoso nuestro pulcro idioma; si en lugar de todo esto, usted armase su romance con escenas de nuestros tumultuosos dias y nuestras divertidas noches, dando preferente asiento á lo horripilante, á lo sensual, á lo descarnado y rudo de la vida, por bajo é inmundo que ello sea, y si dejara correr con libertad la pluma por donde ella buenamente disparar quisiera, atropellando con la castiza diction y salpicando de galicismos de todo tamaño y calidad el hermoso rostro de nuestra lengua, si por aquí caminase usted, el éxito quizá quizá no habria de faltarle y los compañeros de secta, léjos de hacerle ascos y melindres, segura estoi le habrian de estrechar entre sus fuertes brazos, y cuando menos le premiarían el desvelo y el afan con un reparador almuerzo, que si gloria no le diese, muy bien le supiera y mucho le confortara.

Oyendo lo cual, replicó el autor: todo lo que usted, señora mia, apunta, tiene sus visos de cierto y avisado, pero no ha de negarme tampoco que el campo de las letras es mui ancho y mui vasto y en él cada cual puede lucir sus galas y viajar por donde mas le acomode y le plazca. Si hay quienes, seducidos por lo que la instable novedad aplaude, gustan vestir con lo que la transitoria moda inventa; si hay quienes por la alborotada corriente

de ajenas aguas viajar anhelan; si hay quienes á los que lo extravagante place y en ello su deleite encuentran, en buena hora se lo hayan, y así vistan, viajen, y se deleiten con lo que sus gustos satisfaga; pero no ha de cerrarse por esto el paso á aquellos que, ajenos á toda amartelada inclinacion, á la transitoria novedad no doblan sumisamente la cabeza y, lejos de ello, al inconmovible y severo altar de las buenas letras rinden respetuoso culto. Así, pues, cada cosa para su cosa y cada loco con su tema.

Bien está, repuse, pero andando por el camino que usted se suelta ni ha de haber quien le celebre, ni quien su libro compre, ni lector que, aun ofreciéndoselo, lo lea, y en cambio, no pocos habrá que el atrevimiento censuren, otros que la obren aquilaten con severo juicio, y muchos mas, que burlones la muerdan é irritados la persigan. A lo cual volvió á replicar el autor: Caiga sobre mi la lluvia como ella viniera, pues, si no hay quien la obra celebre, la falta de pregonero no ha de apenarme, pues no el pasajero aplauso busco; en cuanto á no venderse el libro, Dios ampare al editor i le salve de las costas; por lo que hace á lo de no tener lectores, tan á mano como antes, no lea el libro quien no gustare leerlo, que para el tal no escribo; en punto al juicio de los entendidos, venga en buen hora la crítica razonada que la leccion ha de aprovecharme; si la animosa censura llega, gran divertimento me proporcionará ver como sudan los ceñudos fustigadores tajando el aire sin atinar á picar ni un tántico mis lomos; y si ladra y muerde la malicia, sus alborotadores gozquecillos así han de amedrentar mi ánimo como amenguar lo que de bueno ó de pasable contuviera el libro.

Viendo por nuestra parte que el autor no aflojaba de

sus trece, ya que no estaba en nuestras manos salvarle del peligro, juzgamos oportuno auxiliarle dando á conocer públicamente lo que pensamos de su obra, lo cual hacemos en estos términos:

Por lo que dejamos relatado, el lector habrá colegido que el autor ha procurado regir su trabajo por las leyes de la escuela clásica castellana, que con tanta sabiduría armoniza lo útil con lo agradable, lo fácil con lo ingenioso, lo majestuoso con lo ridículo, lo tierno y sombrío con lo alegre y divertido. Puede el ensayo no ser feliz, pero quedará él como el homenaje sincero de las letras americanas á los maestros de las letras españolas, en cuyas imperecederas obras hemos bebido nuestras primeras inspiraciones y las que de tan provechosa guía nos han servido y nos sirven en nuestras labores intelectuales. Buscando apropiar la índole del trabajo á la naturaleza del asunto, le ha cabido la suerte de haber hecho sonar la flauta por casualidad, pues, el tema que sirve de tela á su romance, á mas de ser genuinamente americano, es de los mas curiosos, extraños y amenos que pudiera apetecerse, encontrándose en él escenas y peripecias de suma novedad y divertimento, siendo de notar que aun varias de ellas, que por su extrañeza parecen hijas de un ingenio travieso, son en rigor estrictamente históricas, lo cual realza la singularidad del argumento. A pesar, pues, de lo variado y nuevo de los incidentes, no pueden ellos atribuirse á la exhausta imaginacion del autor, pues todos ellos casi casi se los ha suministrado hechos y derechos la historia misma. Pero, no puede por esto desconocerse que el novelista ha coordinado con alguna habilidad pasajes que en la crónica aparecen aislados, ó acerca de los

cuales existe contradiccion entre los historiadores que de ellos hacen mérito. Esta coordinacion ha sido llevada con arte, pues el lector sigue con perseverante atencion cada escena, sin sospechar la que le sucederá luego ó la manera cómo habrá de desenlazarse cada incidente; mediante este recurso el interés se mantiene con seguridad en toda la obra.

Como diccion, se observa que el autor ha procurado ajustar su estilo, en cuanto sus débiles fuerzas se lo han permitido, al de la época en que se desarrollan los sucesos que pinta, subordinándose siempre á las lecciones de los maestros que le sirven de pauta. Obedeciendo á estas circunstancias, emplea giros y transposiciones poco usadas en nuestra época, pero que él ha creído necesario emplear, tanto por la elegancia y sonoridad que prestan al período, cuanto por la belleza y la gracia de que revisten á la frase. Así mismo, tampoco se ha detenido ni andado con escrúpulos en el uso de muchos arcaismos, sin duda por considerarlos necesarios é irremplazables, á la vez que por reputar que su uso discreto es de buen efecto en muchos casos, resucitando de paso algunas de las olvidadas riquezas de nuestro bello idioma.

Varias de las escenas que traza, así como no pocas descripciones que en la obra se encuentran, ya por la naturalidad del relato ó bien por la forma que revisten, no nos han parecido del todo mal, pudiendo el lector leerlas con deleite, si acaso le deleitaren, ó encontrarlas mui buenas, si tal le parecieren.

Por lo demás, el autor ha buscado un argumento que, acaso por proceder de épocas remotas, no satisfaga el gusto de nuestros tiempos; al hacer tal eleccion lo ha hecho.

sin duda, no porque en la nuestra no haya muchos temas que á este género de escritos puedan prestarse, sino porque ha querido utilizar un asunto originalísimo y mui interesante y entretenido, intentando con él un ensayo, que si lograrse buena fortuna, hará las veces de precursor de otros mui donosos que viven chacoteando á oscuras en su cerebro, ganosísimos de salir á hacer piruetas á la luz del rubicundo dia, y los que solo esperan ver la cara que pone el señor público al que aparece para cobrar ánimo y larguese á media la calle sin el encojimiento y mucho miedo que acompañan al presente.

Ampare la indulgencia del lector al pobrecito infante, disculpe las muchas faltas que en él notare y consuele á su descontento padre haciéndole ver, con su benévola acogida, que su hijo no es tan defectuoso, tan endeble y tan raquítico como él se lo piensa y se lo cree.

(Por autorizacion del crítico.)

S. VACA-GUZMÁN.





PARTE PRIMERA

POLÍTICA MILITAR

I

En donde se verá quien era su Excelencia y los puntos que calzaba.

Gobernaba el señor D. Felipe de Cáceres la naciente villa de la Asunción del Paraguay á mediados de aquel famoso siglo en el que los valerosos capitanes castellanos, cruzando desconocidos mares, cortando impenetrables selvas, encumbrando escabrosas cimas y atravesando áridos desiertos ensanchaban los ámbitos del dominio de los soberanos de España, y á la par que civilizaban la tierra que sometia su espada, hacian surgir Vireynatos y Audiencias para holganza y provecho de Gobernadores, licenciados y alguaciles, dando margen á riesgosas aventuras y muchas pependencias, para solaz de ambiciosos, de guerreros é intrigantes.

El señor D. Felipe enfilaba entre los últimos y no era su personita una cosa así como quiera y de poco mas ó menos entre la gente de espada, para la cual era el batallar dulce regalo, el peligro disputado gaje, y virtud

comun y sin alarde, el heroismo. Hombre de mucho cen-cerro y no escaso ruido era tan apuntalado caballero. Habíale tocado la loteria de empuñar interinamente la vara gubernativa en no pocas ocasiones, con cuyo motivo saboreó el incomparable dulzor de lo que importa estar uno solo encima de todos los que debajo quedan; súpole mui bien el cargo y holgóse en él á su agrado, que es propio de listos y avisados no dejar lleno el vaso de la ocasion propicia para que otro de un sorbo se lo beba.

Cierto es que D. Felipe en lo de valeroso y arrojado no alcanzaba la medida entera, pero en cuanto á lo de ambicioso y autoritario, sobraba de ella; y como la fortuna es moza ligera que sus prendas entrega al que mas de cerca la lisonjea y rendido la adula, aunque por torcido camino vaya y por falso escabel hasta alcanzarla suba, la verdad es que cupo á D. Felipe coger las uvas maduras, que siempre para el impotente se conservan verdes, y sobre todo, se le muestran muy por lo alto.

Como es de rigor en cosas que al que manda acompañan, bastóle llegar al gobierno para contar numerosos enemigos, soportar oposición, escuchar vociferaciones, calentarse la cabeza y acabar por atropellar con todo para no dejar desnivelado ni quejumbroso á nadie. Sus enemigos retratábanle chiquito, ruin, desalmado y codicioso, y convertian sus cualidades y sus hazañas en lunares, cargos y delitos; pero allá á sus solas él tomaba su balanza, ponía en uno de los platillos la hojarasca de la murmuracion con su saña y su veneno y en el otro colocaba todas sus aventuras y fazañas, entre las cuales pesaba gravemente aquella famosa rebellionalzada contra el Adelantado D. Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, llevada á cabo

en apurado dia (1) para tan noble caballero y consumada en tan apretadas circunstancias sin mayor riesgo ni desahogado para el apresado ni para los apresadores. Alegaba tambien el denuedo de su brazo, que abrió fácil camino á la victoria en aquella reñida lid contra los astutos Itatines, y colmaba el platillo, entre otras prendas de menor cuenta y de no chica historia, con su expedicion á travese del pais de los Chiquitos hasta la ciudad de la Plata. Cuando llegaba á este punto, sobre todo, veia Don Felipe que el platillo de su eleccion caia á plomo mientras que la fábrica y maledicencia de sus enemigos quedaba colgada y vacilante en el espacio.

Y alegado sea en su abono, sobrábale razon en su juicio y harto motivo habia para que el gozo y el contento acometiesen su espíritu i embargasen su ánimo, pues, merced á ésta peregrinacion y empresa colocóse la suerte de nuevo en el altísimo cargo en que tenemos la propicia ocasion y la no menguada honra de encontrarle y conocerle. Fué el Sr. D. Francisco de Vergara, que gobernaba interinamente en el Rio de la Plata, el promotor y cabeza de aquella expedicion creyendo hacer pesar tamaña empresa en el ánimo de la Audiencia de la Plata para que le confirmase en la posesion de su cargo y asegurase su autoridad contra todo contratiempo y desalojo. Bien se colige que D. Francisco con sobrado acierto discurria pensando que no está firmemente asentado quien como suple-falta ocupa el asiento ajeno y no hace con

(1) Décimos en *apurado dia* porque segun afirma un grave historiador, el dia de la trastada de D. Felipe, el Adelantado «se habia purgado y estaba en cama», no obstante lo cual saltó del lecho i cogió sus armas para defender sus fueros.

libertad lo que anhela y puede porque ha de estorbarlo ó deshacerlo la voluntad extraña. A fuer de previsor, y como quien se asegura de la media arroba, llevóse consigo al bueno del Obispo, no dudando que el apoyo del prelado habia de sacarle airoso en su empeño y satisfecho en sus propósitos; pero olvidaba su Excelencia que al lado de la ambicion y aun del merecimiento, vestida con noble traje y ocultando sus alevés armas, acecha celosa la intriga, por donde suele acontecer que la ilusion y la esperanza se deshacen al golpearse en los riscos que desparan la envidia en el camino.

Y no otra suerte cupo á D. Francisco, á quien los Oidores de la Audiencia, cerrando las orejas á sus razones y dando oidas á las quejas y maquinaciones de ambiciosos y descontentos, armaron nada menos que ciento veinte capítulos en menos que canta un gallo, no logrando aliviarle de tan grave peso ni el brazo protector del Reverendísimo señor Obispo. Quedóse pues, el señor Gobernador sin el pan y sin la torta y recayó el codiciado puesto en nuestro D. Felipe, mientras el Gobernador propietario, D. Juan Ortiz de Zárate, andaba por otros pagos husmeando menos magro i mas regalado beneficio.

No es cosa que hayamos de hacer prolijo inventario de las dotes físicas que adornaban á D. Felipe, á manera de lo que se estila en muchas historias contemporáneas, en las cuales para dar á conocer á la gente se hace menester pintarla prolijamente con todos sus pelos y señales, y no ha de alcanzar duradera fama quien no escudriñe y urgue lo que por dentro y fuera, limpio ó sucio, lleva todo desventurado á quien se dá cabida en las tablas del romance. Líbrenos Dios de rebuscar cosas ajenas, que no

nos dá para tanto el naípe y baste á nuestra intencion y propósito decir que el señor D. Felipe érase no mal mozo, de poblada barba, de despejada frente, de altivo talante y de bien encuadrada armadura; en suma, como todos los buenos mozos que de castellano tronco proceden.

Formaban sus pergaminos un título de contador, no sabemos si exacto y puntual, aunque no falta historiador que afirma que contaba mui bien lo ajeno en provecho suyo, por donde se vé bien claro que no tenia pelo de tonto ni de mal sumista; venia despues un despacho de General, aunque otro historiador sustenta que en lo de arremeter no era el primero y en lo de recibir dejaba para otros el regalo, pues el señor General bien se sabía que una vez taladrado el pellejo no hay físico que lo remiende, milagro que lo reponga ni fama que lo compense i lo resarza; contaba además, dos cédulas de Gobernador interino, en cuyo cargo se mantuvo siempre leal al Rey de España, tieso que tieso para con sus revoltosos súbditos, no deteniéndose en dar rienda suelta, y antes bien, dejando desbocar su voluntad por el campo de los placeres, con cuyo motivo le supo el gobierno á manjar de bodas y á bolsa abierta en donde se puede meter la mano hasta mas allá del codo, en habiendo que sacar de ella.

Y con lo dicho basta para saber con que gallito nos las vamos á tener.





II

De como no basta ser Gobernador alegre para tener bonitos sueños.

Sabroso y fácil sería para su Excelencia el oficio del gobierno que por tercera vez le había caído á las manos, á no interponerse entre sus pasos las zarzas que embarazan la senda de la vida por la cual viajan penosamente así el humilde como el poderoso. Con muchos opositores tropezaba D. Felipe, numerosos descontentos contaba, y ambiciosos rivales sacudían sobre su rostro la ortiga de la injuria ó la calumnia dando ocasion á empeñosos lances ó á recios autoritarios manotones. Pero todo esto fuera mar de leche, risueño y despejado cielo sino enturbiase la paz de su Excelencia un cierto enemigo suyo, que sin ser hombre de espada ni de aventura ni de bríos, nublaba sin cesar la claridad de sus días, turbaba su sueño, avinagrava sus deleitosos regodeos, alborotaba su sociego y no dejaba en reposo el manantial de su cerebro ni tranquila la lumbre de su enamorado pecho.

Jinete de buenas piernas debía ser el tal enemigo cuando así hacia corcobear el ánimo de todo un Gobernador, siguiéndole y persiguiéndole por donde quiera, cual la sombra á la forma, y adueñándose de su desvelo y de

su sueño como hechicero mago. En vano su Excelencia intentaba sacudir el persistente jinete, alejábale su voluntad breve instante, pero bien luego volvía el implacable enemigo á espolear su pensamiento.

Estraño enajenamiento el mio, decíase al ganar el lecho, que tan desmedrado y ruin avechuchado haya de embargar mi ánimo poniéndoseme siempre delante; Señor D. Felipe, proseguia procurando vencerse así mismo, dejaos de enemigo tan menguado que vuestro soplo desharía como nubecilla de humo, y de aquí para adelante no mas tener en cuenta tan rastrera y vil criatura. Y halagado por este propósito adormecíanse sus sentidos, plegabáanse sus lábios con sonrisa de irónico desdén, y á poco andar, profundo sueño borraba de su memoria las enojosas impresiones de la vida. Pero de pronto su receloso é inquieto magin despertaba en el fondo de su cerebro y hacíale ver que de entre las sombras que circundaban su lecho se desprendía una figura gris, deforme, mezcla de enorme rata y de ente humano; la forma se acentuaba poquito á poco, tendía en el espacio enormes alas de murciélago, revoloteaba en su alrededor, prendíase y desprendíase del sombrío muro; luego se lanzaba lentamente sobre su cabeza y don Felipe percibía que la pérfida traía asido en sus nudosas manos un enorme lanzon que terminaba en afilada cuchilla, el cual alzaba y bajaba como para asegurar mejor el lugar del golpe; cuando iba á caer sobre sus lábios y clavarle la lengua levantaba maquinalmente la mano, en medio de su sueño, y cojía la lanza, la cual se quebraba entre sus nerviosos dedos; la esfinge acobardada revoloteaba pesadamente, se golpeaba contra las paredes, como murciélago atontado por la luz, fijaba su mirada relam-

pagueante en su Excelencia y su Excelencia percibía definido y patente, en la cabeza de aquel alevoso vampiro... el rostro de su enemigo. Sonreía el General con su triunfo mientras su vencido adversario se condensaba lentamente como una sombra que iba disminuyendo, disminuyendo hasta reducirse á un punto negro y nebuloso, microscópico, impalpable, que se agitaba en torno suyo, vibraba en el aire, volaba como una mosca de un punto á otro, desaparecía súbitamente y reaparecía de pronto rozando sus narices y saltando sobre sus mejillas; después situábase sobre su cabeza y comenzaba á dilatarse y extenderse adquiriendo otra vez la forma primitiva, la forma de su tenaz enemigo; luego arrodillábase el malvado sobre la almohada y pasaba y repasaba su áspera mano por sobre su despejada frente buscando la mitad de ella; desvanecía por un momento y reaparecía armado de un agudo y largo clavo, que afirmaba con una mano en el medio de aquella, mientras la otra, apretando una enorme comba, se alistaba á dar un rudo golpe para perforar su cráneo. Cuando la pesada maza iba á caer D. Felipe levantaba otra vez el brazo, cogía de improviso el de su verdugo, sacudía rudamente toda aquella figura, que se desmenuzaba á su impulso y caía deshecha sobre su lecho en negros despojos. Otra sonrisa de vencedor resbalaba por los labios del señor Gobernador y no turbado sueño aprisionaba nuevamente sus sentidos. Pero repentinamente aquellos despojos empezaban á moverse nerviosamente, se encogían y estiraban como patas de ganso, se levantaban de sobre las sábanas volviendo á caer á plomo, ensayaban el vuelo cual pesados pichones de lechuza y después de muchas caídas y recaídas comenzaban

á revolotear en la estancia transformados en cinco puntos negros, raudos y fugaces como sombras de cementerio; giraban en torno de su rostro, zumbaban á sus oídos y luego se asentaban sobre las almohadas y sobre el pecho de su Excelencia. Aquellos puntos indefinidos y negros crecían y se dilataban lentamente hasta tomar la forma de una figura humana reapareciendo en cada una de ellas, quintuplicado, igual y en todas semejante el adusto semblante de su enemigo. Una de aquellas malvadas cabalgaba sobre su frente oprimiendo su cabeza con sus manos provistas de largas y punzantes uñas; otra se aposentaba sobre su pecho y asíale las largas barbas para atirantar su cabeza; otras dos montaban sobre sus brazos y oprimíanle las manos sin dejarle movimiento alguno; la última pasaba afanosamente una cuerda con un nudo corredizo por su garganta, y apoyando los pies en sus hombros, tiraba con desmedida fuerza inclinando el cuerpo fuera del lecho cerrando y cerrando aquel nudo, añusgándole el tragadero lenta y prolongadamente.

Un gemido ahogado surgía de los entreabiertos labios de D. Felipe, gemido tan angustiado que hacía parar la oreja al solícito escudero que dormitaba en la vecina pieza. Luego sucedíase otro gemido mas acentuado incitando el celo del leal servidor, el cual cogiendo la dormilona lamparilla de noche se encaminaba al lecho de su señor, temeroso de algun desastre; pero encontrándole sano é ileso en medio de su fatiga procuraba volverle la quietud despertándole.

—Señor General... Señor General, le decía con voz suave, y como su Excelencia no se diese por aludido, sacu-

díale suavemente de un brazo, repitiendo: Señor General, señor General, ¿qué padece vuesa merced?

Despertaba D. Felipe con los ojos azorados y encontrando delante de sí, lamparilla en mano, á su escudero, sentábase en el lecho volviendo á la vida y exclamando bajo la presion no disipada de su pasado sueño: ¡Este condenado, este fementido condenado!... y para ocultar su debilidad y su recelo agregaba: este miserable condenado sueño... Me habia dormido con la mano sobre el corazon y cuando el corazon se aprieta... aprieta...

—Cuando el corazon se aprieta pasa el ánima por muchas apreturas, concluia el escudero.

—Tienes razon Ginesillo, decia su Excelencia, pero ya tú me conoces y harto sabes que no hay alma viviente en este mundo ni en el otro capaz de apretar al General Don Felipe de Cáceres.

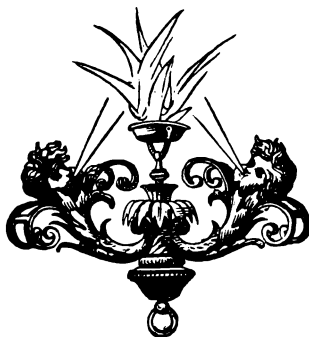
—Dígalo vuesa merced con voz de profeta por lo que en el andar del tiempo viniere, que por lo que de lo pasado queda, juro por mi ánima que ni el mas valeroso brazo pudo jamás con vuecelencia.

—Dices bien, Ginesillo; agradezco la demasía de tu diligencia y celo, la cual á los dos nos trae despiertos por causa de aquel condenado... sueño; ahora, vuelve á tu puesto y deja duerma tu señor, que bien lo ha menester.

Retirábase el escudero ganoso de cerrar los ojos; mas en cuanto á D. Felipe, no era ya cosa que volviera á conciliar el sueño, aunque tal era su anhelo. La reciente pesadilla mantenía su desvelo hasta que la luz del dia le hacia saltar del lecho, todo trasnochado y molido por la fatiga del delirio y del insomnio. Y así pasaban lentos los dias, largas y penosas las noches para D. Felipe, no

encontrando beleño para adormecer su preocupacion y sus desconfianzas.

Pero, ¿cuál era el maleficioso encantamento que tan mal parado traía á su Excelencia, tal desafuero cometia con todo un señor Gobernador y en tal conflicto y desasosiego mantenía al señor General Don Felipe? ¿Quién era este indomable, crudo, tenaz, implacable y temible enemigo?





III

Su Ilustrísima el Reverendísimo señor Obispo de la Asunción.

Pues, sí señor, que no era otro y nadie imaginar pudiera que pastor tan apacible y manso, como lo era su Ilustrísima, tanta congoja y desazón á todo un General y Gobernador causara. Cierto es que el señor Obispo no era paja de desecho en cosas de gobierno y de política, y si el señor General hacia ruido y sacudía el cencerro de sus fazañas para aturdir á sus malquerientes, en cambio su Reverencia era hombre de matraca y de campanas. Y á fin de que lo dicho no sea tomado por el malicioso lector como lisonja, adulacion, ó calculado interés en lavar la cara á su Ilustrísima, en abono de nuestra imparcialidad menester se hace decir brevemente quien tan alto personaje era y los méritos que le acompañaban.

Poco mas ó menos como al señor General le habia cabido parecida suerte al señor Obispo. Corriendo parejas con la fortuna que ayudara á aquel, su Reverencia habia llegado á calarse la mitra á falta de pastor mas solícito que él en apacentar el rebaño de la cristiana grey

que empezaba á multiplicarse en el aprisco del Rio de la Plata. Desde que el fuerte de Asuncion fué tomando por su crecimiento humos de villa y desde que la villa llegó á ser asiento de gobierno y corte de linajudos caballeros, las cosas de Dios y de su Iglesia se iban por torcida senda sin que hubiera quien pusiese reparo á los extravíos y al buen camino los tragese. Muchas quejas recibia su Santidad á causa de los malos pasos y no mejores salidas en que se decia andaban los pocos clérigos seculares y frailes conventuales que habian tomado á su cargo la empresa de suministrar el pan espiritual á la naciente colonia, á la vez que la de traer á la fé católica á las salvajes tribus que sometia la espada de los conquistadores. Con este grave motivo, y otros de no menor importancia, mediante la influencia de S. M. el Emperador, su Santidad Paulo III erigió en obispado la villa de Asuncion y lo que dentro de su gobierno cabía, bajo el título de *d'Oppidum seu Pagus de Río de la Plata*, proveyéndose la silla en D. Juan de Barrios, religioso observante de la órden de San Francisco. Nunca nos dispensó su Ilustrísima el honor de su visita por estos pagos, con cuyo motivo el Reverendo Padre Fray Pedro de la Torre, religioso de la misma órden, fué preconizado para tan alto cargo, el cual se encaminó luego á levantar el edificio de su flamante diócesis. Rodeado de gran majestad y pompa, cual convenía á tan sagrada persona, hizo su Reverencia la peregrinacion á través del negro Atlántico. Tres naves dotadas de abundantes provisiones formaban el convoy episcopal, pululando dentro de ellas numerosos clérigos, copetudos caballeros y diligentes domésticos.

Mucho contento y regocijo causó en la Asuncion la nueva del arribo de su Ilustrísima, esperando sus moradores que el santo prelado conjuraría los males y penalidades que afligian la villa. Hizo el señor Obispo su entrada solemne en ella el domingo de Ramos, en medio del alborozo y aclamacion de cuantos estantes y habitantes habia en ella, todos los cuales derramaban flores sobre su venerable cabeza, tendian sus mantos y capas á su paso y levantaban en alto las verdes palmas de que habíanse provisto para salir á recibirle, exclamando como si recibiesen á otro hijo de Dios: ¡Oh sanna! ¡oh sanna al Dios de las alturas que su pastor nos envía!

Su Ilustrísima repartía su protectora bendicion á la diestra y á la siniestra, complacido de tal recibimiento. El señor Gobernador D. Domingo Martinez de Irala no quiso desperdiciar la ocasion de atraerse la gracia del cielo y corrió solícito y reverencioso al encuentro del prelado, arrodillóse á sus plantas, besóle la esposa y recibió, á su turno, una bendicion singular que llenó su corazon de orgullo, quedando su Ilustrísima prendado de la humildad y rendimiento de tan poderoso príncipe.

Al siguiente día hubo misa solemne celebrada por su Reverencia, concediéndose indulgencia por cuarenta días á los que concurrieron á ella, que fué todo el mundo, con cuyo motivo quedaron muchos grandes pecadores limpios de toda culpa y cargo, los enfermos de corazon lavados y puros, y beatificados temporariamente no pocos enamorados capitanes y caballeros que violaban la ley de Dios infringiendo señaladamente el sexto y noveno mandamientos, que era en donde mas habia que corregir, lavar y remendar.

Con tal ocasión sisáronse muchos matrimonios rajados ó rotos, amansáronse muchos bravísimos esposos; templaron sus celos y midieron sus pasos, acciones y palabras las esposas; mostráronse mas pudorosas, honestas y castas las doncellas de toda condicion y clase, y todo entró en su lugar y quicio mientras Lucifer, justamente resentido por lo mucho que se le difamaba, se abstuvo por algunos días de poner nuevamente en juego los hilos de sus tentaciones y maleficios.

Pero como es la humana naturaleza débil y flaca pudiendo mas en ella la seduccion del deleite que el desabrido consejo del entendimiento y la austera sujecion al deber, á poquito andar cogió otra vez el rebaño por la trillada senda y se fué aquerenciando en el sabroso pasto del pecado, bebiendo á sus anchas en el manantial de la impureza y la prevaricacion. Quísolo sujetar de nuevo su Ilustrísima, mas, como aquel se arrimase á un lado y su Reverencia tirase hácia el otro, llegó á atirantarse tanto la cuerda que no habia modo ni manera de aflojarla. Empero, si las cosas de la grey tal caminaban, el señor Obispo llevábase, en cambio, en buenas amistades con todos los Excelentísimos Señores Gobernadores que el asiento gubernativo calentaban no por tan largo tiempo como ellos lo quisieran. Con quien señaladamente mas amistosas migas habia logrado hacer su Reverencia fué con Don Francisco de Vergara, á cuyo bando se habia inclinado de muy buenas ganas, habiéndole cabido la honra de presidir la eleccion popular que por muerte de D. Diego de Mendoza fué necesario llevar á cabo y la cual hizo recaer el gobierno en tan gentil caballero. Hizo su Ilustrísima la solemne proclamacion del elegido como

Gobernador, capitán general y justicia mayor en la parroquia de la Encarnación, con grande aparato, júbilo y aparente contento de muchos desairados postulantes. Tan pagado estaba, con estos motivos, su Ilustrísima del señor Gobernador D. Francisco, y el señor Gobernador tan granjeado de su Ilustrísima, que cuando su Excelencia, sintiendo que cojeaba el banco del gobierno, emprendió aquella ya citada expedición á través del país de los Chiquitos, llevóse consigo al prelado como columna de sostén y apoyo, saliendo burlado en su empeño, como ya queda apuntado.

Vuelto á su diócesis su Ilustrísima, despues de tan ruda cuanto poco fructuosa empresa y empuñado que hubo D. Felipe la vara del gobierno, acabóse la paz entre los principes cristianos, y si el señor Gobernador sorbía los amargos tragos que le escanciaba su Reverencia, no era á su vez todo almibar ni pan bendito para el prelado, á quien su Excelencia habia declarado reñida y enconada guerra haciéndole pasar las penas del purgatorio en despierto y en dormido, como lo acredita el testimonio que de sus meditaciones trasladamos en la estancia que sigue.





IV

De cómo un pastor honesto y justo puede tener muy malas imaginaciones.

¡Oh mi Señor! ¡oh mi Dios! exclamaba su Ilustrísima en cuanto don Felipe apretaba la clavija de su autoridad mas de lo permitido, alborotaba la cristiana grey en contra del seráfico pastor y ponía en desolación y congoja su ánimo. ¡Oh mi Señor! ¡oh mi Dios! tú que á las débiles avecillas proteges y amparas contra las garras del fiero gavilan; tú que el árbol duro y corpulento alzaste para cobijar la humilde flor que á sus plantas brota, defendiéndola contra las desbocadas iras del rudo aquilón; tú que el grano que el labrador siembra en el surco, riegas y fecundas para que á tornarse llegue en apretada espiga, ¿porqué así de tu mano me abandonas, desarmado me entregas á mis enemigos y dejas que como impetuoso torrente, preñado por la lluvia, se abra ancho cauce el impuro arroyo de la iniquidad? Porqué ¡oh mi Señor y mi Dios! tal indefenso me entregas á los lazos de los impíos y los prevadicatoros? Yo te imploro, ¡oh Señor! y clamo á tí con las sagradas palabras del Rey—profeta:

Eripe me de inimicis meis, Deus meus; et ab insurjentibus in me libera me. (1) No bien sé, Señor, que es reñida pelea la vida del hombre sobre la tierra, como dijo el santo Job, *Militia est vita hominis super terram*, pero ha menester el que encamina y guía á su pueblo de tu socorro y de tu ayuda, de tus armas y de tu invencible fortaleza.

Luego, temiendo ofender al Altísimo con su sentida deprecación, prosternábase continuando de esta guisa su interrumpida plegaria: Mas no mi Señor y mi Dios, reconozco en mi tribulación y mi pena la luz de tu sabiduría y la magnanimidad de tu justicia; tú, que antes que la palabra mueva el labio escuchas el pensamiento de tus criaturas, me envías la contrariedad y la amargura y armas el brazo de mis enemigos para pesar los granos de arena de la resignación que llevo en el alma y medir la profundidad de mi fé, sumergiéndome en el abismo de la tentación y en la oscura cárcel donde solo el corazón que duda se acobarda. Gracias, mi Dios, porque así mi paciencia pruebas y mi fé con la tribulación atizas y estimulas! *Sit nomen Domini benedictum!* (2)

Quedábase largo rato su Ilustrísima embebecido en estas santas cogitaciones, cogia su breviario buscando solaz y consuelo en él para su preocupado espíritu, pero el sofocante calor que aparejaban los rayos del sol tropical aflojaba sus nervios, velaba la antorcha de su cerebro y le envolvía en una apacible somnolencia; el sagrado libro

(1) Líbrame de mis enemigos, Dios mio: y sálvame de los que se levantan contra mi.

(2) Bendito sea el nombre del Señor.

caía de sus manos y su cabeza se inclinaba sobre el pecho agobiada por la languidez y el grave peso.

En medio de esta somnolencia, la preocupación y el recelo pintaban ante sus dormidos ojos escenas extraordinarias que llegaban lentamente, se borraban, reaparecían y se sucedían incesantemente: ora presentábase á sus sentidos un horizonte vasto, ilimitado, infinito color azul de prusia muy intenso, imagen del limbo donde revolotean sin luz y sin ruido las almas de los inocentes; de pronto unas cuantas luces, como reflejos que brotan de una armadura de bruñido acero, rompían aquella monótona oscuridad; los puntos luminosos se acentuaban poco á poco y adquirían medias tintas plateadas en sus contornos; luego surjian líneas definidas, negras, crudas que daban forma y detalle á una figura humana. Su Reverencia fijaba sus ojos en ella y se mostraba á su espíritu la altanera y soberbia efigie del señor gobernador D. Felipe vestida con luciente armadura, y el cual le miraba amenazador y airado; desnudaba la afilada espada, tendía el brazo, medía la distancia, ensayaba el tiro y cuando percibía que iba á tirar una estocada á fondo sobre su pecho, su Ilustrísima espantado decia invocando al Altísimo: *Libera mæ domine, et pone me justa te et cuiusvis manus pugnet contra me!* (1) Luego extendía el brazo imaginando que empuñaba el báculo y lo oponía como un escudo contra su airado enemigo. El Gobernador tiraba á todo cuerpo, el golpe daba sobre el báculo y la espada, como débil hoja de vidrio, caía deshecha en mil pedazos.

(1) Librame Señor, y pomne cerca de ti, y la mano de quien quiera pelee contra mi.

Su Ilustrísima entreabría los ojos y agradeciendo el amparo divino, tornaba á repetir: *Sit nomen Domini benedictum!*

Cerrábanse de nuevo sus párpados y cuando el sueño embargaba sus sentidos, la loca de casa presentábase otra vez al señor General delante, desarmado, rabioso, impotente, caminando dentro de un estrecho círculo de un punto á otro, como fiera enjaulada. Poco á poco la acerada armadura iba desapareciendo de sobre el cuerpo de su Excelencia hasta que quedaba sin mas hábitos que los que trajo al venir al mundo; luego se acentuaban sus formas tomando proporciones irregulares, angulosas, ríjidas; sus cabellos retorciéndose semejaban un enjambre de vívoras aprisionadas por la cabeza; estrechábase su frente dando en cambio nacimiento á dos enormes y agudos cuernos de cabrón montés; alargábanse las uñas de sus pies y de sus manos, convertíanse sus espolines en agudos pitones de gallo y la vaina de su espada, que le habia quedado colgada del cinto, tornábase en una larga cola de león cubierta de gruesas y chispeantes cerdas en su extremidad. La figura del General adquiría un color de púrpura brillante como el de las ascuas sopladas por el viento; sus ojos redondeados despedían chispas y el resuello de su pecho salía en forma de humo quemante y sulfuroso. Revolvíase su Excelencia para una y otra parte, tentando asaltar á su Ilustrísima, pero el báculo no le permitía acercarse ni llegar hasta él. En medio de su desesperación el General lanzaba un grito de rebelión y de conjura y de pronto empezaban á llegar, como traídas en alas de las sombras, gentes de cogulla cubiertas de hábitos sacerdotales... ¡Oh! los fementidos, los alevos y fe-

mentidos! exclamaba su Ilustrísima reconociendo en aquellas figuras muchos de los clérigos y frailes que residían en su diócesis. Poco á poco aquellos prevaricadores adquirirían las formas de su jefe y no pudiendo vencer la muralla que resguardaba á su Ilustrísima empezaban á danzar salmodiando cánticos sagrados impudicamente parodiados; aquellas voces y palabras obscenas hacían surgir de entre las sombras una horda de mujeres jóvenes, de carnes duras, graciosamente oyueladas en las articulaciones, frescas, sonrosadas y apetitosas como manzanas maduras recién cortadas de un árbol joven y vigoroso. Estas sonrientes pecadoras, encendidas en deseos impuros, rodeaban á su Excelencia y sus prosélitos, danzaban en torno suyo con la gracia tentadora de la lascivia, inclinaban muellemente el rostro sobre sus espaldas enseñando las mórbidas formas del blanco seno y luego estiraban el cuello y los labios demandando un dulce mimo. D. Felipe y los frailes, que no las tenían todas consigo ni eran gente capaz de desechar tales manzanas, rendíanse á discreción, encadenaban sus manos nerviosas con las de las bellas tentadoras, inclinaban amorosamente sus rostros sobre los labios de éstas y cuando iba á sonar el beso lúbrico de la concupiscencia, su Ilustrísima espantado hacia la señal de la cruz exclamando en alta voz: *¡Vade retro Satanás!* Disipábase la turba ante el signo de la cruz lanzando ahullidos y maldiciones, cubriéndose el espacio de oscuras tinieblas.

Pero el incansable General visto estaba que no cedía; de repente reaparecía de nuevo, seguido de su cohorte monacal, en pos de la cual venía una innumerable muchedumbre de diablillos saltones, color verde-rojizo, ar-

mados de tridentes hechos ascua, de tizones de fuego que hacían arder en el aire, arrastrando afanosamente enormes parrillas de fierro y grandes calderos en los cuales bullía plomo derretido ó pez negra que chirriaba incesantemente; acercábase la turba á su Reverencia, circundábale, encaramábanse los unos sobre los otros intentando saltar sobre su cabeza y sus espaldas.... *Pater noster qui es in celis*, decía su Reverencia rezando la oración dominical en el colmo de la sofocación y de la angustia; al escuchar sus palabras, la turba se alejaba rápida como la hojarasca que el viento impetuoso arrastra y barre; pero luego que la oración cesaba tornaba á su alrededor, sitiábale gruñendo y amenazándole; el General y los frailes se alistaban para el ataque y cuando iban á lanzarse sobre su Ilustrísima para sujetarle y llevárselo, mentalmente cogía el hisopo y rociaba aquella irrupción diabólica, repitiendo la misma oración. El agua bendita aplacaba la muchedumbre, la cual adquiría una forma vaga, indefinida, algo así como la arena que ora se levanta en torbellino, ora toma la forma de una ola movediza y varia. Volvía su Reverencia á verter un segundo asperges, la ola se plegaba y replegaba, se levantaba débilmente y se tendía luego, se sacudía por distintos puntos como queriendo romper una cadena que la sujetase á la tierra; una tercera rociada, deshacía aquellas últimas convulsiones, quedando el pavimento limpio y terso mostrando sobre su superficie el cadáver carbonizado del señor Gobernador.

Abría los ojos desazonado su Reverencia, santiguábase, miraba en torno suyo con afan extraño y encontrando todo tranquilo y apacible en su cómoda vivienda, alzaba

las manos al cielo exclamando: *Eripe me Domine ab homine malo: á vivo iniquo, eripe me!* (1).

Pero, ¿qué motivo de tamaño peso, qué causa de tan grave substancia, traía así tan divididos, hoscos, recelosos y desazonados á su Excelencia el señor General y á su Ilustrísima el señor Obispo? ¿Qué mano desquiciadora y maligna cabado había tan hondo abismo entre tan altas dignidades y poderosas eminencias? ¿Y qué fuego sustentaba la hornalla de este enojo y pendencia, ésta contradicción y guerra, este temor y recelo y ésta tribulación y congoja?

Guisado es este por lo delicado y sabroso reclama puchero aparte.

(1) Librame señor del hombre malo: librame del hombre inicuo.





V

Porqué se rompieron los platos.

Nada prolijos y sobrado remitentes se muestran los escritores antiguos que de esta historia tratan; pero donde más el silencio se espacia y el relato calla es en la desnuda posada á la que por mal de culpas ajenas hemos venido á parar. Verdad es que si aquellos entendidos varones no entraron en menudencias, de las que al presente tanta necesidad tenemos, es según colegimos porque tan doctos historiadores sabíanse de perillas que en puntos de historia ha de ser el historiador cabal y medido en el relato, completo en lo que á los sucesos humanos de general interés atañen, evitando cautamente no extraviarse ni dejarse llevar por la torcida y humbrosa senda de lo que á la crónica particular corresponde; ni ha de ser tampoco tan extenso y minucioso que en lo difuso caiga ni tan corto que lo pertinente y substancial omita, y aun cuando haya de tener especulación sobre lo que su historia contenga, no ha de engolfarse en especiales filosofías sobre graves sucesos ó importantes incidentes para no caer en parcialidad que revelar la inclinación de su juicio pu-

diera, que, por elevado que este fuese, la verdad amenguara ó el ajeno juicio á herir alcanzare.

Como si al llegar á tan escabroso paso por sobre encendidos carbones hubiesen de asentar sus plantas, dichos autores, evitando todo detalle y noticia, salen del tropiezo apuntando, por toda ilustración, «que el General y el Obispo vinieron del Perú con recíprocos sentimientos, ignorándose el motivo del incendio que hubo de consumir la Provincia del Rio de la Plata», agregando, además, «que tanto el uno como el otro se trabaron en palabras faltando al decoro de sus personas y dignidades».

Desorientado y á oscuras encontréme, pues, sobre este punto sin vislumbrar salida alguna en medio de la tiniebla á la cual habia venido á caer en el camino de ésta historia. Apremiaba mi ansiedad lo desconocido del asunto, estimulaba mi deseo la novedad del tema, y el aguijón de una cierta vanidadcilla de vencedor hacía me revolver historias, buscar memoriales, consultar crónicas y deshilar, en suma, mi cerebro en ilimitadas conjeturas y deducciones. Mas, ¡oh venturosa y nunca suficientemente alabada inspiración de mi flaca memoria! acordéme de un cierto faro que bien pudiera sacar mi propósito airoso y mi anhelo satisfecho del oscuro piélagos en donde habia ido á perderse y engolfarse. Este faro era un mi amigo, muy reputado en historia, gran acopiador de libros viejos, coleccionador de rancios pergaminos, de coloniales crónicas, de reales cédulas y de apuntamientos antiguos.

Hice propósito de pedir, suplicar, asediar y no dejar respiro ni otorgar reposo á sol tan brillante y luminoso á fin de arrancarle el secreto que la parcidad de las historias ocultaban y la laceria de mi ignorancia satisfacer

no lograba. Hecha la intención puse toda diligencia en lograrlo, seguro de que á la postre la entereza de mi empeño habia de conseguillo. Pero antes de hacer la cuenta de pesquisición tan fructuosa, merecedora de mui alta loa, aun cuando al asunto no venga ni tampoco á lo breve del relato cuadre, no he de quedarme sin decir quien era el historiador mi amigo y transparentar lo subido y encumbrado de su nombre, pues, materia tan delicada ha menester sustentarse sobre base que la incredulidad de la duda ofender no pueda ni que el ariete de la implacable crítica desbatar alcance.

Érase mi amigo un hombre cabal, como cualquier otro, y llevaba la cara que Dios se había servido darle, toda enterita, sana y fresca, como la que gastan las gentes dadas á la bibliografía, en quienes no mete diente el sabueso de las pasiones que desmendran, deforman, tildan y enflaquecen. La pertinacia en la lectura había debilitado el candil de sus ojos, y por ende, mi amigo, que no aflojaba, había tenido que resignarse un día al divorcio de las niñas de sus ojos, (que nunca hubo conocido otras, excepción hecha de las que dejó llorando su ingratitud allá en sus mozas mocedades), las cuales niñas rivalizando en el celo del estudio habían concluido por reñir y divorciarse, tirando cada cual para su lado, sin que mi amigo, á pesar de sus empeños, lograra hacerlas marchar tan derechitas y rectas como en mejores tiempos le habían acompañado.

Llevaba luenga cabellera de color neutro, la cual había-se establecido cómodamente sobre sus hombros y cuya residencia había dejado en el ancho cuello de su levitón negro una aureola amarillenta y lúcida como la que asienta

el sol crepuscular en el gabán del cielo. Según el decir de los entendidos, era mi amigo arca de sabiduría, pozo de ciencia, abismo de filosofías, bolsa de erudición, pico de oro y pluma de diamante, y eso que no había abierto la boca ni escrito una sola carilla para deslumbrar al ilustrado público.

Pero tanto darse á la caza de libros y pergaminos, tanto anunciar que presto alumbraría una monumental historia, tanto loarle los gacetilleros de los diarios, y tanto hacerle biografías ya de frente, ya del perfil derecho, ya del izquierdo, ya de espaldas, habíanle hecho acreedor á merecida y bien ganada fama. Todo esto lo encontraba él en sus cabales, descontentándole tan solo la biografía de espaldas porque el biógrafo había puntualizado varios detalles, que según él, debían haberse dejado á la honesta interpretación del lector.

El ruido de su nombre y de su gloria, aun cuando todavía andaban á crédito, había resonado en el otro mundo; la amenaza de su descomunal historia y nada flojos empeños y rogativas, habían hecho que las reales Academias españolas de la Lengua y de la Historia ablandasen su corazón, como en graves casos ocurre, y le nombrasen su miembro correspondiente, y si bien es cierto que aun no había dado hojas, florecido ni producido fruto, no era menos que otros que sin darlos tampoco ó dándolos, (dichas Academias bien se saben cómo, pero que perdonan y absuelven cuando ya el mal no tiene cura), no por eso dejan de resplandecer desde sus butacas de correspondientes y dar que hacer á tan sábias quanto ilustres corporaciones.

A semejanza de aquellas, otras sociedades europeas,

americanas, egipcias y japonesas, científicas y literarias, contábanle por su sócio honorario, ó por lo ménos, liso y llano; y finalmente, muchos soberanos habíanle crucificado, ó lo que dá lo mismo, le habian condecorado con muchas y vistosas cruces, medallas, cintas, bandas y otros emblemas, llegando á tal la cantidad de su número que faltábanle pecho y espaldas donde poder ostentar dignamente tantas y tan ennoblecedoras y codiciadas prendas.

En cuanto á su historia, hallábase siempre en vísperas de próximo alumbramiento, alegando, cuando se le enrostraba la tardanza, que si no venía la cosa tan brevemente era porque no quería dejarse detalle sin detalles, incidente sin incidencias, capítulo sin párrafos, párrafos sin acápites y acápites sin todos los renglones necesarios, afirmando que en prueba de ello ya tenía redactada la portada en la cual habia empleado diez años de meditación y trabajo, la que daba idea de la obra, diciendo de esta suerte:

Completa, puntual y verdadera historia

de las provincias, partidos, territorios, llanos, cordilleras y cañadas, rios, lagos, ensenadas y remansos del Rio de la Plata, desde el día y hora del descubrimiento de las Américas hasta nuestros recientes tiempos y época intermedia entre ambos extremos, ó sea, entre el punto de partida y el de remate.

En la cual

se relatan, refieren, comentan, detallan, especifican, puntualizan, anotan, desenvuelven, amplifican y resumen todos los hechos, sucesos, incidentes, peripecias y percances, ya

de grande, menor, mediano y mínimo alcance sobre cosas políticas, religiosas, económicas, administrativas, hegemónicas, sagradas y profanas, públicas, familiares y secretas; con la designación plástica, prolija y descriptiva de los gobernantes, capitanes, caballeros, pajes, escuderos, empleados, oficiales, personas ya nobles ó villanas de uno y otro sexo, mayores y menores de edad que en ellos actuaron y tomaron parte activa ó pasiva, directa ó indirectamente ó por interpósita persona.

Obra concebida, escrita y redactada

por

(aquí el nombre del autor)

Miembro correspondiente etc., (aquí el inventario de los títulos, diplomas y condecoraciones).

Con un apéndice

crítico-filosófico-deductivo referente á los hechos que debieron haber sucedido y era necesario que acaeciesen, pero que no sucedieron, y la razón del porqué de tal omisión y de los claros, lagunas y vacíos que por ésta causa se notan en nuestra prehistoria político-sociológica, así como la demostración de las funestas consecuencias que tal imprevisión ha venido á causar en nuestros actuales modernos tiempos, desviando las ligeras naves de las nuevas naciones Ibérico-americanas del rumbo que debieron seguir y del que desgraciadamente se apartaron, no habiendo logrado arribar al puerto á que debieran de haber llegado con feliz ventura.

Por lo lacónico de la anterior portada podrá venir el lector en la cuenta del génio y luminaria que era mi

amigo, así como del monumental edificio que vendría á ser su historia. Hasta los setenta llevaba construido dicho frontispicio, y como tenia por sistema emplear diez años por página para que la cosa saliese sin pero que ponerle, bien se deduce que casi nada le faltaba para ver el fin de su obra, concluida la cual aun sobrarían al autor lueg-os y reposados años para regocijarse con su gloria y sembrar todo un Estado americano, por grande que fuese, con los laureles que el mundo científico y literario se aprestaba á ofrecerle.

Era en tan profunda fuente donde iba á arrojar mi débil anzuelo, pero ¡oh siempre enojosa y difícil vía la de aquel que en busca del codiciado talisman camina! mi amigo era caja de fierro sellada á la cual mano alguna penetrar conseguía. Guardaba su ciencia y el tesoro de sus pergaminos como un avaro enfermo de avaricia; nunca sus lábios, cuando era sobre algun punto interrogado, daban respuesta, contestando siempre con la muda elocuencia del silencio, lección propia de discretos y de sábios; libro que en sus manos cayera no volvía á recibir el agasajo ajeno ni papel que recogiese tornaba á ver la luz del pleno dia.

Árdua era la empresa, empinada y áspera la pendiente, inabordable el arca que tal tesoro guardaba, ¿pero qué la pasión no vence, la astucia no quiebra y el empeño y la tenacidad no allanan? Aconsejéme con la experiencia y ella me dijo: no hay acicate mas propicio para dar palabra al sábio que por egoismo calla, que el picarle en el ijar del amor propio. Y poniendo mano en el consejo larguéme á casa de mi amigo, con quien hube este substancial coloquio.



VI

En donde mediante los buenos oficios de la INTERJECCIÓN PUES se dá fin y pone término á una reñida contienda histórica.

Encontré á mi sábio amigo ocupado en la gestación de la segunda página de la obra que antes de venir al mundo tanto galardón habíale proporcionado. Despues de regalarnos mútuamente con la enhorabuena y el mucho gusto que de vernos teníamos, acometí resueltamente á mi oráculo de este modo:

—Presumo que ya su apetecida obra se halle cercana al anhelado término.

—Si, señor, repuso, ando por la primera página del primer prefacio que desde hace algunos años elucubro y redacto; despues del prefacio vendrá el prospecto, al cual seguirá un prólogo, á éste una introducción y luego una advertencia fundamental acerca de lo dicho anteriormente y de lo que hay que decir en lo que mas adelante viene; no quiero que ningún zoilo encuentre ocasión de morder por falta de alguna de estas partes. En cuanto á lo demás, todo me lo tengo concluido y listo aquí (dijo tocándose la frente), no quedando otro trabajo que el de vaciarlo de un tirón.

—Ya! pues es nada; cuestión de vasija; de suerte que

pronto tendremos la ocasión de loarlo, celebrarlo y aplaudirlo....

—Por cierto.... aun cuando no haya celebración ni loa, pues noto que ya los escritores se ván volviendo muy egoístas; no elogian sino á sus amigos, y eso, los tienen tambien á media ración.

—Y á propósito, perdone usted, señor y mi amigo, mi curiosidad é impaciencia: ¿Cómo diablos ha podido usted desenredar aquella enmarañada madeja que todos los historiadores de los viejos tiempos se han dejado sin devanar ni alcanzar á legarnos tan lisa y llana cual corresponde y merece?

—En esto de madejas no hay historia que no las cuente por docenas, gruesas, centenares, miles y millones, pues acontece que cuando la solución no es fácil ni la cosa es clara, los autores la enredan mas de propósito y se la sueltan al lector peor que antes, para que, ó se tome el trabajo de desenredar lo enredado, si puede, ó caiga confundido entre la hebra y los nudos, ó bien concluya admirando la profundidad del autor por no haber logrado hacerse entender.

—No me refiero al por mayor de estas cosas que usted, mi amigo, conoce de pé a pá y cuyos secretos escudriña y descubre, como sus palabras y obras lo acreditan. A lo que me refiero es á la oscuridad y misterio en que los dichos historiadores se han dejado acerca de las verdaderas causas que traían peleados, divididos y mal contentos al señor General Cáceres, Gobernador del Paraguay, y al Ilustrísimo señor Obispo de la Torre.

—Ya.... ya.... todo eso es claro como pajueta encendida á medio dia, sencillo como la suma de dos números iguales,

y comprensible como los ángulos de dos triángulos equivalentes.

—Veamos como, dije atizando á mi amigo.

—Ya lo verá usted menudamente relatado cuando aparezca mi historia.

Quedéme desconcertado y corrido con tan inesperada salida, pero luego, haciendo ánimo, volví á la carga pinchando por el lado flaco.

—Usted dirá lo que yo ya me sé y lo que ciertas crónicas cuentan; pero en este punto nadie me pone la vara delante, pues me tengo unos memoriales secretos que cuentan la cosa tal cual ella pasó....

—Tal cual pasó.... y ¿qué dicen los tales memoriales?, repuso picado mi amigo.

—Ah! esa es otra cosa;... pero y usted ¿qué memoriales tiene?

—Yo? ¡vaya si tengo memoriales!; ¿que es lo que ellos dicen?; á que usted no lo sabe.

—Pues, no he de saberlo!...

—Pues, dígalo usted....

—Después de usted....

—Pues, no señor! primero usted y después yo.

—Pues trancemos;... si lo que mis memoriales dicen es contrario á lo que los memoriales de usted afirman, usted me lo acredita con la prueba, pues de lo contrario no habré de dar mucho crédito á su justamente alabada historia.

—Pues, si señor; daré la prueba y seguro estoy de confundir á usted en este y otros no menos secretos arcanos que la historia guarda en sus hoy ocultas y aun no profanadas páginas.

—Convenido y arreglado; palabra de usted palabra de

banquero, oro en polvo!, dije lisonjeando á mi amigo para hacerle soltar la tajada. Pues, señor, proseguí disparando una bien gorda y desbaratada aserción para hostigarle mas pronto; las tales disidencias tenían por principio, origen y causa... que el Ilustrísimo Señor Obispo hacía política tirando del lado de los lusitanos....

—De los lusitanos! repitió quedándose alelado y suspenso como hombre que habiendo perdido el juicio se queda con lo puesto.

—Pues, si señor, como usted lo oye.

—Pues, dígole á usted que tal afirmación es una aviesa, mal intencionada, apócrifa y menguada calumnia contra el señor Obispo.

—Pues, con perdón de usted, que papelito canta y yo me los tengo auténticos y de buena tinta.

—Con que usted me viene á mí con esas!...

—Y con que usted pone en duda mis palabras!....

—Con que memoriales, eh?

—Y con que usted tambien los tiene!;... pues veamos sus tales pergaminos.

—Pues, ahora concluirá usted por ver cuan osada, atropelladora y ciega es la ignorancia.

—Eso lo veremos después.

Luego comenzó mi amigo á buscar sus memoriales en medio de un oceano de libros, papeles, cartularios, legajos y mamotretos, bajando lo que estaba arriba y subiendo lo que abajo estaba; llevando á un lado lo que estaba en otro, pasando de aquí acullá sin alcanzar á descubrir su luminosa prenda. El trastorno en que mi amigo mantenía su biblioteca dióme á conocer cómo, para levantar sólidamente el edificio y fábrica de una ordenada y com-

pleta historia, es menester acopiar mucho material y tenerlo todo embarullado y revuelto. Andaba mi autor en busca de un rayo de luz y para encontrarlo fué menester aumentar el caos, la confusión y el embrollo en el cual dormitaban las luminosas huellas del pensamiento humano. Después de no corta fatiga, mucho subir y bajar, mucho ir y venir, poner la mirada en todas partes, fruncir el ceño, rascarse la oreja, escupir delgado, resollar fuerte y no dejar cosa en su quicio, cuando yo me le creía derrotado por el desorden de su propio campamento, sonrióse alborozado y triunfante.

—Con que sus memoriales, eh? Conque el señor Obispo tiraba del lado de los lusitanos;... lea usted, lea usted, me dijo alargándome un legajo.

Cogí indiferentemente el mamotreto, procurando ocultar la emoción que el gozo me causaba, y emprendí la lectura del manuscrito que la acción del tiempo había casi del todo borrado. A medida que avanzaba en mi trabajo notaba que mi amigo se erguía altivamente y me miraba con aire de desdeñosa superioridad. Cuando hube terminado, tomando el aspecto de un Dios dispensador de beneficios, díjome con tono de autoridad:

—Y que tal!; y ahora, qué dice usted?

—Ahora digo, repuse ocultándole mi astucia, ahora digo que esto me era ya muy conocido.

—Muy conocido! repuso amostazado; artera y cobarde excusa de la vanidad ignorante, que al descubrir el tesoro que logró alcanzar árdua labor ajena, intenta rebajar su alto precio alegando ser depreciada moneda en el mercado de los conocimientos humanos! ¡Oh vosotros! continuó irritado, los que el perenne monumento de las

siempre diversas, varias y jamás repetidas visciditudes por las cuales pasan los pueblos y los hombres, con cuan desatinado afán intentais acometer tan grave empresa sin cuidaros de expurgar lo que la falsa relación fabrica ni medir y aquilatar lo que la verdadera historia previsora guarda en sus fieles y no engañosas páginas! ¡Oh vosotros! que guiados por avasalladora pasión, que el sano juicio tuerce y aprisiona, por el vil interés estimulados y buscando el galardón de duradera fama en fácil y no sazónada labor y estudio, tal obra acometeis, así lo grande con extraviado juicio amenguais, lo pequeño sobre vana armadura levantaiis, el mérito con aleve golpe deprimis y mutilais, y el crimen y la aparente virtud, de la lisonja con el vendido laurel, ceñis y coronais! Permita el cielo que del verdadero saber escuchando los consejos, de las gentes el medido juicio al eterno olvido vuestra deleznable fábrica condene, vuestro nombre de la impostura en la infamante lápida talle, y para ejemplo de atrevidos plumistas hasta remotos tiempos guarde y conserve!

Récio fué el chubasco que mi amigo dejó caer sobre mi cabeza y aunque el agua torrencial de sus razones se me infiltró por muchas partes, no me dí por mojado, sentido ni agraviado, ántes bien, poniendo término á tan feliz contienda, díjele: y atinadas encuentro, señor y mi amigo, sus palabras y justas sus airadas imprecaciones, pues todas ellas acusan la profunda ciencia y recto juicio de que son reflejo y tiel traslado; pero en lo que al presente caso concierne, por esta vez me salgo con la mia; (y en esto decia la verdad lisa y pura).

Exacerbando mi amigo con mi audacia despidióme bruscamente dándome las espaldas por toda cumplida

respuesta. Déjéle entregado á su despecho y largueme complacido llevando en la alforja de la memoria la limosna que había cosechado.

Y ahora que estamos, amigo lector, solos, á fin de saciar el apetito que la vigilia de esta larga digresión ha debido despertar en tu espíritu, abramos la bolsa y partamos en buenas amistades de cuanto en ella hubiere de sazonado y substancioso.





VII

Ahora viene lo bueno.

Del manuscrito de mi amigo, liquidando la cuenta, resultaba clarito y llanamente que la causa de tanta desazón, guerra y pendencia provenía de que su Excelencia pecaba del lado por el cual todo ente que viene al mundo con figura, timbre y otros especiales distintivos de varón, se pierde y se condena: por enamorado. Y no era cosa que D. Felipe se amartelase de tal cual buena moza consagrándole sus pensamientos y rindiéndole toda su voluntad; no señor, el señor General se llevaba de las palabras del Divino Maestro, acomodando el precepto á sus gustos, en esta forma: dejando que todas las hermosas se acercasen á él todo cuanto quisiesen, y cuando ellas no se le llegaban de buen grado, para completar la regla, era él quien se les acercaba por todos los caminos que el buen querer aconseja. Por lo apuntado bien se vé que su Ilustrísima, en tratándose de capítulo tan comprometido y hondo, llevaba sobrada razón cuando decía, que si su Excelencia promiscuaba en cuaresma, cuan grande hartazgo no se tomaría en lo que resta del año!

Pero si solo el señor Gobernador anduviera en éstas aventuras y licencias el mal no fuera tan grave ni la perdición tan general y pegadiza; por desventura acontecía que navegaban en las mismas aguas y seguían las naves del General no pocos frailes ni escasos clérigos, que habian venido al nuevo mundo con la santa misión de encaminar las almas al cielo por medio del consejo y el ejemplo. Los engolosinados pastores, trabando íntimas amistades con dañadas tentaciones, promiscuaban tambien á sus anchas haciendo refacción en la casa ajena, en la propia y en donde quiera que hubiese algún plato á mano. Quiso el señor Obispo traerlos á la santa regla y reducirlos á la abstinencia que respecto de ciertos vedados manjares ella establece, teniendo en cuenta que desde que cundió tan peligrosa devoción ningún marido dormía tranquilo, ni aun á puerta cerrada; ningún apasionado galan veía de buen ojo el sacramento del matrimonio; ninguna dama consideraba en lugar seguro el tesoro que mas precia y guarda, y ninguna doncella se hallaba libre de ciertas tentaciones á las que la inexperiencia inclina y la curiosidad empuja y conduce. Quien, sobre todo, como sentido y agraviado ponía el grito en los oidos de su Ilustrísima, era el sexo fuerte, no ligado por voto alguno que le privase de la codiciada fruta del paraiso. Decían los damnificados, alegando por su derecho, que entre el señor Gobernador, los clérigos y los frailes se engullían la ración que á ellos les correspondía en la viña del Señor; ¡y qué ración! tan luego aquella que el mas follón no afloja ni suelta así no mas á dos tirones.

Colocándose su Ilustrísima de parte de los que mas arreglada justicia traían, salió denodadamente al encuentro

de los promiscuadores, y haciendo uso de su autoridad episcopal intentó poner á la gente de su dependencia á soga corta y austera vigilia; mas, como la autoridad es cual indefensa doncella, ofendida y violada si pechos hidalgos no la honran y reverencian y fuerte brazo no la protege, clérigos y frailes dejaron con sus sermones morales al señor Obispo y se pusieron de parte de su Excelencia, á quien les apegaba la comunidad de causa y la salvación de sus conquistados fueros. A su vez, caballeros, hombres de armas y escuderos, hallando amparo en su Ilustrísima, colocáronse de su lado, viniendo todo á parar en que su Excelencia capitaneaba á las gentes de cogulla y de tonsura, y su Ilustrísima á los de lanza, adarga y espada.

Ya se puede colegir cuan dividida y revuelta andaría la república con este cambio de frenos que traía desbocados á los unos, sin rienda á los otros y desgovernados á todos. Y era tal el desconcierto y el disparar de las razones por tan opuestos caminos, que no había forma, modo ni industria que llegase á poner las cosas en su quicio, con cuyo motivo cierto profeta vaticinó que no quedaba otro remedio ni cura, para conjurar tamaño mal, que el advenimiento de un nuevo diluvio que lavar pudiera tantas culpas é igualase á todos, salvo un par de criaturas racionales y otro de cada especie animal, á los cuales se dejaría con vida para perpetuar las obras de Dios que poblaban la amargada villa. Mas, con este motivo suscitóse nueva disputa y pendencia para el caso que tal acaeciere, pues, cada cual alegaba mayor derecho y mejoraba la postura para alcanzar á ser de la pareja elegida, aduciendo los casados en su abono la idoneidad y competencia que

tenían acreditada en lo concerniente al cumplimiento de la importante misión de repoblar la villa; no menos interesados se mostraban los solteros, alegando que como plantas robustas y jóvenes se hallaban en el caso de dar abundantes y vigorosas ramas, y que si esto se ponía en duda, se reservase para acreditar lo afirmado un número competente de testigos libres de toda tacha, proposición que á su turno dió márgen á otra contienda, en razón de que cada cual defendía su imparcialidad para tal cargo; de donde resultó, que no siendo posible elegir la pareja ni señalar los testigos, pues todos se disputaban ya el uno, ya el otro encargo, el Supremo Hacedor resolvió no hacer lugar al diluvio, permitiendo, que ya que no en agua dulce de lluvia, aquellas prevaricadoras gentes se ahogasen en las amargas ondas de la guerra civil y del pecado.

Solo el seráfico pastor de la diócesis no lo daba todo por perdido y considerando que la sincera fé es de milagros; fuente, el buen consejo, del error fructuoso correctivo, y la calma y mansedumbre, de la pasión freno y reparo, tentaba con buenos modos traer á su Excelencia, del deber á la abandonada senda, empleando para ello suaves discursos y cristianas reflexiones, todas las cuales vaciaba, poco mas ó menos, en molde de ésta ó parecida talla.





VIII

Predicar en desierto.

No desperdiciaba ocasión propicia su Ilustrísima, como se deja dicho, para acercarse á su Excelencia, anheloso de convertir á tan alto cuanto persistente pecador, y por ende, á todos cuantos en pos de sí seguian por mala pendiente. Y así, en cuanto con él, casual ó artificiosamente topaba, endilgábale entre uno y otro párrafo político alguna plática de este corte:

Delicado á la par que difícil y penoso fué siempre el arte del gobierno de los pueblos y nadie á conducir tan pesada carga acertara si la mano del que Todo lo puede no viniera en su auxilio y su poderosa ayuda benigno no le prestara. Porque, bien lo sabe Vuecelencia, y las historias así sagrada como profana lo comprueban y acreditan: es el gobierno delegación del Supremo Hacedor que los mundos gobierna y rige, por donde se deduce que el gobernante ha de procurar acercarse por sus obras á la eterna sabiduría, ordenando las cosas de modo que no se disloquen y pierdan su equilibrio; ni se quiebren como vaso de fino cristal, que la inesperta mano infantil sus-

tentar no sabe; ni se desmoronen como casa abandonada de la cual sus descuidados moradores se ausentaron. Ha de ser el gobernante como el buen padre de familia, que con el sano ejemplo forma la prole á su semejanza, puro en sus intenciones, previsor en sus medidas, íntegro en sus juicios, humilde sin rebajamiento en su trato, suave cuando castiga, firme cuando ordena lo que al común bienestar interesa; y finalmente, honesto en sus costumbres, pues, así como no querría que profanasen la pureza de la esposa por amor á su honra ni ofendiesen el pudor de las hijas por amor á su buen nombre y acreditada inocencia, cumple al que sobre tantas familias gobierna ser espejo de virtud, modelo de templanza y tesoro de castidad; pues, como dijo el venerable San Cipriano: «es la castidad una honra de los cuerpos, ornato de las costumbres, santidad de los sexos, vínculo del pudor, fuente de la integridad, paz de la casa y raiz de la concordia.» Mas si por torcido camino llevase sus pasos y el poder que en sus manos depositó la voluntad del Altísimo, en abuso convirtiera, y su santa y austera misión rebajase, será su autoridad mas funesta que plaga de langosta en la madura mies, mas peligrosa que asoladora peste, por cuanto con el mal ejemplo infiltrará la pestilencia de sus hechos en los apocados ánimos, corromperá las costumbres, y perderá á su pueblo privándole del tesoro de las virtudes que mantienen la concordia y el contento en la familia, en la sociedad y el Estado, encaminando innumerables almas á la perdición eterna después de esta transitoria vida. A semejanza de la lumbré que en la más encumbrada cima atrae con su brillo fácilmente todos los ojos y es de todas partes percibida y admirada, así el que en el gobierno

ocupa alto puesto es de todos observado y de muchos seguido, por donde resulta que sus virtudes á la virtud estimulan y sus faltas causan mayor escándalo y contagio que las de aquellos que ignorados viven. Y sabe Vuecelencia que el escándalo, cuando de lo alto llega, es como fuego devorador que se propaga y extiende soplado por el viento de las pasiones, que no encontrando muro ni dique, se desencadenan con toda su precipitación y furia; por donde, los santos filósofos, midiendo los estragos de calamidad tan grande, dijeron bien cuando dijeron que ha de evitarse el escándalo cuando no por virtud propia, por caridad al prójimo: *Propter proximi caritatem*. Vuecelencia tiene en sus manos el gobierno temporal de ésta tan dilatada parte de los dominios de nuestro Soberano, que Dios muchos años guarde, y á este humilde siervo del Señor le corresponde el gobierno espiritual para encaminar á las almas á su último y augusto destino. Governe, pues, el uno como buen mayordomo la hacienda ajena, para bien de nuestro augusto Soberano y de su numeroso pueblo, que el otro procurará, auxiliado por el buen ejemplo del gobernante, encaminar á la buena senda el escogido rebaño que tiene el deber de apacentar en servicio de Dios y beneficio de sus criaturas.

El astuto General, conociendo por sus culpas á donde apuntaba su Ilustrísima, vistiendo su semblante de aire contrito y humillado, enderezábale á su turno esta respuesta:

Sabias las razones de vuestra Reverencia fueron, holgándome de encontrar tan solícito pastor para prestarme ayuda en el complicado y penoso arte del gobierno, que yo, falto de fuerzas como soy, nunca á sustentar sobre

mis hombros me atreviera si con tan valiosa protección no contara. Y así, cuente vuestra Ilustrísima que yo haré de mi parte, como lo he venido haciendo, todo cuanto fuere menester para corregir á los extraviados, perseguir á los malhechores, castigar á los delincuentes, ajusticiar á los criminales y enderezar á cuantos con sus dichos y sus hechos traigan pestilencia ó corrupción al seno de la república. El Altísimo que lee en todos los pechos sabe cuán ajustado camino por lo que sus santos preceptos mandan y ordenan. Pero vuestra Reverencia no ha de negarme en su justicia ni desconocer en su sabiduría que el que más alto pedestal ocupa mayor número de enemigos cuenta, por cuanto, como todos anhelan el codiciado galardón del mando y ninguno de buen grado se resigna á quedarse en la estacada, los que abajo burlados en sus intenciones quedan, en su desazón y despecho contra el más afortunado y meritorio sus alevos dardos disparan. Y como para poder subir es menester voltear y para voltear es preciso demoler, encárgase la iracunda envidia de tal trabajo, armando el brazo invisible de la calumnia destructora y sembrando pacientemente la planta de la zizaña para apartar y dividir. Si esto es así, como vuestra Reverencia harto lo sabe, para llevar el gobierno en paz y no alterar la dicha que hoy alcanzamos, conviene en primer término que no dé vuestra Ilustrísima oídos á lo que las difamadoras lenguas contra mi honra y buenos procederés lograr dijeren, que en lo que á la vuestra toca, en cuenta me la tengo y nadie en mis barbas intentará ofenderla ni menoscabarla.

Después de tan mañosa salida retirábase el prelado repitiendo por todo consuelo las palabras del profeta:

Simulatores et callidi provocam iram Dei, neque clamabunt cum vincti fuerint. (1)

A su vez el General daba rienda suelta á una largo tiempo contenida carcajada, exclamando en tono burlón y descreído: ¡Ay señor Gobernador de mi ánima! con otro sermoncito como este, vais á renunciar á las cosas de este mundo y acabar por seráfico cartujo! Ah...já...já...já...já...já...!

Pero en medio de este tira y afloja, que no era paz ni era guerra, el diablo metió la cola más de lo acostumbrado, suscitó singular incidente, que atizó el fuego, é hizo romper las hostilidades y declarar la guerra entre nuestras tan encumbradas dignidades.

(1) Los hipócritas y los astutos provocan la ira de Dios y no clamarán cuando estuvieren atados.





IX

Aquí entra ella

Sostienen algunos filósofos que entre las varias causas que producen y dan ocasión á los sucesos humanos, existe una causa primera y principal que obrando con toda independencia es fuente de cuanto en la tierra acontece; con este motivo discurren larga y menudamente viajando en el mar sin riberas de hondas teologías y oscuras metafísicas. Sin engolfarme por mi parte en estas filosofías, elucubraciones y distintas salidas, ateniéndome á lo que en el río de la vida corre, lo que sí se vé y se palpa, sin lugar á discusión ni réplica, es que hay una causa muy recatada y escondida, madre y señora de todas las otras que muestran la cara ante el mundo con mucho desenfado y tonillo de soberana infalibilidad. Así es la verdad, si bien se mira, pues si ponemos los ojos sobre lo que á nuestras espaldas queda, se verá que desde el feliz y nunca bastante deplorado día en que el Hacedor de todo lo creado, en momentos de ocio y mal humor se entretuvo en dar vida y forma á la mujer para poner á ruda prueba la ejemplar paciencia y resignación del hombre sobre la tierra, hasta aquel en que nuestra dulce compañera, después de labrar nuestra perdición con sus gracias y afición

á la fruta verde, hizo necesario el purificador diluvio para corregir, enderezar, pulir y mejorar la condición de todo el género humano; desde el citado diluvio hasta aquel otro en que el filósofo de Betlem se sacrificó en rudo suplicio para redimir á la mujer de sus culpas, dejando un tantico más encadenado al hombre mediante la institución del matrimonio con su consiguiente indisolubilidad; desde el día de la referida redención hasta nuestros felices tiempos en que la ley del divorcio *in vinculis* ha abierto las puertas de la Bastilla conyugal á los siempre quejumbrosos esposos, si bien no tan anchamente como ellos la quisieran para poder entrar y salir tantas veces y por tantas causas como los pobrecitos apetecen; desde los citados tiempos de entonces hasta los tiempos que alcanzamos, ha existido y existirá esa causa tan buscada, tan desconocida y la cual se encuentra oculta en todo grave negocio en el que hay mucho alboroto, muchas arengas, mucho ruido y gran descontento y división entre los hombres. Esta causa, lisa y llanamente hablando, se traduce en estas cuatro fundamentales palabras: una buena moza dentro. Y es el caso que para que el suceso sea grave, el alboroto muy grande y bien sonado y la división extrema. ha de ocasionar tal desbarajuste una sola y única dama, pues en llegando á ocasionarlo muchas, hallan las cosas más fácil acomodo, arribándose á decorosas y discretas capitulaciones, quedando los contendientes contentos y pagados, excepción hecha de todos los que quedan disgustados é impagos.

Volviendo, ahora, á cojer el cabo del hilo que dejamos suelto; aconteció que moraba en la trastornada villa una dama joven, no tan hermosa de rostro que despertar celos

á la orgullosa aurora pudiera, pero tan gallarda de formas y de tan escogidas prendas que quien ponía los ojos en ella rendía su voluntad á sus plantas, cuando no se dejaba encender por la tentación y el deseo. Había nuestra linda señora, que el nombre de Susana Montiel y Orbe llevaba, quedado viuda por muerte de su esposo don Hernando Centellas, un valiente capitán que se vino á la conquista de la América, y al cual se llevaron al cementerio una mal curada herida de dardo salvaje y unas fiebres contraídas en los esteros del Paraguay durante su largo batallar. Mientras vivía el capitán, que era muy guapo mozo, D. Felipe tuvo la pasión que le cosquilleaba en el cuerpo por tan linda moza, contentándose, cuando la veía, con tragar saliva y suspirar tiernamente. Muerto el esposo empezó á revoletar en torno de tan apetecido panal un enjambre de mosquitos, moscones y moscardones, intentando gustar de su sabrosa miel, aún cuando para ello fuera menester dar solemne intervención al señor Cura de la parroquia. El señor D. Felipe, á fuer de Gobernador, creyó que sin decapitar su libertad lograría alcanzar la dicha que de tantos la desdicha causaba, y poniendo su deseo y su intención para lograrlo, acercóse á la codiciada prenda en sus momentos de duelo para «consolarla, socorrerla y ampararla,» como él decía, con cuyo motivo menudeaba sus visitas y no escaseaba, entre una y otra consolatoria reflexión, tal cual amoroso requiebro.

Pero, he te aquí que cierto día, juzgando el General por el silencio de la moza, que estaba en sazón la fruta, cogióla amorosamente una mano, con cuyo motivo se alarmó la dama y lanzó un grito de indignación, añadiendo

en alta voz algunos piropos que no sentaron bien á su Excelencia, lo cual, notado por los vecinos, estimuló su curiosidad y los condujo al lugar del suceso. Los recién llegados encontraron á la dama muy pálida y al señor General muy colorado; aquella para poner á cubierto su honra disculpó el alboroto refiriendo que acababa de causarle mucha desazón una enorme rata que repentinamente se le había atravesado por entre los pies, pero que todo ello no era nada y no había pasado la cosa de un buen susto.

Poco satisfechos quedaron los vecinos del artificio, diciendo en su malicia: «Para otras tragaderas! Como es que estando el señor General al lado de tan sin par señora dejó descansar en la vaina la espada cuando pudo escarmentar la osadía de la rata? Aquí no hubo más rata que alguna de las que se le escapan al señor Gobernador á cada rato!

Recelosa la dama con el expresivo «amparo» que quería prestarle su Excelencia, y que por lo entusiasta parecía venirse ahora en son de conquista, fué á consultar el caso con el señor Obispo, quien conociendo la alcurnia de tan principal señora, su vida recatada y sin tacha, sus muchas virtudes y austero carácter, cobijábala bajo el manto de su protección. Referido el caso, su Ilustrísima, después de muchas otras interrogaciones, preguntóla si á su juicio el señor Gobernador traía honestas y cristianas intenciones, pues si las traía ella podía convertir por medio del matrimonio á tan peligroso y desviado caballero, y que si no las traía era menester poner puerta cerrada á los deseos impuros y alejar la ocasión del peligro, no escuchando sus reclamos ni recibiendo más en su casa á

quien podía introducir en ella la deshonra y encender el fuego del pecado.

Repuso la dama que en cuanto á las intenciones, por lo que ella olía, su Excelencia las traía de las peores, y en cuanto á redimirle por medio del matrimonio, prefería dejar á Dios ese trabajo; pues, en cuanto á ella, no ofendería el lecho de su esposo dando cabida en él á quien su propia honra celar no sabía.

En consecuencia, quedó concertado con su Ilustrísima que la honesta señora daría con la puerta en las narices á su Excelencia, lo cual puesto por obra avivó la pasión en el caballero y le estimuló á rendir la fortaleza por todo medio, ó en su defecto, á vengar el desdén, fuese en la dama ó en quien su amparo le prestase.





X

Plan de campaña

Si harto sobrado de ambición y audacia era el señor General en asuntos de política y gobierno, pobre de ánimo y falta de recursos se mostraba en cuanto algún inesperado contratiempo le salía al encuentro, llegando á veces en su pequeñez de espíritu y pobreza de inventiva á atragantarse con poco menos de un garbanzo ó á ahogarse en una gota de agua. Mas, como nunca al que en la cumbre del poder se encuentra faltan afanosos mentores, y asíduos consejeros, cabía á su Excelencia la buena suerte de salir de malos pasos remolcado por la experta nave de sus cortesanos. Entre la afanosa cohorte que le lisonjeaba, era Ginés Daroca el privado de mayor confianza y quien en arduas empresas había logrado ponerle á cubierto de los más recios ventarrones. Traía el privado sangre villana en las venas, y quien tal herencia recibe, ni en lo reprobado se detiene ni en lo alevoso repara ni de lo criminal se espanta ni de lo infame se avergüenza, y así, salía siempre de cada atolladero ó vencía rudos conflictos merced á lo que la artera traición prepara, lo que la calumnia

fragua y lo que el ruin interés con vil moneda recompensa ó premia.

Caviloso traían á D. Felipe los desdenes de la dama sin atinar por donde había de acometer la empresa de su rendición ni como había de castigar á quien resistente valla osaba oponer á su valor y gentileza. Viéndole el privado tan desleído, tiróle de la lengua cuanto pudo para hacerle soltar la presa que, apostada en la garganta, ni entrar logrababa ni salir podía.

— No se ahogue vuesa merced, díjole Ginés cuando hubo desembuchado sus penas su Excelencia; cosas son éstas más fáciles de allanar que tienda de moros y más sencillas de componer que remiendo en hábito de fraile; no es contra la dama que su tristeza causa contra la que ha de blandir vuesa merced sus armas, que de ello otro provecho no ha de sacarse que acrecentar sus desdenes, dejándole mal pagado con la venganza y privado del gozo y del placer que tanto busca y apetece. Para rendir á tan resistente señora se ha de poner por obra lo que plaza sitiada reclama; ha de saberse primero que capitán la defiende y como y con que sustenta á los que dentro quedan. Pues!, en cuestión de amores las cosas no de otra manera ocurren: á espaldas de toda hermosa dama encuéntrase siempre algún afortunado galán, perro de presa que guarda su bocado; ó algún viejo señor, rumboso y caritativo que la protege y ampara cristianamente, porque los años no le dan para otra cosa; ó muchos y afanosos postulantes que su honra defienden en lo público, para alcanzar la merced que buscan, y perderla en lo privado. Viniendo ahora á la tirana señora que á vuesa merced apena; ni hay galán que su corazón domine ni postulante que esperanzas de llegar á puerto

tenga ni rumbo señor que la favorezca y saque por ella la cara; pues ¿quién entonces su resistencia estimula y sus desdenes aconseja? Tras de la cruz el diablo!, quién otro ésta malquerencia puede fomentar y este recato aconsejar, quién otro sinó el enemigo de vuesa merced, el nuestro y el de todos cuantos á la ley del amor la cerviz doblamos; quién otro sino su Reverencia el Ilustrísimo señor Obispo, que en celda de cartujos intenta convertir esta antes alegre y hoy entriztecida villa?

—Sobrado de razón andas Ginesillo, replicaba D. Felipe parando la oreja; y mientras más lo miro y remiro con más claridad alcanzo que por esta vez diste en lo cierto.

—Pues no he de darlo! Olvida vuesa merced la gran devoción que mi señora Susana dedica á su Reverencia, la sumisión que le muestra y debe como hija de confesión suya; la ponderación y el elogio que su Ilustrísima hace de ella, la asiduidad de sus visitas, y la solicitud con que ella le mimaba y le regala en recompensa? Bien se vé que tanto favor correspondido y tanta recíproca alabanza no han de ser por lo apuesto del Obispo ni por que amorosos lazos los liguen, que si bien anda su Reverencia en todas sus mentales potencias, gastados lleva los vestidos del cuerpo, y aunque acaso bien quisiera, no cabe holganza en quien al peso de los años las mas impetuosas pasiones rendidas é impotentes trae. Como su Ilustrísima gozar de tan codiciado bien no puede, qual perro de hortelano, en la granja de la hermosura de la dama se ha tornado, causando la pena de vuesa merced y la de tantos otros que en pos de tan apetecida beldad sus pasos sin esperanza llevan.

—Digo Ginés, agregaba su Excelencia cada vez mas

alocado, que si antes andubiste en lo cierto, ahora tus razones lo confirman, prueban, justifican y acreditan y no ha de ser el Gobernador de ésta renombrada villa quien por tan menguado enemigo burlados sus intentos vea.

—Que me place encontrar á vuesa merced tan animoso!, pues si así no fuera y tan débil barrera no rindiese, en gran deshonra y mucha mengua su gobierno colocara.

—Mira Ginés que en esto de la deshonra observo que te sales repicando á maitines. ¿Qué tiene que ver el gobierno con los desdenes de la dama?

—Pues no ha de tenerlo! Mire vuesa merced que el desdén del súbdito baldona la autoridad del poderoso. Si todo un señor Gobernador, con su poder y su entereza domar la voluntad no logra de la hermosa que sus pesares causa, y sus horas entristece y su natural carácter irrita, de su peso se cae que mientras pesaroso, triste é irritado viva, quienes el mal humor de su Excelencia paguen han de ser los gobernados; de donde se colige que una pasión no satisfecha puede venir en causa de mal gobierno, y un mal gobierno dar ocasión á conjuras y alzamientos; tanto mas cuanto que de ley á vuesa merced le asiste holgar con las damas sin andarse en reparos ni muchos términos; pues, si así no fuera y los reyes, príncipes, y gobernantes ajenos al deleite del amor vivieran el mundo privado de gentiles bastardos se encontrara, y no habiendo tales frutos, ¿de qué madera piensa vuesa merced que habian de salir altos títulos que la sangre noble, aunque muy aguada, tienen á veces deber de sustentar para perpetuar su estirpe, mantener las columnas del reyno, agraciarse con sus generosos dones á sus nu-

merosos vasallos y honrar con sus favores á las humildes doncellas ó á las encumbradas damas, que en secreto los aman y á sus augustos brazos se entregan? Si así no fuera y gobernante y gobernados á la misma ración hubiéranos de ajustar nuestro apetito, ¡maldita la gracia que la invención del gobierno tiene!; y si tal regla rigiese y no pudiera el poderoso meter la mano hasta el hombro en cuanto á su dicha, prosperidad, riqueza y regalo atañe ¿piensa vuesa merced que los hombres habían de apetecerlo, buscarlo, codiciarlo y disputarlo tanto, exponiendo por lograrlo la honra y fama que les adorna, la hacienda propia y la ajena, la vida de que disponen y la de tantos otros que buscando provecho sus armas siguen? En asuntos de gobierno lo mismo al que manda que á los que su provecho y causa defendemos, lo primero que nos vá es el pellejo, y si pues, cosa tan preciada y tan de imposible reemplazo para gobernar exponemos, justo es, y la razón lo aconseja, que mientras en tales alturas le comprometamos hemos de procurar contentarle, satisfacerle y regalarle para no dejarle hambriento y quejoso el malaventurado un día en que se nos escape de las manos.

—Asómbrame Ginés, repuso D. Felipe en terminado este discurso, asómbrame tu mucha discreción y lo avisado de tus razones, las cuales muestran que si no de noble cuna naciste, dióte el cielo, en cambio, preciados dotes de ánimo que ningún tesoro pagar pudiera. Mas, por mucho que el poder de mis fueros vea, no alcanzo modo ni pretexto ni conyuntura encuentro por donde hubiere de ejercitar mi autoridad, gozar de mis prerrogativas y vengar la mengua que su Reverencia á mi persona infiere.

—Siempre fué de amartelados y afligidos hallarse á os-

curas en la mitad del claro dia! No alcanza vuesa merced que el galardón del vencimiento se pone siempre de parte del mas esforzado y listo sin reparar en las armas que en la lidia esgrime? Ármese vuesa merced de las armas que pudiere y use de ellas sin reparo conforme el empeño lo demande y la victoria lo requiera. Si, pues, su Reverencia es quien el gozo y la dicha de vuesa merced ataja y encadena, ¿contra quien habrá de dirigir sus tiros? Contra aquel que su mal y privaciones causa. Y ¿hay por ventura mas fácil y hacedera obra que rendir, humillar y á la impotencia reducir á su Ilustrísima?; solo el querello es realizallo, que en ejecutándolo ya verá vuesa merced que tenemos de tener de sobra.

—Bien lo miro Ginés, pero por mas que lo miro, en tratándose de contienda con gente de Iglesia no tan llanas las cosas veo.

—Atienda vuesa merced por si valiere el consejo. Nunca mas fácil victoria sobre tan poderoso enemigo alcanzar fuera. Si pues, el señor Obispo de autoridad espiritual goza y esa autoridad contra vuesa merced arma y estrella, por ventura ¿hay mas segura empresa que tal potestad vencer no habiendo soldados que la defiendan ni brazo fuerte que la proteja? ¿Tiene mas vuesa merced que pregonar que su Reverencia, por sus faltas y delitos hállese suspenso de sus temporalidades? Y una vez esto pregonado ¿habrá quien su causa siga y quien de su parte se ponga? Que promoverá protesta y alboroto, no hay que dudarle; que reclamará, tampoco; pero mientras vaya la queja á Castilla, venga la cédula para que vuesa merced informe, vaya el informe, se pida aclaración, se labre juicio, viaje lo actuado, pase al Consejo, dictamine el Consejo y se eleve á su

Majestad, y tantas otras idas y venidas vayan y vengan, se aumentará el enredo, y correrá el tiempo libremente para que vuesa merced halle ancho espacio para gozar del amor de mi señora, quedando su Reverencia desarmado, entretanto, por impotencia, si es que no se rinde á vuesa merced para recobrar su autoridad perdida.

—Hasta aquí discreción no te falta, pero en cuenta no tomas que es difícil cosa romper la devoción y sometimiento que mi señora Susana á su Reverencia consagra y el afecto y protección con que éste la favorece y escuda.

—No tan dificultosa ni imposible la cosa veo; pues!, para desquiciar la devoción y convertir el afecto en recelo y desconfianza ¿hay mas fácil recurso que menoscabar la honra de la dama y acusar de interesada liviandad la protección que su Ilustrísima le concede? Calunnia! gritarán, tanto él como ella; pero hubo jamás arma mas poderosa, mas hiriente, mas mortífera y segura, y mas fácil y menos riesgosa de esgrimir en todo cuanto la mente humana á concebir alcanza? Como sombra que se vé mas no se palpa, hiere en lo público; como brazo que no flaquea, sobre seguro el golpe asesta, y como invisible peste que en secreto se dilata y víctimas mil engulle, así se extiende, corre, vuela, el escándalo engendra, la desconfianza labra, la honra sacrifica y al desprecio condena á aquel sobre cuyo nombre cae. Acometa vuesa merced, y con su poder, la autoridad de su Ilustrísima acabe, que por mí respondo dar fin y poner mal parada y deshecha la honra de este y la ponderada virtud de la dama, que con tanto disfavor el amor de vuecelencia recompensa.

Maravillado quedó el señor D. Felipe de la habilidad

de su escudero y dando acogida á sus consejos, á la mañana siguiente del venidero día hacíase saber en la alborotada villa, á son de caja y voz de pregonero, que el Reverendísimo señor Obispo, por muchas faltas en el ejercicio de su alto ministerio y por no pocas sobras en su vida privada, había sido suspendido de sus temporalidades. A su vez el escudero soplabá el vientecillo de la calumnia, propalando que su Ilustrísima, despues de conducir á la alcoba del adulterio á muy honestas damas, vivía en mancebía y ruín consorcio con la tan alabada viuda del capitán Centellas. Santiguábanse las mujeres con éstas no sospechadas novedades, fáciles oídos prestando á la difamación, mientras los galanes de la viuda ponderaban en lo público la hipocresía, relajación y sacrilegio de tan orgullosa señora, si bien envidiaban *in pectore* la buena suerte que le había cabido al sexagenario señor Obispo.





XI

De cómo suele llegar á buen tiempo un valiente Provisor.

Muy angustiado y cabizbajo hallábase su Ilustrísima con la endiablada travesura de su Excelencia, cuando presentósele todo azorado y de punteagudo talante el señor Provisor D. Alonso de Segovia, confidente y leal consejero suyo. Era el señor Provisor, según algunos historiadores dicen, hombre de carácter violento á la vez que disimulado; más, dando fé al manuscrito de mi amigo el historiador futuro, tengo para mí que era listo como pocos, ladino en toda trama, firme en sus intenciones y muy entendido en sus obras. Alardeaba de Licenciado *in utroque jure*, gustaba de literaturas y retóricas, cultivaba la sagrada elocuencia, y era tal su habilidad en el discurrir y tan fino y sutil en el ergotizar, que se dejaba sin castellano al más sabido y discudidor en cuanto le plantaba un silogismo.

Poseía su Señoría una más que mediana estatura, rígida y altiva; su fisonomía delgada, ligeramente encendida; su cabeza pequeña, pero bien formada; su frente alta, sus ojos azulados, vivos y de mirar inquieto, y su nariz gruesa

y prominente revelaban la penetración y agilidad de su espíritu; pero lo que señaladamente delataba la aticidad y malicia de su carácter, era su boca, un tanto torcida hacia la izquierda, cuyos lábios no muy gruesos, pero salientes por el empuje de la dentadura, sonreían siempre maliciosamente dejando ver la extremidad de los colmillos, dando á su rostro un algo semejante al aspecto de los roedores. Por lo demás, sabía acomodar hábilmente su semblante á cada situación, procurando ocultar la ironía que de sus ojos y sus lábios se derramaba con una espontaneidad, que por mucho que quisiese, no podía esconder del todo.

Después de ponderar á su Ilustrísima lo inaudito del pregón y lo descomunal de la calumnia que se le imputaba, dió rienda suelta á la lengua haciendo una larga disertación sobre sí lo dicho, obrado y propalado importaba meramente *locutio falsa contra proximum*, ó era, como él lo sustentaba con largas razones, *injusta et occulta violentio famæ absentis irrogata*, por donde concluía que uno y otro atentado *ex genero suo, ex illo* eran pura y acabadamente una detracción directa, y por tanto, habían incurrido en pecado mortal, tanto el pecaminosísimo señor Gobernador cuanto los no menos pecadores que su honra ofendían y su autoridad desacataban. Concluyó su Señoría manifestando al prelado, que animado de fervoroso espíritu, dispuesto estaba á deshacer la calumnia, vencer á los calumniadores, inclinar contra ellos la justa cólera del cielo y atraer al respeto y obediencia á los descaminados fieles que preparaban su eterna condenación siguiendo los pasos y prestando oídos á las infernales maquinaciones de su Exelencia, todo lo cuál haría y verificaría desde la sagrada cátedra, si su Reverencia venía en

ello y no ponía reparo para la defensa de su autoridad, potestad y honra.

Acogió animosamente su Ilustrísima el noble empeño del Provisor, quedando acordado que el sermón reparador y justiciero tendría lugar despues de la misa mayor que debía celebrarse en la Iglesia Catedral el próximo día domingo, al cual pocas horas le faltaban para caer sobre los alborotados habitantes de la ilustre villa.

Afiló, pues, con especial prolijidad sus armas y latines su Señoría, y á fin de que no cayese la lluvia del sermón tan en descubierto y en seco, hizo susurrar suave y mañosamente la nueva de tal suceso, la cual tomando cuerpo picaba la curiosidad general, motivando muchas imaginaciones acerca del fin á donde se encaminaría la anunciada plática, coligiendo la gente devota que no podía ser otra cosa que en desagravio del agraviado señor Obispo, y afirmando otros que seguramente debía encaminarse á condenar al señor Gobernador por el desafuero cometido en tal alta dignidad y sagrada persona.

Mientras estas divagaciones y conjeturas desvelaban á los animosos vecinos, llegó el tan deseado día, y apenas la madrugadora aurora, desprendiéndose de sus ligeras vestiduras mostró sus rosadas carnes por la ventana del oriente, caballeros y escuderos, damas y camareras, frailes, clérigos y gentes de espada y de colete se apresuraron á ganar conveniente sitio en la estrecha Iglesia, dispuestos á no perder jota de cuanto dijese su Señoría.

Larga y pesada pareció la misa á los inquietos oyentes, á quienes la pasión del momento dilatava el anhelado instante en que la palabra del señor Provisor pondría término á su curiosidad y conjeturas.

Terminada la sagrada ceremonia y serenado el leve rumor de toces, estornudos y cuchicheos que siempre sigue á largos momentos de atención en numerosas reuniones, apareció en el dorado púlpito la figura de su Señoría, atrayendo sobre sí todas las miradas y encadenando la atención de cuantos le miraban. Después de arrodillarse y hacer su oración mental, irguióse de nuevo y dió comienzo á su plática como se verá en seguida.





XII

Un sermón cuasi político con todos sus comentarios.

Laqueo peribunt qui oblectantur casu justorum, dolor autem consumet illos antequam moriantur. *Ecles. XXVII.*

«En lazo perecerán los que se deleitan en la caída de los justos; el dolor los consumirá antes que mueran;» dijo traduciendo el versículo en voz baja, pero bien inteligible.

No bien hubo escuchado esto el muy ladino escudero, dijo al oído á su Excelencia:—Mire vuesa merced que por el comienzo parece que su Señoría se nos vá á venir encima. A lo cual contestó el General con mucha flemma: —«En cuidado me lo tengo!; dejémosle venir Ginés, para ver por donde se descuelga.

Luego el Provisor en alta y sonora voz prosiguió:

«La suma sapiencia del Eterno, que el universo mundo ordena y rige, del fondo del revuelto caos arrancó la luz, término insalvable á la adusta sombra señalando, y así la luz pudo en el ancho espacio y sobre la extensa tierra lucir sus esplendorosos rayos. Dió á la una limitado imperio, no señaló á la otra puerta que la guarde ni muro que la detenga ni su dominio amengüe; por esto la luz brilla y

triunfa sobre las más espesas tinieblas y confunde y derrota las legiones tumultuosas de la bastarda sombra. Así también, en el imperio del linaje humano, para vencer el caos de la prevaricación y del pecado, hizo lucir el faro de la verdad sobre las negras oscuridades de la calumnia, la maledicencia y la mentira, con que el espíritu del mal intenta demoler del bien el poderoso solio. Siempre el malvado contra el hombre justo enderezó celoso sus falaces armas, logrando á las veces transitorio triunfo, más cayendo amarrado luego en los lazos que su propia artería tiende para sustentar su ambicioso orgullo. No embargante, nunca del justo el mérito sucumbió en la lucha, prevaleciendo siempre como luminar que nunca la tiniebla oscurece; pues, como dijo el sagrado libro: *Homo sanctus in sapientia manet sicut sol: nam stultus sicut luna mutatur*; el justo permanece como el sol; más el loco se muda como la luna.»

—Por el comienzo que va, decíanse los partidarios del Obispo, muy mal parado va á quedar su Excelencia; y á la verdad que bien merece acabar molido y quebrantado en descargo de sus muchas fechorías.

«El aleve puñal de la calumnia, continuó el orador, fué siempre el arma del pequeño contra el grande, del émulo vil contra el enemigo augusto, del bajo pecho contra el esforzado espíritu, de la cobarde ambición contra el alto mérito, del ruin pecador contra la virtud excelsa. Al lado de la embalsamadora flor crece la planta que envenena y mata, y bajo la humilde yerba, que el campo cubre, se esconde la vívora ponzoñosa. Mas este contraste que entre lo bueno y lo malo existe, ley necesaria en el camino de la vida es, pues, sin la sombra el beneficio de la luz

no fuera aquilatado, y sin el espíritu del mal el mérito de la virtud nunca apreciado fuera. No por esto libre camino al prevaricador ha de dejarse; pues si tal aconteciese, la humana especie á precipitarse en desastroso fin llegara; antes bien, el justo ha de combatir al malvado, no por los medios de la fuerza atropelladora y ciega, sino por el suave medio de la persuasión y el razonador convencimiento; por cuanto, puede más la fuerza imperecedera del sereno juicio que las cadenas, las violencias y las falsas artimañas que la austeridad y la maldad para imponer sus extravíos, usa sin reparo. Por esto, siempre duradera fué la obra del sano espíritu, así como solo alcanzó transitorio y pasajero plazo la del inícuo pecador que apartándose de la divina ley su efímero poder en inestables basamentos fija. *Vasu figulli probat formax; et homines justus tentacio tribulaciones*, dijo el libro santo: el vaso de barro bien amasado echado en el horno, se fortalece y endurece más; pero el mal amasado, con el mismo calor revienta y estalla. ¿Y á cuál de estos dos fabricantes habrá de seguir el cristiano que tenga temor de Dios y apetezca la salvación de su anima?; al buen fabricante cuyas obras no se quebrantan en el fuego de la tribulación ó á aquel de quien se deshacen al calor de la pública censura?»

—Mire, señor General, dijo Ginés á su Excelencia, como se le va la mano á su Señoría para este lado en todas sus acciones, como si quisiese señalar en el dicho y en el hecho que todo cuanto de malo dice lo endereza á vuesa merced.

—Visto me lo tengo!, repuso el General amostazado; menester se hace poner bozal á este echacuervos.

«Del subido mérito, prosiguió el Provisor, la envidia,

tenaz y airado enemigo siempre fué, empleando la fácil calumnia para socavar el grandioso edificio que la virtud labra y el respeto universal cuidadoso mantiene. ¿Y que es la calumnia?: espantosa sierpe que expulsada por los mismos réprobos del tormentoso infierno, no encontrando allí cabida, en el pecho del hombre depravado halla sustento y acogida. No siempre el pequeño alcanzar pudo la difícil cima que el hombre justo con incesante sacrificio ocupar logra, y no pudiendo arribar tan alto, con el arcabuz de la mentira con traidores tiros herir al justo pretende. Del poder, á veces, la sagrada autoridad violando; á la volable lengua liviano desahogo concediendo; por do quier la sombra de la duda extiende y en el incauto espíritu el ódio despierta ó el menosprecio alienta; ó bien, cual mansísima corriente llega y se excurre, de fétido lodo la extensa vega por do quier cubriendo y rellenando, y así como el torrente los mas firmes muros derriba, el alto mérito y la virtud sin tacha, de la envidiosa emulación al ciego impulso momentáneamente ceden. Es de ellos de quienes el apóstol, por la divina luz iluminado, con acertado espíritu nos dijo: *Hipócrita ejice primun trabem de oculo tuo, et tune videbis ejicere festucam de oculo fratris tui.* ¡Oh! hipócrita! saca primero la viga de tu ojo y entonces verás para sacar la mota del ojo de tu hermano!»

—Esto reza de seguro con su Excelencia, decían los partidarios del Obispo; nos le vá poniendo el señor Provisor de siete colores.—Por supuesto! agregaba algún otro; sino hay mas que mirarle la cara para ver como le pone.

Continuó el predicador dilatando su discurso acerca de lo grave del pecado de la calumnia, enumerando sus distintas formas y grados, asestando certeros tiros contra el

Gobernador y atravesando del pecho á las espaldas á los frailes y clérigos que de su parte habíanse puesto, todo lo cual causaba grande contento y regocijo en los fervorosos partidarios de su Ilustrísima.

Pero, cuando más su Señoría logró dominar sobre su auditorio y cautivar el ánimo de sus parciales, fué en lanzado que hubo la falange de sus afiladas razones derechamente contra su Excelencia, en estos ó parecidos términos:

«¿Y qué diremos, ¡oh amados hermanos!, cuando los dardos de la vil calumnia son disparados por las manos del mas ruin pecador contra la virtud inmaculada, la santidad en la penitencia conquistada y el mérito por la humildad beatificado? Homicidio, aleve homicidio comete quien en tan grave pecado resbala y cae; pues, como dijo nuestro Santo Padre San Bernardo con atinadas razones: Si el Salvador dió su sangre en precio y redención de las ánimas, no os parece que le persigue más, cuanto es en si, el que con malas palabras y malos ejemplos aparta las ánimas de su servicio, que el que derrama la sangre que él ofreció por ellas? Y si el demonio se llama homicida en el Evangelio porque mata las ánimas incitándolas á pecar, ¿no será tambien homicida el que con malas palabras, mala vida y mal ejemplo hace lo mismo?»

—Tentaciones me vienen, dijo su Excelencia á Ginés, de tapar la boca á este echacuervos, antes de que ponga término á sus injurias y desatinos.

—Para todo hay tiempo, repuso Ginés; déjele vuesa merced que desembuche cuanto tenga, que con mejor espacio le habemos de hacer embuchar mas sabrosos discursos.

«Nada tan funesto fué á las almas, continuó el Provisor,

como el mal ejemplo que de las altas cumbres baja; así lo dijo uno de los mas grandilocuentes predicadores de la Iglesia: «El mas dañoso mal que ocasiona una persona tenida en grande reputación de santidad es cuando viene á caer en algún público pecado, porque aquí es donde los buenos lloran y los malos rien, y los flacos desmayan; y finalmente, todos se escandalizan y pierden el crédito de la virtud de los buenos». Mientras mas alta dignidad la persona ocupa, mas limpios los timbres de su virtud mostrarse deben. Solo al soberbio, á quien la bastarda ambición ciega y la ira el entendimiento le nubla, cabe ostentar de sus vicios la corrompida podredumbre y por la ruin envidia acicateado, á las prestar á los ligeros pies de la calumnia. Es de ellos de quienes dijo el salmista: *Non habitabit in medio domus qui facit superbian; qui loquitur iniqua, non direxit in conspectu oculorum meum.* No morará en medio de mi casa el que obra con soberbia; el que habla cosas inícuas no entró derecho en la vista de mis ojos! Es de ellos que la incomparable palabra del sábio predicador, nos dijo: «Los caminos de los soberbios son quebrados, llenos de barrancos y peñascos, porque donde está la soberbia está la indignación; allí la ferocidad, allí la inquietud y desasociado, aunque acá padezca esta justa condenación y acá comience el malo su infierno; como el alma del bueno, desde acá tiene ya principio de su gloria en la quietud de su conciencia.»

«Desventurado de aquel por quien viene el escándalo! *Verumtamen vœ homini illi per quem scandalum venit!* Desventurado de aquel que con falsa lengua la virtud maltrata y el mérito deprimir intenta; sepulcro abierto es su garganta, pues su lengua arde en engaños! *Sepulcrum*

patens est guttur eorum. Desventurados los que sus caminos siguen, sus mentirosas voces escuchan y solícito oído prestan!; para ellos reservado está el juicio de Dios y la condenación eterna. Dichosos aquellos que de sus malos pasos se apartan y como de peste contagiosa huyen, y humillados, á la virtud el debido homenaje tributan! *Nolite timere vos*, como dijo el Santo Evanjelista; no temais vosotros!, pues, abiertas encontrareis las puertas de la eterna bienaventuranza, que á vosotros, ¡oh fieles oyentes! deseo el Señor conceda en premio á vuestra grande fe y sano corazón! Amen.»

—No le ha dejado hueso entero en el cuerpo! decían los parciales de su Ilustrísima, celebrando la catilinaria.

—Que va á dejarle!, agregaban otros; si le ha puesto tal que ni por las orejas le conociera la madre que lo parió!

Terminada la plática, su Excelencia, á quien el asiento que ocupaba hacía-sele cual si fuese claveteado de espinas, tuvo intento de levantarse y abandonar el campo, mas sosegó su deseo esperando que primero lo hiciese su Ilustrísima, con ánimo de ver quienes le seguían. A su vez su Ilustrísima esperó que saliese su Excelencia, como ostentando una muestra de humildad y de respecto hacia aquel. Como el tiempo se dilatara y ninguno del templo se moviese esperando el término de aquella singular contienda, su Excelencia, en quien el despecho rebalsaba hasta por los oídos, levántose esperanzado de que le seguirían los clérigos y frailes parciales suyos; mas estos, que tenían delante al señor Obispo, no queriendo incurrir en su censura, aunque bien quisieran seguir al

señor Gobernador, mantuviéronse en sus escaños con las cabezas gachas y los ojos relampagueando por lo bajo.

Atravesó altaneramente su Excelencia, seguido tan sólo de Ginés, por en medio del gentío que le abría paso como si temiera contaminarse con las manchas que llevaba encima tan pestífero pecador. Salido que hubo del templo, su Ilustrísima abandonó su silla sacerdotal y cruzó por en medio de su grey, la cual se prosternaba humildemente á su paso; luego siguióle gran número de caballeros y devotos, rindiéndole homenaje, y acompañóle hasta la casa episcopal, á cuya puerta despidió á los circunstantes con su santa bendición.





XIII

Guerra de recursos.

Si la plática del señor Provisor picó mucho y puso de mal talante á su Excelencia, la nueva del agasajo y rendimiento tributado á su Ilustrísima le sacó tanto de su quicio, que no pudo pasar bocado en su merienda ni pegar ojo durante la siesta del caluroso día que tan acalorado le traía. Viajaba el señor General á lo largo y á lo angosto de su sala de ceremonias, devanando el hilo de sus pensamientos en busca del arbitrio que había de tomar para acabar con el Obispo y quitar de en medio aquel nigromántico Provisor que con su astucia, sus latines y su labia le había puesto en tan inesperada como vergonzosa derrota.

No había querido Ginés turbar al señor General en sus secretos pensamientos y discursos, conociendo, á fuer de experimentado, que el favorito ha de tener tino para callar cuando arrecia la tormenta, y ha de tener acierto para hablar, esperando hacerlo cuando la angustia y la fatiga suban á punto de ahogar al poderoso. Y así, estúvose silencioso y quedo leyendo en la inquietud de D. Felipe las imaginaciones que trabajaban su magín, poniendo freno al apetito que sentía su lengua de saborear su trago en el brebaje que

amargaba el paladar de su señor. Después de largos instantes reventó por fin la ansiedad de su Excelencia en estos términos:—Por lo que hemos oído Ginés y por lo que con su Ilustrísima han hecho esos follones, bien se ve que el señor Obispo se nos viene subiendo á las barbas y si no le ponemos invencible estorbo puede alzarse con el santo y la limosna, dejándonos sin el Gobierno y sin aquella malhadada moza!

—Eso me lo digo yo! repuso Ginés; pero, el acabar con el Obispo es lo de menos; el rabo que tenemos de desollar es el tal Provisor que ha armado esta máquina contra vuesa merced.

—Bien dijiste; nada haremos con cortar la soga si dejamos libre el ternero. Sobre entrambos ha de caer la autoridad del Gobierno y el rigor de la justicia; para contener la guerra que nos arman y la sozobra con que nos alimentan. Si, pues, uno y otro turban y alborotan la república, el remedio es fácil y seguro: quitar la mala yerba del camino apresando al Obispo y al Provisor y echándolos á parte donde puedan hacer larga y ruda penitencia por sus muchas culpas.

—Vuesa merced perdone, pero peligroso es el remedio; la prisión y destierro de su Ilustrísima armará grande alboroto, y habrá quejas, delaciones y memoriales á S. M., dando mucho trabajo á vuesa merced y poniéndole en riesgo de perder el gobierno, que es lo que ni se debe poner en peligro ni aflojarse así no más. Con licencia de vuesa merced, cuando la cura es difícil y el remedio peligroso, lo mejor son paños calientes. Deje á su Ilustrísima en su casa, que allí se estará bien seguro, mandando echar bando que cómo se halla suspendido de sus temporalidades

y hay causa pendiente por sus muchos delitos, queda vedada toda comunicación con él bajo severa pena para quien con él comunicare. Demas de esto, habrá que darle en la parte mas noble y donde mas le duela, quiero decir, que como ha sido fraile y no hay fraile que si fácilmente perdona las culpas ajenas, por gordas que sean, lo único que no perdona es la olla abundante, por flaca que viniese, menester será tenerle con el estómago vacío, á pan y agua por mucha gracia. Ya verá vuesa merced como en dándole en tan delicada parte se vendrá buscando paces, y en buscándolas, vuesa merced pondrá condiciones, y entre tales condiciones se pondrán tales que no pueda menos de rendirse y humillarse, dejando, además, libre de su conjuro á mi señora Susana para dicha y satisfacción de vuesa merced.

—Atinaste Ginés, y como en muchas otras, atinaste por esta vez, dijo su Excelencia frotándose las manos; luego continuó:—Y si por tales medios no se dobla ni rinde tiempo habrá y modo buscaremos para quitarle de en medio! Solo nos queda el Provisor por desollar.

—Déjele, vuesa merced, que para echarse encima de tan astuta sabandija se hace menester grave causa y ostensible pretexto, y como ahora no le hay, habremos de tenderle tal red que ni el Santo Padre podrá desatar. Que se huelgue, intertanto, con su plática que ya le haremos cantar la gorda.

Con gran regocijo acogió D. Felipe los consejos del escudero, lamiéndose y relamiéndose con la sola imaginación del apuro y necesidad en que iba á poner á su Ilustrísima; y poniendo sin dilación por obra lo pensado, echóse bando y pregón vedando toda comunicación con tan alta

dignidad y prohibiendo bajo graves penas se le otorgara socorro alguno. Y á fin de dar cara de legalidad á tan rigurosa medida, como para una mala causa no falta escribano diligente, encomendóse al escribano Luis Marquez moviese querrela contra el prelado, en lo cual puso tanta solicitud y empeño, que en menos de dos auroras hallábase su Ilustrísima con mas de veinte procesos sobre sus espaldas.





XIV

De cómo una mujer solita puede mucho mas que muchos hombres juntos.

Penoso y desconcertado quedó su Ilustrísima con la nueva hostilidad de su implacable enemigo, y tanto mas se acrecentó su pena en viendo como su atemorizada grey le dejaba abandonado á su infortunio. Pero cuando mas crecieron su congoja y amargura fué cuando llegó á sus oídos que el caballero Suarez de Toledo, leal partidario suyo, había sido destituido del cargo de lugarteniente y conminado severamente á obedecer el mandamiento de su Excelencia por haber tratado de socorrer compasivamente al prelado. Resignóse, pues, á soportar la penitencia que el cielo le enviaba, esperando que la bondad divina se apiadaría de sus sufrimientos y le devolvería la paz y el contento, en premio de su piadosa resignación.

Tres largos dias habían alumbrado su miseria, necesidad y angustia, cuando despues de entrada la noche del cuarto llamaron quedo á su solitaria puerta. Abrióla de zozobra lleno, y sin expresar razones introdujose rápida-

mente en la estancia una mujer de negro y humilde traje cubierta.

—Cierre vuestra Excelencia!, dijo la recién venida.

Obedeció maquinalmente el prelado, confuso y temeroso; fuése á largos pasos y cogió la lamparilla que en el extremo de la estancia su opaca luz en el recinto derramaba. Acercóse á la recién venida, que se había mantenido inmóvil cerca de la puerta, y aproximó la lámpara á su rostro. Levantó ésta el manto que la cubría y su Ilustrísima quedó maravillado contemplando las hermosas facciones de doña Susana.—¡Sois vos, hija mia!, la dijo sorprendido.

—No era posible, repuso, que ésta vuestra humilde sierva, por quien caen sobre vuestra Ilustrísima tantos males, os dejara abandonado á vuestro infortunio. Así, pues, por medios que después sabreis he logrado llegar hasta vos para deciros que si vuestra salvación quereis al punto y sin reparo hagais lo que os voy á decir: este manto disimulará vuestro hábito, (dijo sacando un envoltorio de debajo de su tapado), y asegurará vuestra fuga; en mi casa hallareis seguridad y todo cuanto hubiéreis menester, mientras se logra vuestra libertad por mas firmes medios.

—Pero, ¿no pensais que si el Gobernador de mi ausencia se noticia revolverá toda la villa, me arrancará de donde estuviese y se ensañará conmigo, con vos y con cuantos en esta empresa tomaren parte?

—Vuestra Reverencia sepa que antes de que el Gobernador le encuentre no será difícil que vuestra Ilustrísima le tenga aprisionado y bajo de su justiciera autoridad. El señor Provisor espera á vuestra Reverencia cerca de aquí para conducirle, acompañarle y defenderle.

—Pero y ¡vos hija mia!; ¿donde os vais á meter que el Gobernador no os encuentre?

—Eso no os atormente que yo sabré cobijarme donde ni echando la villa al suelo pueda dar conmigo.

—Loado sea Dios!; pues que el señor así lo quiere, hágase su voluntad!, exclamó el prelado cubriéndose con la larga capa que doña Susana le ofrecía. Luego persignése, balbuceó una oración, echó su bendición á la dama y con el lábio trémulo por la inquietud y el recelo abandonó su silenciosa casa, mientras aquella, adueñada de la casa, aseguraba la cerradura y se perdía en medio de la oscuridad de la noche. Al amparo de ella deslizóse su Ilustrísima, poco menos que á gatas, por la angosta calle, y á poco andar vino á su encuentro, sigiloso y risueño el Provisor, quien para alejar toda sospecha había tomado el hábito de fraile franciscano, por ser estos los que privaban con su Excelencia.

Mudos y silenciosos siguieron ambos lo que de camino les quedaba, hasta que arribaron con sin par ventura á la casa de doña Susana. En cuanto hubieron entrado, requirió el Provisor la cerradura de la puerta que á la calle daba, condujo á su Reverencia á la inmediata sala y luego le encaminó á la pieza que á esta seguía, en la cual se había aderezado una buena mesa, cubierta de blanco mantel y de modesta, pero muy limpia vajilla. Como la cocina estuviese próxima, llegaba hasta ella la apetitosa fragancia de los guisos y el chirrido del asado que la cocinera de la dueña de la casa preparaba con esmero para tan augusta y sagrada persona, como era el señor Obispo, bien persuadida, según aquella le habia dicho, que en sirviendo solícitamente á su Reverencia tendría abiertas de par en

par las puertas del cielo y asegurada su eterna salvación.

Adelgazábasele á su Ilustrísima la saliva en la boca con el solo olfatear lo que no lejos de él bullía y se cocía, pues cerca de cuatro muy largos dias hacía que la había pasado á poco pan y mucha agua, conforme á la voluntad de su Excelencia. Bien antes de lo que su apetito esperaba, la prevenida cocinera puso delante del asiento del prelado una honda y ancha fuente en la cual venía la suculenta, variada é incomparable olla; en cuanto su Ilustrísima la tuvo á tiro, dejando cumplimientos de lado, paróse, bendijo la mesa, rezó la oración dominical y sin mas ceremonias atacó denodadamente al suculento plato. Mientras su Reverencia, mas devoraba que comía, encontrando que jamás cocinera alguna habia sazonado mejor tan sabroso manjar, el Provisor refirióle como así doña Susana venía preparando una rebelión contra el Gobernador para libertar la villa de tan duro yugo como el que la oprimía, para lo cual trataba de estimular el amor propio de algunos capitanes enemigos de su Excelencia. Refirióle, luego, de como así la avisada dama había logrado seducir al soldado á quien se había encargado la custodia de la casa de su Reverencia, haciéndole ver que si tan inhumano oficio, como el que se le había encomendado, continuaba ejercitando, era segura su eterna condenación después de esta pasajera vida y su castigo por Dios, que todo lo vé, en el trascurso de ella; á todo lo cual había agregado las convincentes razones de algunas dádivas, las que vendaron los ojos al atalayador para dejar escabullirse á su Reverencia. Añadió su Señoría que aun cuando los proyectos de doña Susana, que él secundaba celosamente, no estaban maduros, pronto madurarían, habiendo tomado á su cargo el traerlos

á buen término, para lo cual pondría toda solicitud y empeño.

Alentado y complacido quedó su ilustrísima con el relato del Provisor, dando ya por hecho y concluido cuanto este le había pintado, y así, satisfecho de la redención que esperaba, acometió valerosamente, despues de vaciar su copa varias veces, contra un indefenso pollo prolijamente dorado al asador, que la fervorosa cocinera acababa de entregar al diente de su autoridad episcopal.

Pero dejemos hacer tranquilo su merienda á su Ilustrísima, que no hay mayor mal para un hambriento que tener un mirón delante.





XV

Tres guapísimos guapos.

Mientras su Reverencia mascaba á dos carrillos, engullía á garganta llena, bendecía mentalmente á Dios, que á todas sus criaturas protege, y agradecía de corazón y estómago la devoción que le tenía doña Susana, su Excelencia daba término á una abundante cena, que si era nada escasa en sabrosos platos no lo era menos en generosos vinos. Festejaba el señor Gobernador su cumpleaños y con tan trascendental motivo había reunido en su mesa dos ó tres capitanes y unos cuantos frailes y clérigos, todos ardientes partidarios suyos, y los que, una vez terminada la merendona, habíanse dispersado buscando cómodo rincón donde dejar reposar tranquilamente la media bota de vino que cada cual había almacenado en la despensa del estómago. Solo quedaban, de colos sobre la mesa, su Excelencia, el inseparable Ginés y un frailecito, alegre decidor, enamorado, y trovador nocturno, que acompañaba al General en muchas de sus amorosas aventuras. Como el vino y la mujer caminan juntos y cuando separados viajan bien luego medio de reunirse buscan, las muchas copas que se le habían subido á su Excelencia á la vivienda del cerebro le trajeron á la memoria la dama

que ocupaba su corazón y que su voluntad tenía aprisionada. Con hondos suspiros acogió D. Felipe tan grato cuanto ingrato recuerdo; quejóse de la adversa suerte, que el amor de tan codiciada prenda le negaba, y como á la par de la dama saliese también el recuerdo del Obispo, desató su lengua balbuciente contra aquel su terrible enemigo, que en tantas amarguras le ponía, que su dicha con su envidiosa soberbia le estorbaba y el cual no llevaba trazas de llegar á la capitulación que Ginés había profetizado.

—¡Oh cruel é inhumano enemigo mio!, exclamaba el señor Gobernador; así con tus arteras tramas y malos consejos mi desdicha causas y mi dolor estimulas y sustentas! ¡Oh! mísero pastor, con cuan proterva astucia la ira con tu lengua falaz provocas y atizas y en medio de tu grey desencadenas! Permita el cielo la muerte llegue tu soberbia á castigar y tu falsía, y el postrero de tus días, solo y sin amparo te encuentre en el abandonado hogar en que separado por tu maldad de los tuyos vives!.. .

¡Oh! tú, hermosa señora mía, de mi voluntad dominadora, de mis ansias tormento y estímulo, de mis pesares causa, de mis deseos engendro, de mi dicha y mi desdicha única dueño. ¿Porqué á mis blandas quejas oído piadoso no prestas, á mis ruegos no te rindes, y mi aflicción y quebranto en gozo y deleite no truecas y conviertes?

—Cálmese, vuesa merced, dijo el frailecito, á quien la cabeza se le iba para un lado y para el otro; cálmese, que todas las cosas del mundo tienen remedio. . . . cuando le encuentran. Que le atañe á vuecelencia la persona de su Reverencia en el amor que consagra á mi señora Susana? Piensa, acaso, que el tal ha de regalarle la dicha

permitiendo goce del amor de la dama así no más sin mas ni más? *Nequaquam...* Acaso él manda en su voluntad y en su cuerpo?;... eso sería si su Ilustrísima no fuese *abstinentissimus rebus veneris*. Si vuecelencia puso buenos medios para llegar á tan suspirada dicha y el Obispo lo estorba, *prohibeat quod Deus!*, quien ha de impedirle que requiebre á la dama y en paz ó con enojo ella venga á sus amorosos brazos? Pues hay mas que demandar la gracia en buenas amistades ó tomarla *occasionem capere?*

—A la guerra por todo!, terció Ginés animosamente; pues, hay mas que cantarle unas trovas, pedirle entrada y si no la dá de á buenas tomársela por asalto? Y, sí señor!, que despues grite el Obispo y se arme alboroto, y murmure la vecindad!;... nadie ha de arrebatarle á su merced el bien que gozare.

—Habeis hablado entrambos, dijo D. Felipe, con la claridad del razonamiento que al indiferente sobra y que siempre al afligido falta; pues, pónganse por obra vuestros atinados pensamientos, que á maravilla á mis deseos vienen y á mi tormento cuadran!

Con tan perentoria declaración todo el concurso se sintió arder en las llamas de indomable valentía, rebalsando sobre todo en Ginés la furia y el ardimiento de la decisión, que no siempre le acompañaban; pues, de las cinco partes que hacen un hombre de coraje, á saber: la serenidad, la prudencia, el valor, la valentía y el arrojó, Ginés contaba tres de prudentísimo, las otras dos le atajaban el paso en cuanto veía el peligro, y todas las demas que quedan las tenía de valiente. Pero, cuando el vino le calentaba las venas y le encendía el cerebro, se

comía ejércitos enteros en rebanadas de valerosísimas bravatas. Como en el presente caso se hallase en buen temple, acercándose á un rincón donde había dejado su espada, cogióla, la sacó de la vaina y puso la punta sobre la mesa, diciendo:

—Mire vucelencia!, por ésta que no me dejará mentir, que estoy muy acostumbrado á morir á bala de arcabuz aun cuando me pongan el pellejo peor que un arnero, y así, no hay empresa que me detenga, peligro que me espante, ni enemigo que amedrente. Y pues, su Reverencia y los que le siguen andan urdiendo maquinaciones contra vuesa merced; . . . pues ¡que vengan! que vengan!, que aquí está quien ha enseñarles por donde se escapa mas ligero!

—Si señor! que vengan!, repitió D. Felipe, y desenvainando también su espada puso á su vez la punta sobre la mesa, agregando: ¡por quien soy que ésta ha de enseñar á medio mundo quien es el General D. Felipe de Cáceres!

El fraile, á quien, viendo armados á sus compañeros, le escocian las manos por empuñar cualquier cosa, no encontrando espada cogió un lanzón que por allí estaba y poniéndose en guardia con marcial continente, exclamó con decidido acento:

—¡Que vengan! Si señor! y por San Miguel y San Pablo!, ya verán quien dijo miedo!, que mientras mas sean, mejor! *In umbra igitur pugnabimus!* (1)

—Cuando esos brivones. . .

--*Omnibus modis!* si esos tales malandrines. . .

—Con tal que esos follones! digeron todos á un tiempo.

(1) Pelearemos á la sombra.

—Silencio! gritó el General; mas, dominados todos por el ardimiento, siguieron á la vez:

—*Ambigus præliis*; (1) lo que yo digo es que...

—Con que me han de venir á mi con... .

—Habrás visto canalla tan ...

—Silencio!, volvió á gritar el General dando un recio golpe sobre la mesa.

—Lo que yo digo, prosiguió, y ¡nadie interrumpa!, lo que yo digo es lo que vosotros habeis dicho; quiero decir, que plaza que no se rinde hay que tomarla por la fuerza.. Y pues, la señora Susana no las gusta de á buenas, de á malas ha de gustarlas, y ha de ser ahora mismo, y quien me siga, que me siga y el que no me siguiere ya me lo tendré yo en cuenta!

Cogió Ginés el rabel, y amo, escudero y fraile se encaminaron á la casa de la codiciada prenda que tan resuelto y desenfrenado traía á su Excelencia.

(1) Vencedor ó vencido.





XVI

En el garlito!

Dormitaba su Ilustrísima su cena y su vino con la cabeza inclinada sobre el respaldo del sillón y con las manos cruzadas sobre el vientre, en tanto que el Provisor, que aun le acompañaba, se devanaba los sesos haciéndose mil dulces imaginaciones sobre la zancadilla que se preparaba al General para tumbarle del gobierno, las cuales pintábanle ya sujeto y apretado entre sus manos á tan alto personaje. En esto estaban cuando llegó á los oídos de uno y de otro, despertando su atención, los sones de un rabel que preludiaba una canción amorosa, de las muchas que se estilaban en la villa.

—Vaya! dijo su Ilustrísima; bien se vé que no faltan trovadores á nuestra buena hija....

—Como que es tan buena moza!, agregó el travieso Provisor.

Luego una voz sonora, pero con su dejo de corista de iglesia, cantó:

Por sus cuitas desolado
 Viene á contárte sus penas
 Quien por tu causa en cadenas
 Del amor vive amarrado.
 Mendigo de tu belleza
 Limosna pide á tus ojos
 Quien camina sobre abrojos
 Que sembró tu gentileza.

No bien hubieron terminado los apasionados versos, no pudo el Provisor contener la risa que le causaba el contraste, viendo la gordiflona cara de su Ilustrísima sobre la cual caían los piropos que se regalaban á la ausente D^a. Susana.

Volvió á cantar la voz:

De tu amor sediento vivo,
 Mas, de la fuente escondida
 Que en tu pecho tiene vida
 Tan solo el desdén recibo.
 Cuando escarcha y cuando llueve
 A tu corazón pido abrigo,
 Mas, solo de tí consigo
 Que me des lecho de nieve.

Luego sonaron unos suaves golpecitos en la puerta y picada la curiosidad del Provisor, llegóse en puntas de pié á la ventana; procuró abrir con sigilo la ventanilla que en lo alto de uná de sus puertas había, pero á pesar de su cuidado no pudo impedir el ruido de la aldabilla, y como la oscuridad de la noche y el sitio que ocupaba el trovador no le permitieran verle, puso oído atento escuchando lo que fuera se hablaba.

—No se lo dije á vuesa merced?, principio quieren las cosas; mi señora Susana se ha llegado á la ventanilla para advertirle sin duda que le escucha y no le desdenea.

—Pues, si ha abierto la ventanilla con las primeras coplas, dijo otra voz, con las segundas abrirá las puertas y todo vendrá á vuecelencia á pedir de boca; *Omnia ex sententia cedunt!*

—Y si no las abriere de buenas ganas, las abriremos á pesar suyo, agregó una tercera voz con tono imperativo

Por el anterior diálogo sacó el señor Provisor en limpio que el galan era D. Felipe; el cantor, el frailecito Juan Villadearla, y el acompañante, el famoso escudero de su Excelencia; y viniendo en conocimiento de la intención que les acompañaba de penetrar en la casa, aun cuando fuese á viva fuerza, dirigióse sin dilación al Obispo, al cual impuso de cuanto había escuchado.

—O en esto hay una traición ó una alevosa intriga!, dijo todo alarmado su Reverencia.

—Sea lo uno ó lo otro, repuso el Provisor; lo que importa es que vuestra Ilustrísima se ponga en salvo, que yo procuraré darme modos de salir por buena senda en este trance. Cambiáronse breves razones y palabras entre ambos, acordándose que su Reverencia buscase su salvación en la fuga, á lo cual proveyó el Provisor prestando ayuda para que lograrse evadirse venciendo la tapia que circundaba la casa, la cual, de débiles palmas formada, dió facil acceso á la evasión de tan encumbrada dignidad.

Entretanto, la voz cantaba:

No mi tormento reavive
 El rigor de tus rigores,
 Den la vida tus favores
 Al que agonizando vive;
 Y abre tus puertas señora,
 Que en mostrando tu belleza
 Han de llorar su pobreza
 La luna, el sol y la aurora.

Terminado el canto nuevos golpecitos volvieron á llamar á la ventana y como el travieso espíritu del Provisor quisiese burlar á su Excelencia, conceptuando que ningún mal le iría en ello, llegóse á ella, abrióla un tantico, y con voz baja y disfrazada, dijo:

—Diga hermano, ¿que se ofrece?

A lo cual contestó el Gobernador, juzgando hablaba con la dama:

—Que un desdichado á pedir socorro á vuestras puertas viene.

—Y es premioso y grave el caso?, preguntó el Provisor.

—Tan grave y tan premioso que si pronto socorro no se me prestara aquí mismo la mi vida feneciera.

—Pues, si es así, pronto encontrareis auxilio; esperad.

No bien hubo escuchado estas palabras D. Felipe cuando se puso de siete colores, rebosándole por todo el cuerpo los deseos de estrechar entre sus brazos y sorberse á besos á la tan codiciada dama que tan pronto iba á conjurar sus penas.

El fraile y Ginés se relamían imaginándose la incomparable dicha que esperaba á su Excelencia, lamentando en lo profundo de su alma que no les hubiese cabido la suerte

de llegar á ser Gobernadores, puesto que por experiencia veían que sí pocas puertas llevan firme cerradura cuando ellos llaman, muchas son las que de par en par á su primer llamado solícitas se abren.

Cogió el Provisor el candil, dominando la risa que le causaba la sola imaginación de la cara que su Excelencia pondría cuando con él se encontrase; encaminóse á la puerta y la abrió colocándose detras de ella para no ser conocido de pronto. No bien D. Felipe vió la puerta abierta atravesó rápido el umbral, colándose dentro; levantó el Provisor el candil á la altura del rostro de su Excelencia y ambos fueron iluminados, quedando aquel desconcertado y confuso en cuanto se encontró con la poco atractiva fisonomía del Provisor en vez de la encantadora que esperaba.

Repuesto un tanto de su asombro y perplejidad, preguntó á su Señoría con altanera voz:

—Que hace vuestra Señoría aquí?

—Que he de hacer, Excelencia, repuso el Previsor sonriendo; morar en ella desde ha pocos dias en que la dejara la dama que la habitaba. Vuecelencia llamó á mi puerta demandando socorro y si en algo puedo servirle, mande que será obedecido.

Ginés que había cogido al vuelo desde fuera lo adverso de la situación, dijo al fraile: ¡Aquí sí, hermano, que se nos acabaron los latines! Este que á su turno conoció la voz del Provisor, agachó la cabeza y encomendó á sus piernas el cuidado de salvarle de los ojos de su Señoría. Avanzó, en tanto, Ginés hacia el interior y no bien hubo visto al Provisor, dijo á su amo:

—Aquí tenemos gato encerrado!, note vuecelencia que

su Señoría lleva hábito de franciscano cuando nunca le ha usado ni pertenecido á la orden.

--Visto me lo tengo!, repuso su Excelencia usando la frase que empleaba siempre que nada veía ni entendía; cuando menos tenemos alguna conjuración en amasijo.

—Puede vuecelencia, contestó humildemente el Provisor, requisar la casa que no encontrará en ella nada que le alarme, á no ser el desconcierto que sigue á una reciente mudanza.

—Véamos quién de nosotros lleva el gato al agua!, dijo el General, y diciendo y haciendo, condujo el Provisor, candil en mano, á sus huéspedes haciéndoles recorrer las tres únicas piezas que componían la casa. Aun cuando nada de revelador se encontrase en ella, los avispados ojos de Ginés no perdonaban rincón, recobeco ni mueble que no registrasen; después de urgarlo todo, acertó á dar con la espada del capitán Centellas, esposo de la viuda, la cual en la confusión de la apurada mudanza de la dama había quedado olvidado detrás de las cortinas de la cama.

—He te aquí!, exclamó entusiasmado; aquí está el cuerpo del delito!. Mire vuecelencia como su Señoría duerme con la espada al lado á pesar de llevar hábito de franciscano. Entre tan distintos extremos, diga vuesa merced donde anda el angelito!

—Ya me la hube visto!, repuso el Gobernador, y sin dar lugar á que moviese la lengua el Provisor, díjole: Ahora, de grado ó por fuerza habeis de seguirme mientras estos misterios se aclaren y lo que hay en esta trapisonda se descubra.

Obedeció resignado el Provisor, apagó el candil, cerró

la puerta y luego dijo: Ahora mande vuecelencia que en todo será obedecido.

—Guía tú Ginés, contestó el Gobernador, y sígale vuestra Señoría; adelantó el Provisor, quedando entre sus dos conductores. Y de esta suerte, el escudero guiando, maldiciendo tan infortunada aventura; el Provisor siguiendo, en temores y desconfianzas mil absorbido; y su Excelencia á retaguardia, por la pasada burla corrido, despechado y en negra saña hirviendo, emprendieron camino por enmedio de las oscuras calles, pasando silenciosamente por sobre la blanda arena como sombras que en medio de la oscuridad discurren.





XVII

Caminar á oscuras, dormir mal y madrugar temprano.

No poco trabajo ni escasa penalidad había tenido su Ilustrísima para llegar hasta las afueras de la villa, pues cada perro que sintiendo sus pasos ladraba, parecía que delataba su evasión y que iba á ser sorprendido por alguno de sus celosos enemigos. Cuando hubo salido de poblado discurrió largo rato sobre el camino que había de coger; mas, mientras la duda y la vacilación acongojaban su espíritu, llevaba sus pasos maquinalmente por la senda que más fácil acceso le ofrecía. Continuó por ella mucho espacio hasta que notando se hallaba encerrado en un espeso bosque que se estrechaba á medida que adelantaba su camino, se detuvo temeroso de caer en el diente ó la garra de alguna de las muchas fieras que por entonces moraban en los bosques que rodeaban la villa.

Rendido de cansancio y todo medroso detúvose al pie de un elevado cedro que á orilla de la senda su robusto tronco levantaba. Sentóse sobre la yerba, apoyó sus espaldas sobre el tronco y encomendóse al Todopoderoso en

fervorosas oraciones. La apacibilidad del lugar, el adormecedor canto de los grillos, la quietud en que dormía la vegetación que le rodeaba, el rendimiento y la fatiga del cuerpo aflojaron poco á poco los resortes de sus miembros, apagaron la excitación de su cerebro y quedóse dormido con la tranquilidad de un justo.

No muchas horas el benigno sueño pudo acompañarle, pues bien luego la vivificadora alborada llegando por oriente, las puertas de las jaulas abrió, que la noche cerrara y su libertad recobrando las inquietas avecillas, con sus variados cantos el silencio interrumpieron; de los insectos voladores el zumbido cortó el aire y la brisa matinal, como madre juguetona, despertó la soñolienta vegetación meciéndola en su asiento y cuna. Su Ilustrísima arrodillóse, cruzó sus brazos sobre el pecho y pronunció el *Jam lucis orto sidere*, alzando su plegaria al cielo, pidiéndole le prestara su auxilio y amparo en el nuevo día que alumbraba la tierra.

Terminada su oración, levantóse, desgajó una rama de un árbol, la desnudó de sus hojas y tomándola por cayado prosiguió por la senda que la rosada arena señalaba. Temeroso y vacilante, ora se detenía intentando volver sobre sus pasos, ora se ocultaba entre el bosque en cuanto creía sentir que alguien tras de sus huellas venía. Y de este modo, yendo, deteniéndose, y prosiguiendo encontró de pronto una otra senda más angosta y tortuosa y cogiendo por ella, después de breve instante hallóse en un descampado en medio del cual se levantaba una rústica casucha, con sus paredes formadas de cañaheja y barro y su techo de palmas ahuecadas en forma de teja. No lejos de la casa discurría sin ruido un limpio arroyuelo y

en sus orillas dos indias guaraníes lavaban ropas blancas que luego extendían sobre la yerba para secarlas al calor del sol.

Acercóse su Ilustrísima, las indias le miraron estúpidamente prosiguiendo su tarea, sin cuidarse del recién llegado; pero mas listo que éstas un galguito que á la sombra de una mata dormía, dejó su lecho y alborotó la casa con sus agudos ladridos y correteos. Salió de la choza una mujer blanca y robusta, acercóse escudriñando con su mirada al Obispo, y en cuanto le hubo tenido cerca, exclamó llena de asombro:

—Su Ilustrísima por esta humilde casa!, y con este calor que mata!; luego se aproximó, arrodillóse á sus piés, le besó la esposa y el prelado la bendijo.

—Aquí me tienes hija, le dijo; el dia es sobrado ardiente y el sol abrasa; por eso vengo á pedirte asilo.

—Como que vamos á tener tormenta!, repuso la moza; pase vuestra Reverencia que nunca mas honrada fué ni mas afortunada será mi choza recibiendo á su santa dignidad.

Penetró el Obispo en la habitacion cercana y encontróse con un hombre y dos muchachos que preparaban su merienda sobre una mesita rústica, baja y sin manteles.

—Loado sea nuestro Señor! ¡Su Ilustrísima por aquí!, dijo el hombre en cuanto conoció al Obispo; llegóse reverencioso á él y á su vez le besó la esposa, lo mismo que los muchachos.

—Y á buen tiempo!, contestó aquel con bondadosa sonrisa; pues la caminata y el sol me han despertado el hambre y provocádome la sed.

—Venga acá su Reverencia, agregó el huésped colocando

donde mejor pudo al prelado, que aunque la mesa es muy pobre la voluntad sobra y la honra para ésta casa es mucha.

Acomodado que hubieron al Obispo en el asiento mas holgado que encontraron, marido y mujer, pues tales eran los hospedadores, ufanos con tan encumbrada visita pusiéronse en movimiento yendo y viniendo de aquí para allí, urgándolo todo, en busca de su mejor bajilla, corriendo á las gallinas á la caza de la mas gorda, y atizando el fuego, deseosos de obsequiar á su dignidad lo mejor y mas regaladamente que pudiesen.





XVIII

Plática moral.

Preparada la merienda y aderezada la mesa en tanto que el prelado había empezado á adoctrinar á los muchachos, colocóse á la cabecera de ella, bendíjola su Reverencia, después de lo cual todos acometieron al primer plato que humeaba delante de cada uno de los circunstantes.

—Vuestra Reverencia ha de perdonar lo poco que le ofrecemos, dijo el jefe de la familia; pero la casa del pobre, por mucho que se desee, nunca alcanzará á colmar el gusto de personas de tan alta calidad como vuestra Reverencia.

—Te engañas, hijo mio!, repuso este; el plato de más precio no es el que más caro cuesta sino aquel que con mejor voluntad se ofrece; el más sabroso, aquel que nuestra necesidad oportunamente llena y satisface.

—Habla vuestra Ilustrísima como pastor que á ninguna de sus ovejas desdeña; pero nunca podrá la escasez del humilde satisfacer el delicado gusto que la alta posición y cargo forman y pulen. Mas, la ciega suerte no á todos con igual cariño mira, ni á todos con sus ofrendas beneficia.

—Pues que!, y tú te quejas, hijo mio, á quien en medio de lo que tú llamas pobreza tan dichoso miro?, dijo el

prelado comparando las torturas de su alma con la paz y tranquilidad que su huésped demostraba.

—Y como no he de quejarme?, quien es aquel que la fortuna rehuse y la alta posición no envidie y apetezca? Aquella busqué con el afán de todos, sin lograrla; esta perseguí tenaz y para alcanzarla, de soldado vine á este nuevo mundo donde en provecho de mi Rey guerree como bueno, conquistando nuevas naciones que sus dominios extiendan; muchos que menos que yo con su valor hicieron presto á la cumbre llegaron, sin reparar en los medios para subir á lo alto; mas timorato yo, me quedé en mi condición humilde y cansado de ambicionar y de nada conseguir, desesperanzado del todo busqué este rincón de tierra al cual pido mi sustento. Mas si él mediano pan me otorga la dicha me niega que al potentado y al poderoso la fortuna generosa concede.

—Cuan poco de la vida sabes!, repuso el prelado con ánimo decaído; cuantos cambiar con la tuya su suerte anhelaran, pues que en ella, tranquila paz, dulce reposo, ninguna congoja, temor alguno enturbian la serenidad de los dias que llenos de luz y de alegría, sin apercibirte de tan preciados bienes, miras correr indiferente.

Harto rebalsaba en el ánimo de su Ilustrísima la necesidad de un desahogo, y así, dando salida á los pensamientos que le agobiaban, con desencantado acento prosiguió en estos términos: Dichoso aquel que en humilde choza su dicha y su ambición prudente guarda; por toda riqueza, con un palmo de tierra se satisface y se contenta y su ventura en el casto amor de la honesta esposa y de los inocentes hijos que el cielo le diera, cifra y encuentra! No de la tumultuosa vida la tormenta aciaga turbará

su paz ni su reposo ni sus venideros días con desconfianza y recelo llegar verá! El día, á su empeñosa labor abundosa luz dará, fecundante calor á la semilla que en el surco siembra; la blanca nube á su sembrado ofrecerá nutritivo riego; la serena noche le acojerá amorosa, blando descanso á sus fatigados miembros ofreciendo y el sueño reparador en sus extenuadas fuerzas nuevo vigor derramará generoso. La alegre primavera en torno del hogar derramará sus pintadas flores, de la naturaleza con el incomparable lujo su heredad vistiendo; el estío sazonará los frutos, la almibar y la miel en su seno fabricando, y el frio invierno, nueva virginidad á la tierra dando, con su helada mano preparará su seno para recibir la semilla nueva. Ora contento y de regocijo lleno, de espigas cubierto mirará el campo que el buen año le ofrece y el sustento de sus hijos con la abundancia le asegura; ora tranquilo y resignado, en el mal año, escasos frutos cosechará diligente, confiado siempre en la bondad infinita de Aquel que la fortuna niega ó concede, poniendo á prueba de la fé la movable base! Desventurado de aquel que ciego en pos de la fortuna desasosegado corre y su dicha y su ambición en pasajeros bienes cifra! Tesoro alguno á colmar alcanzará de su avaricia el saço, y cuitado, del oro al brillo esclavizado ó con el oro el apetito voraz de sus pasiones atizando, ni dicha en la empalagosa copa del placer hallará completa ni apacible sociego acompañará su sueño. Mezquino siempre, engañoso y vano encontrará á la postre los breves goces que la riqueza le otorgara, y como pasajera ola que un instante acaricia la ribera ó que inconstante de la sedienta playa corre y se aleja, para siempre su dicha y su ilusión, lleno de angustia mi-

rará perderse! Desventurado aquel á quien la seductora pompa del alto cargo ó el engañoso esplendor del poder seduce! Vil lisonja adulará su dócil oído; codicioso interés, blando tapiz extenderá por do quier sus pasos lleve y astuta mano vendará sus ojos para encaminarle do quier á su ambición convenga. La artera traición paciente y cauta acechará á su lado; la enconada envidia, de la calumnia con el impalpable puñal herirá su nombre y al diente hambriento de la murmuración procaz su honor entregará alevosa. Y después de la afanosa lucha, de sus nobles hechos tentará la baja emulación amenguar el alto mérito, sus errores con exajerado juicio en crímenes convirtiendo, y al aprobio de las gentes entregando su memoria; de sus nobles hechos tentará la envidia rebajar el alto mérito y por todo galardón, de su sano propósito, de su sincero afán, de sus buenas obras, recojerá de la ingratitud el amargo fruto. ¡Dichosos vosotros los que en humilde albergue, lejos del popular tumulto ni la gloria ambicionais ni la fortuna, y por todo bien al cielo pedis, riego á los campos para que vuestra labor fecunde, paz en el alma que vuestra dicha sustente, y serena muerte que vuestros lábios en el postrimer instante, benigna selle!

Aquí llegaba la plática de su Ilustrísima cuando vino á interrumpirla de pronto el rebuzno de un borrico que al parecer llegaba á la casucha.

—Ahí está Paco, dijo la moza.

—No puede ser!, repuso el mozo; no puede estar de vuelta tan presto.

—Pero hijol, replicó aquella, no conoces la voz del tu-

sado que en cuanto siente el olor del corral requiebra á la borrica?

—Calla mujer que el señor Obispo!;... pues digo que no!

—Digo que sí!, y en diciendo esto se levantó y asomó medio cuerpo por la puerta cercana.

—Aquí está! Tan presto Paquillo?, dijo dirigiéndose á un mozuelo que llegaba arreando un borrico.

—Si mi ama, repuso este, todo se mercó lueguito y bien mercado, porque anda la gente muy lista haciendo bastimento porque hay mucho alboroto.

—Que dices muchacho?

—Que dicen que vá á haber guerra, pues han sucedido cosas que no vá á creer su merced. Y mientras desenalbardaba al rucio, prosiguió: Suponga vuesa merced que anoche el Gobernador se ha metido en la carcel al padre Provisor....

—María Santísima!

—Y dicen que se ha llevado también á aquella dama muy linda, que le llaman. . . que le llaman....

—Ya! la viuda del Capitán....

—La mesma. Y después de todo, lo peor es que se ha perdido el Sr. Obispo y el Gobernador dice que si el Sr. Obispo no parece quien la vá á pagar será el Provisor. . . y ya sabe vuesa merced que entrañas tiene el General!

—Por Santa María Magdalena!, lo que dices!

Su Ilustrísima que había escuchado atentamente todo este diálogo quedóse suspenso y frio en cuanto llegaron á sus oidos las últimas palabras del mozuelo. Imaginósele de pronto que ya le llegaba la nueva de que había sido colgado el Provisor, y juzgando que quien tenía la culpa para tamaña desventura era él y nadie mas que él, alzó

sus manos al cielo, aterrorizado y rendido, exclamando: ¡No lo quiera, Señor, tu santa voluntad! Luego se levantó desasosegado, cogió su sombrero y su bordón y despidióse de su huesped expresando que regresaba sin dilación á la villa, pues sólo su presencia en ella podía evitar la desgracia que amenazaba al Provisor.

Vanas fueron todas las razones que los dos honrados labradores le adujeron para retenerle, manifestándole lo intempestivo de la hora en que emprendía el viaje y haciéndole presente que el Gobernador jamás obraría tan de ligero en asunto tan delicado; su Ilustrísima no entendía razones. Estando en ésta disputa los tirantillos del techado crugieron y una manga de viento hizo estremecer las paredes de la casucha.

—No lo vé vuestra Reverencia!, dijo el huesped; Dios no quiere que regrese hoy á la villa; mire la tempestad que encima se nos viene!

Así era la verdad; desencadenábase una de esas pavorosas tempestades que se arman y estallan súbitamente en la región de los trópicos. El cielo habíase cubierto de nubes de un negro azulado intenso, que de cuando en cuando cortaban las angulosas líneas de los relámpagos y la serpenteadora caída de las centellas; parecía que esas nubes iban á tocar el suelo, ¡tan cerca de la tierra estaban!; de pronto dejaban caer de su seno algunas gotas gruesas que hacían sonar las hojas de los árboles y matas con un tic-tac como el que produce la piedra cuando cae de lo alto; por intervalos una furiosa manga de viento llegaba desenfrenada, rabiando, encerrada entre la tierra y la pesada bóveda que formaban las nubes; doblaba y rompía las ramas de los árboles, sacudía, cimbraba y que-

braba las palmeras, mesaba los arbustos y hacía ondular toda la ramazón de la extensa llanura agitándola como las olas de un mar proceloso. En lo alto, á la luz del relámpago sucedía el estampido del trueno que luego rodaba por el infinito prolongándose en eco interminable; en la tierra, el crugir de las ramas y el choque de las hojas, se levantaba como un grito inmenso de toda aquella naturaleza clamando piedad y misericordia al furioso huracán.

—Santa Bárbara nos ampare!, dijo la moza de la casa encendiendo un cirio bendito que colocó al pié de una imagen que sobre una rústica repisa había; luego subió sobre una silla, extendió el brazo y sacó de detrás de un crucifijo colgado en el muro, algunas hojas de palma bendita y las quemó reverenciosa en la luz del cirio para conjurar la tormenta. La lluvia empezó á caer con estruendo fustigada por el viento, amenazando una y otro deshacer la choza.

Su Ilustrísima reunió en torno suyo aquella familia, arrodilláronse todos y con recogido semblante y sumisa actitud dió principio á la oración que el lábio de los creyentes eleva al cielo para aplacar las tempestades.

Domine, labia mea aperies, dijo fervorosamente al comenzar el prelado, y cuando terminaba las estrofas del himno, el coro, lleno de fé, de temor y de esperanza contestaba:

Santo Dios! Santo fuerte! Santo inmortal! libranos, Señor, de todo mal! Amen.





XIX

A la calle todo el mundo.

No había logrado D. Felipe pegar ojo en toda la noche de la inesperada desventura que le ocurriera en casa de la señora de sus pensamientos, á la cual había entrado tan lleno de dulces esperanzas y de la cual había salido tan corrido y en extremo acibarado. Cuando hubo aflojado un tanto la cuerda de su enojo, después de hacer asegurar con fuertes y pesados grillos al Provisor, despertó á Ginés, á quién el vino hacía roncar como tambor de diana.

Mira Ginés, le dijo en cuanto el confidente dió señales de hallarse en todos sus sentidos y potencias; en esto de ésta negra noche hay trampa oculta ó mucho me engaño.

—Vaya si la hay!, contestó el escudero, y bien gorda!, quiere más vuesa merced que el haber dado caza al Provisor en la alcoba misma de mi señora Susana, encontrándole en hábito de franciscano y armado por la espalda con aquella filosa y larga espada? De todos estos puntos sueltos se colige en buena razón que esos ambiciosos capitanes que siguen á su Ilustrísima, cuando menos vienen con ánimo resuelto de levantar la conjura que contra vuesa merced tienen armada y que no han

logrado hacer madurar por el mucho miedo que nos tienen.

—Tal me lo pienso yo!, pero lo primero es lo primero; menester se hace asegurar á ese malhadado enemigo y no dejarle puerta de salida.

—Si es por eso y vuesa merced lo apetece, ya que el mal se nos viene encima, no hay para que dilatar lo que haya de ponerse por obra cuando el caso sea más apurado y difícil.

—Pues, cojámosles la delantera!; vete y mira Ginés por tus ojos los pasos en que anda á estas horas aquel fiero enemigo mio, que por la hebra hemos de dar con el ovillo.

Salió el escudero y se encaminó á casa del Obispo, pero como encontrase la casa cerrada, no obstante de andar muy entrada la mañana, viendo que por más que llamaba con el aldabón nadie saliese á abrirle, ¡aquí hay gato encerrado! se dijo; hizo saltar la cerradura de la puerta, penetró dentro, registró toda la casa y como á nadie en ella encontrase, todo temeroso y alarmado volvió con la nueva á su Excelencia, diciéndole: Sepa vuesa merced que se nos escapó el pájaro!; ahora si que el río revuelto parece se nos viene encima!

Desconcertado quedó D. Felipe con tan inesperada noticia y como el runrun de una revuelta viniese sonando á su oído desde tiempo hacía, dió por hecha la conjura con cuyo motivo llamó á concilio á su escudero y dos ó tres capitanes de su guardia, todos los cuales discurren largo espacio acerca del modo y manera convenientes para salir airosos de tan apurado trance.

—Mire Vuecelencia, dijo por fin Ginés después del mucho hablar de todos y no entenderse de ninguno; si

pues es su Ilustrísima quien arma guerra á vuesa merced, yéndose tras él esos follones, mal nacidos, traidores y alevosos capitanes y caballeros, para acabar con todos menester se hace estorbar todo concierto entre el uno y los otros. ¿Y dónde cree vuesa merced que han de buscar muralla para su traidora trama? En donde á cubierto se hallen del valeroso brazo de vuecelencia y del nuestro; pues! en la iglesia mayor, que es en donde su Reverencia arma todas estas redes. Y si esto es así, y nuestros ojos lo ven, hay cosa mas fácil que acabar con la conjura negando entrada á toda alma viviente al lugar y punto que les sirve de amparo y en donde capitanea su Ilustrísima á á sus anchas?

—Me lo tenía pensado!, repuso D. Felipe, dándola de muy listo, como tenía de costumbre; y pues se nos viene á todo correr el día, á vosotros toca poner en ejecución lo pensado y resuelto prohibiendo entrada en la iglesia á toda esta vil y traidora canalla, empezando por su Reverencia.

Dicho esto, los capitanes se encaminaron valerosamente al campo de batalla mientras su Excelencia se armaba de piés á cabeza por lo que venir pudiera. Pero, más que el señor Gobernador, que había pasado desvelado la noche y pestañeando la mañana, madrugó la gente devota, y mucho más que todos el Obispo, el cual para aprovechar la frescura de la mañanita había emprendido viaje de regreso á la villa aventajando en el madrugar al mismo lucero del alba. Llegó su Reverencia á la villa en momentos en que las campanas de la iglesia mayor, sin sospechar las decisiones de su Excelencia, llamaban sonoramente á misa, y tomando por buen augurio la voz de

aquellas entróse en el templo buscando refugio á su indefensa persona en lugar sagrado, á la vez que anheloso de pedir rendidamente al Señor de lo creado le protegiese y amparase en las tribulaciones que sobre él y los suyos llovían continuamente.

Si mucho asombro causó entre los fieles la presencia de su Ilustrísima, á quien se daba por perdido y nunca jamás hallado, ¿cuál no sería el asombro de Ginés y su denodada falange cuando se encontraron con no escasa concurrencia en el templo y vieron humildemente arrodillado en el presbiterio á su Reverencia? Confuso Ginés con el suceso y temeroso de que antes de lo que él lo sospechara se le echase medio mundo encima, partió como una flecha y enteró al Gobernador de lo pasmoso que le parecía el suceso en aquellas circunstancias, ponderando la audacia de su Ilustrísima, pero cerrando el pico en cuanto á lo de cómo y quien había de dirigir tan riesgosa batalla.

—Ya me lo decía yo!, dijo D. Felipe con tono profético é iracundo, que yendo vosotros solos todo me lo habiais de desconcertar, desbaratar y comprometer, pues las cosas de la guerra y la política solo se hicieron para los entendimientos avisados y los pechos valerosos. Y, pues, que á vosotros malandrines tan poco os acobarda y tan nada os desconcierta, venga al punto el alguacil Ayala y parta luego, de mas esforzados brazos auxiliado, y eche sin dilación, excepción ni reparo á todo el mundo de la iglesia á la calle!

Vino el afanoso Aguacil en dos trancos, armado de su vara, pues el caso era de pelea, recibió plenos poderes de su Excelencia y pagadísimo de su plenipotencia, en un soplo llegó al templo, seguido de valerosa hueste de sol-

dados, y con voz sonora y ademán imperativo intimó inmediato desalojo á los circunstantes; mas como estos no se diesen por notificados, por cuanto apenas la misa andaba por mitad de su camino y no era cosa de dejar el santo sacrificio en tal estado, viendo desobedecida su conminatoria, con voz más sonora y con más imperativo ademan, dijo: Puesto que no quereis por las maduras por las duras habeis de obedecer!; venid vosotros, dijo á los arcabuceros que á retaguardia quedaban, y echadme ésta gente fuera por orden de su Excelencia el señor Gobernador y al que resistiese hacedle entrar la razón de manera que la entienda!

Lanzáronse los soldados sobre los que cerca del Obispo estaban, dando y pegando á diestro y siniestro, viendo lo cual, atemorizada la multitud, echó á correr precipitadamente, mientras el Ministro oficiante abandonaba el altar y buscaba escapatoria por la sacristía. Solo su Ilustrísima no apeló á la fuga; levantóse serenamente, creyendo que le llegaba su última hora, resignado á recibir la muerte en el traje en que viniese.

Notando el alguacil su quietud acercósele, seguido de los soldados y le sacaron á empujones del templo. Cuando el prelado se vió en media calle, sano y á cuerpo gentil, atribuyó el suceso á milagro del cielo, con tanta más razón cuanto su grey, atemorizada por aquellos pavorosos fariseos, le había dejado solito en la estacada. Confiado en la protección divina encaminóse á su albergue, y espantado por el sacrilegio que acababa de presenciar, decía caritativamente en lo íntimo de su alma: *Pater, ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt!* (1)

(1) Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.



XX

Entregado á Satanás y en ayunas.

Muy orondo y pagado quedó su Excelencia con el triunfo que el alguacil acababa de alcanzar sobre los presuntos conjurados, que en su mayor parte eran poco animosas y devotas mujeres, juzgando que si tan bien comenzaba la derrota de sus enemigos, muy luego alcanzaría campal victoria sobre todos ellos, reduciéndolos á la sumisión y pasiva obediencia que le debían, desde su Ilustrísima para abajo.

Su Reverencia, entre tanto, había entrado en su casa episcopal, la cual encontró con todas sus puertas y ventanas abiertas y desbalijada de los pocos objetos de valor que en ella guardaba. Serenado su espíritu arrodillóse delante de un crucifijo colgado en el muro de su salita de audiencia y dió gracias al cielo que la vida le había concedido en el difícil trance pasado, pidiéndole á la vez luz para guiar sus pasos en las nuevas pruebas á que quisiese sujetarle. No había concluido su oración cuando sintió unos pasos que apresurados á él se acercaban; volvió el rostro y encontróse con el Reverendo padre guardián de los Mercenarios, el cual se le llegó humildemente, se arrodilló á su lado y le besó el anillo episcopal.

—Vuestra Ilustrísima excuse si le interrumpo, dijo, pero el caso es grave y el tiempo apremia.

Santiguóse el Obispo dando fin á su oración, y poniéndose de pié, interrogó:

—Que desea de mi su Reverencia?

—Corre por la villa toda, repuso el guardián, la nueva del sacrilegio consumado en la iglesia mayor por orden de su Excelencia, el cual ha hecho expulsar á viva fuerza del templo á los devotos que asistían al santo sacrificio de la misa, impedido la prosecución de élla, ultrajado á vuestra alta dignidad, y cerrado las puertas de la iglesia, prohibiendo el culto á los fieles que viven en el temor de Dios. Si hoy se cierra la iglesia mayor, luego se cerrarán los templos conventuales, pues por lo que se vé, el señor Gobernador no se detiene en reparos ni le acobardan escrúpulos. Como el hecho consumado ataca nuestra augusta religión é infiere agravio á vuestra alta dignidad y sagrada persona, cumple á vuestra Ilustrísima, como príncipe y pastor de la Iglesia, defender sus fueros usando de los medios que su potestad le otorga.

—Bien, contestó el prelado; dispuesto estoy á cumplir con mi deber sin flojedad ni vacilación. Pero, ¿cómo castigar el sacrilegio cometido por su Excelencia?

—Fulminando contra él excomunió mayor, pues por la naturaleza del sacrilegio, no corresponde otra. Siguió el Reverendo dilatándose en calificar, pesar, medir y aquilatar lo grave del pecado perpetrado, el escándalo producido y los males que á la fé traía, á cuyo fin trajo á colación el canon *Si quis suadente diabolo manus*, etc. y otros textos de no menor autoridad, concluyendo por afirmar á su Ilustrísima que todos los monjes mercena-

rios le prestarían su apoyo y su defensa, si fuese menester. Lo que sí calló y no dijo el Reverendo fué que los frailes se temían que si de esta manera continuaba el Gobernador, expuestos estaban á quedarse sin misas y sin responsos y en quedándose sin unas y otros presto les afligiría la necesidad de una obligada abstinencia y forzado ayuno.

Asintió el Obispo á las razones del guardián, pues por su parte consideraba era llegado el caso de salvar los intereses de la Iglesia tan satánicamente ofendidos por el señor Gobernador. Y así, sin pérdida de tiempo, su Ilustrísima y el Reverendo se encaminaron al convento de la Merced á fin de poner en ejecución lo concertado.

Momentos después entraba en el templo el prelado, revestido, y seguido de doce frailes, cada uno de los cuales llevaba una cera encendida en la mano. Después de relacionarse el sacrilegio cometido por su Excelencia, y el ultraje inferido á la santa fé católica, concluyó su Ilustrísima con la condenatoria fórmula: «y por esto, sepárasele de la comunión de la Iglesia y de la participación del cuerpo y sangre de Jesucristo; entréguesele al poder de satanás para humillarle y afligirle en su carne, á fin de que reconociéndose y haciendo penitencia pueda salvarse su alma en el día del advenimiento del Señor.» Luego los monjes arrojaron los cirios al suelo, los pisotearon y las campanas de la Iglesia tocaron agonía.

Apenas hubo terminado la terrible ceremonia cuando voló por toda la villa la nueva de la excomunión, haciendo temblar á las beatas, asombrando á los valerosos capitanes y poniendo en grande congoja á todos. Noti-

ficóse á su Excelencia el regalo que le hacía su Ilustrísima y como no esperaba tan poco dulce cuanto peligroso presente, quedóse de pronto helado y sin saliva en la boca, hasta que, reponiéndose un tanto de su confusión y sorpresa, maquinalmente se hizo tres cruces en la boca, temeroso de que satanáas se le metiese en el cuerpo antes de que le pusiese tranquera que le impidiese colarse dentro.

Gran destrozo hizo el tiro de su Ilustrísima en el campo de su Excelencia, pues, como era la excomunión mayor, alcanzaba también á todos cuantos comunicasen con él, los cuales corrían riesgo, sin comerlo ni beberlo, de quedar en poder de lucifer por culpa del señor Gobernador. Alarmada por semejante peligro, fué la primera en abandonar el campo la asturiana que tenía á su cargo la despensa y la cocina de su Excelencia; siguióle la moza que le consolaba de los desdenes de la señora Susana, y así fueron escurriéndose todos sus servidores y parciales, pues se temían que con sólo mirar al señor D. Felipe el el diablo cargaría con ellos.

Solo quedaron á su lado, porque tampoco correr pudieron, el inseparable Ginés y dos capitanes de su guardia, quienes habían reducido toda su elocuencia á los monosílabos sí y nó siempre que por necesidad tenían que comunicarse con su Excelencia; y aun á pesar de este laconismo, en cuanto volvían las espaldas hacíanse cruces en la boca y rezaban fervorosamente un salvador *Pater noster*.

Todas estas inesperadas circunstancias traían desvencijado al señor D. Felipe, el cual no atinaba ni encontraba medio de salir del infierno en que su inhumano enemigo

le había metido. Pero, cuando su desazón, tristeza y enojo subieron de punto fué cuando llegada la hora de la cena no encontró con que consolar su también afligido estómago, pues la consoladora despensa rebalsaba de vacía, provisión de fuera, nadie habíase atrevido á traerla, y quien cociera ó guisara no se podría encontrar ni en cien leguas á la redonda, por cuanto nadie se animaba á perder su alma por salvar al señor General de sus premiosas necesidades.

¡Oh malhadado enemigo mio!, exclamó en viéndose sometido á tan forzado ayuno; y como te deleitas en mi sufrimiento y mi daño!; cómo mi sosiego turbas, mis placeres ahogas, mi contento amargas, mi autoridad desarmas, y hasta mi pan me arrebatas y á la soledad y al hambre inhumano me condenas! Quiera el cielo en igual medida pagues tu tiranía y rencores y no haya quien ayuda te preste ni alma que en tu tribulación te socorra!

Y en diciendo esto tiróse sobre su lecho buscando en el compasivo sueño dilatoria á su apetito y consuelo á su menesteroso y exhausto estómago.





XXI

Pues, si señor! ¿hay quien pueda más que el Papa?

Harto fuera de sí, inquieta y temerosa había quedado la villa con la fulminación que tanto la sorprendiera, no quedando casa en la cual no se encendieran velas á algún santo capaz de alejar á satanás, el cual, según pública voz y fama, andaba haciendo fechorías á sus anchas por todas partes; ya echando sal en el puchero, ya trenzando la crin de los caballos, ya arrojando piedras sobre los techos; tirando de la cola á los gatos, haciéndolos maullar toda la noche; espantando á los perros, arrancándoles prolongados ahullidos; ya, finalmente, armando rencillas entre los casados y fomentando celos entre las parejas que sin viar acollaradas vivían en comunidad de bienes espirituales, temporales y corporales. Con motivo de todos estos desmanes de lucifer rezábase en cada casa el trisagio y muchas novenas á los santos más prestigiosos é influyentes de la Corte celestial y se regaban muebles, viandas, alcoba y lecho con agua bendita, llegando toda la que había en las sacristías á ser poca para salvar á la población del comprometido apuro en que se encontraba.

Pero donde, sobre todo, el demonio hacía de las suyas era en la casa del señor Gobernador, pues, según verídicos

testigos lo afirmaban, la tal casa olía á azufre desde dos cuadras de distancia, con cuyo motivo habían emigrado no pocos vecinos, los cuales aseguraban que en cuanto cerraba la noche un enjambre de diablos retozaba en los tejados, tiznaba de negro y arañaba las paredes y luego se metía por las rendijas armando una espantosa algarazara dentro, haciendo gritar desesperadamente á su Excelencia.

Mientras esto corría por la villa, dos veces había visto D. Felipe ponerse el sol tras las aguas del rio en donde terminaban los dominios de su autoridad, sin haber tragado otra cosa que la poca saliva que le quedaba ni digerido otro alimento que las filosofías y desazones que le había propinado su Ilustrísima. Como por una parte el hambre ya no admitía espera y por otra, la saña y el enojo habían colmado la medida, después del mucho discurrir y del no poco vociferar, llamó á Ginés y sus dos leales capitanes, en quienes se tambaleaba la idea de dejar al condenado General entregado al demonio, que tan hambrientos los traía, y correr á prosternarse á las plantas del señor Obispo pidiéndole su salvadora absolución.

Cuando estos timoratos creyentes se hallaron en presencia de D. Felipe, este les dijo: Bien veis, mis fieles servidores, el extremo y estrechez en que ese malhadado fraile nos ha puesto y la penuria y alboroto en que la república mantiene. Si esto ha de seguir así, ó á la muerte innoble de la necesidad habemos de resignarnos, ó si salvar de ella queremos, arbitrar medio de conjurarla precisamos. En guerra estamos y todas las armas, por vedadas que fueren, siempre que la victoria otorguen, por lícitas se reputaron; tengo, pues, para mí que si el malhadado fraile nos condena al aislamiento y al hambre

usando de sus armas espirituales, con mejores armas debemos pelear en esta contienda, y así, váyase lo uno por lo otro, nos queda el arbitrio, y por resolución lo tengo, de emparedar al Obispo y rendirlo por necesidad, ó matarle de hambre, cobrando la usura.

Suspensos se quedaron los oyentes con este inesperado discurso; mas, Ginés, al cual no le llegaba la camisa al cuerpo considerándose contagiado de la lepra de la excomunión, tomando aliento contestó á su Excelencia:

—Todo cuanto dice vuesa merced es tan cierto que si el labio lo negara la extenuación á que hemos llegado lo desmintiera; todo cuanto indica es fácil y hacedero; pero, dígame vuecelencia, si emparedamos al señor Obispo, ¿quién nos ha de quitar de encima la excomunión que sobre nosotros pesa y que en no siendo él no hay quien nos la levante y de las garras de satanáas nos salve?

—Cuan cobarde, cándido y poco avisado eres Ginés en cosas de iglesia!, repuso D. Felipe; si al diablo temes, con un padre nuestro rezado con entero corazón le corres y desbaratas.

—Si eso es así, observó Ginés á quien el ayuno le había aflojado mucho la lengua; si eso es así, ¿cómo es que vuesa merced no ha podido pegar ojo en toda la noche de anoche y se la ha pasado en tal ir y venir, en tanto rascarse la cabeza y tirarse de las barbas que no parecía sino que tenía lucifer dentro del cuerpo?

—No fué lucifer, gran malandrín, quien me andaba por el cuerpo!, repuso el Gobernador todo turbado.

—Pues si no fué lucifer, ¿quién le traía á vuecelencia tan desasosegado, malhumorado, rabioso y colérico, y quién le ha puesto con esa cara tan amarilla que ahora tiene?

—Quien ha de ser!, contestó amostazado D. Felipe, quien ha de ser! sino el mismísimo demonio del Obispo? Pues es solo él y nadie más que él cuyas maquinaciones y entuertos me tienen justamente del mal talante que me veis y metido en esta congoja por haber quebrado con un alevoso golpe mi autoridad y mi mando. Y para que lo veas tú, gran follón, y te cerciores y la menor duda no tengas, juro por esta cruz, (dijo besando la que hacía con los dedos pulgar é índice), juro por Dios y por esta cruz que no he tenido ni tengo ni admito al diablo en el cuerpo por nada de este mundo!

—Todo podrá ser como vuesa merced lo dice, mas lo que yo veo es que si el señor Obispo no lo remedia, ¡javiados quedamos con la excomunióon para todo el viaje!

—Ah! cobarde y mal nacido!, repuso D. Felipe; si el Obispo nos colgó semejante prenda, cien obispos hay que nos la quiten de encima, y si estos no lo hiciesen por andarse en escrúpulos, ¿hay quien pueda más que el Papa?

—De seguro que nadie, como que tiene las llaves del cielo que le entregó el señor San Pedro.

—Pues! y entónces?... El Papa y nosotros los príncipes de la tierra que el gobierno de los pueblos tenemos, todos somos unos y por el bien de las cosas del cielo y de la tierra recíprocamente nos prestamos ayuda y auxilio, y muy obligados que á ello estamos. Sábetes, pues, malandrín y desconfiado, que ó yo he de valer muy poco ó su Santidad nos ha de echar á todos tres su absolucióon y concedernos indulgencia plenaria y plenarísima en tal medida como ningún cristiano la ha alcanzado hasta ahora, por mucho que valga y muy santo que sea!

Repusiéronse y cobraron ánimo con esta consoladora promesa los circunstantes, dos de los cuales solo habían hablado por boca del elocuentísimo Ginés. Viendo su Excelencia que sus palabras habían rendido á sus servidores, prosiguió: Habeis, pues, de ejecutar lo que de jo dicho y proceder á emparedar al Obispo ó habré de teneros por parciales suyos, y trataros en tal concepto como vosotros no lo esperais ni yo hacerlo quisiera. Y, pues, nos niega la atemorizada gente su socorro, consigan las armas lo que las voluntades rehusan y deshaga la fuerza lo que la mano de la intriga fabricó alevosa. Andad y cumplid diligentes lo ordenado, que la recompensa no será escasa y la gloria del vencimiento sobre tanta iniquidad bien grande!

Concluyó su Excelencia puntualizando sus órdenes imperativamente, luego se ciñó la espada y salió despechado y rabioso á montar su guardia.





XXII

Sueño muy dulce y despertar bien amargo.

Muy regaladamente había dormino su Ilustrísima la segunda noche que siguiera al famoso día en que tan mal parado dejara á su Excelencia. El apoyo que le prestaban los padres mercenarios y la impotencia á que reducía á D. Felipe, excluyéndole de la comunidad cristiana, le hacían entrever una próxima victoria y con ella el término de sus muchas congojas. Halagado por estas ideas, un sueño tranquilo y dulce embargó sus sentidos después de tantas noches de desvelo y sobresalto. Era su Ilustrísima gran madrugador, habiendo adquirido el hábito de despertar á hora fija, por muy pesado que fuera el sueño que le dominase; así, cuando llenó su medida abrió los ojos buscando la luz de la alborada, que todas las mañanas asomaba por las rendijas de la ventanilla de su alcoba; mas, como nada viera juzgó que había anticipado su hora y volvió á conciliar el sueño, que se dilató largo rato. Tornó á despertar, pero tampoco luz alguna anunciaba la venida del día. Ó la noche es muy larga, se dijo, ó me ha parecido haber dormido mucho, y

diciendo esto volvióse del otro lado, entregándose otra vez al sueño.

Bien luego el canto de los gallos, el ladrido de los perros y el caminar de las gentes por la calle, que percibía vagamente, le indugeron á creer que el día debía andar bien entrado; miró fijamente á la ventanilla, pero arista alguna de luz asomaba por ella; restregóse los ojos desconfiando de su visión propia, acercóse á la ventana, abrió una hoja y encontróse con la misma oscuridad; luego, caminando á tientas, pasó á la inmediata vivienda, dirigióse á la puerta, abrióla, y no percibiendo luz alguna extendió su mano derecha hacia adelante, encontrando el hueco de la puerta murado; llegóse á las ventanas laterales hallándolas del propio modo. ¡Emparedado!, exclamó lleno de terror, comprendiendo súbitamente la venganza de su enemigo. Abatido por lo inesperado del suceso cayó postrado, alzó los ojos al cielo, diciendo con enternecido corazón *Fiat voluntas tua!*; luego, desorientado y perplejo, levantóse y tanteando las paredes fué hasta encontrar el sillón en el cual pasaba sus meditaciones; sentóse en él todo quebrantado y deshecho, juzgando que el Gobernador sería inflexible en su venganza, y que, mártir de su deber, se le condenaba á la muerte más desesperada, sepultándole en vida. ¡Oh mi Dios!, balbuceó lleno de angustia, socórrame tu misericordia en mi tribulación y mi tormento, y pues, tu justicia así lo ordena, abrevie cuando menos mi sufrimiento, de mis labios apartando esta copa de amargura y llamándome hacia tí en breve instante, que hartopremio será, en medio de tantas desventuras, recibir pronta y resignada muerte! Luego cruzó los brazos, inclinó

la cabeza sobre el pecho y quedó abismado en la negra oscuridad de sus temores y sombríos pensamientos.

Mientras su Ilustrísima esperaba con toda resignación la muerte, encomendaba su alma al ángel de su guarda y pedía perdón á Dios por sus culpas, cundía por la villa la nueva de su emparedamiento y sepultación en vida, causando sorpresa y espanto en todos cuantos tan funesta nueva escuchaban. Pero, alma viviente se atrevía á ver medios de salvar al prelado, pues decíanse los más guapetones: cuando el señor Gobernador llega hasta éstas es porque llegará á mayores con quien quiera que á pedirle gracia se le acerque! ¡Ah condenado! bien se vé que en poder de satanás te encuentras cuando tamaño sacrilegio cometes!

Pero todo se les iba á los caballeros y capitanes partidarios del Obispo en sonoras exclamaciones, y ya sea por temor á la ferrea mano de D. Felipe ó al contagio de la excomunión, lo cierto es que nadie se movía y dejaban las cosas en el punto en que el diablo las había puesto. Entre tanto ir y venir, llegó la nueva á los oídos del guardián de los mercenarios, el cual dándose cuenta de la represalia del Gobernador, exclamó todo desazonado: Pecador de mí! en la que he metido al señor Obispo! Bien recordaba el guardián el consejo que diera á su Ilustrísima para excomulgar al General, y así, todo medroso y desconcertado, díjose para su capoté: pues, tú que la hiciste enderézala tú! Y diciendo y haciendo fuése de casa en casa ponderando el atentado, estimulando á los más encumbrados caballeros é induciéndolos á demandar la libertad del prelado, á quien, si la sorpresa de su emparedamiento no le había ya muerto, poco de vida debía quedarle, hallándose como se

hallaba sepultado y privado de todo necesario sustento. Mas, por muchas indirectas y por muchas más directas que soltó por una y por otra parte, no encontró ni hombres de armas ni otros que no las llevasen que se animaran á salirle á la parada á D. Felipe, al cual consideraban hecho un tigre capaz de descuartizar medio mundo y tragarse el otro medio.





PARTE SEGUNDA

NEGOCIACIONES DIPLOMÁTICAS

I

Ciertas cosas y personas que deben saberse y conocerse antes de seguir adelante.

Vivía en la villa por el tiempo en que pasaban las cosas que relatadas quedan, entre otras damas de mucho relumbrón y sonaja, una muy galleadora y de mucha cresta, la cual hacía crujir sus pergaminos á cuantos se le ponían delante, ponderando lo encumbrado de su linaje y lo principal de su nombre, ya que no de sus riquezas, que si éstas la acompañaran por sí solas habían de azularle la sangre y hacerla noble y discretísima en menos de un suspiro, aun cuando careciera de dotes para pasar por lo uno y no tuviese como salir á buen paso de lo otro.

Con motivo de haberse descuidado algo mas que con la mano derecha, (en la cual el amor inaugura el rosario de sus cautivadores y castos besos), en cierto transporte de amorosa cuita con un primo suyo, estudiante en Salamanca, sus tutores que aquilataron á tiempo la fineza

de tal descuido la hicieron madrugar tanto á la vida del matrimonio que cuando le asomó la mañana de sus diez y siete, la pobrecita había ya perdido todos sus patrimoniales derechos sobre la codiciada flor del naranjo.

Su esposo era tan noble y principal como ella, en no habiendo otra persona con quien compararle, y si ella llevaba al desposorio una buena cuenta que ahorraba desvelos conyugales, él no se quedaba corto y le traía en cambio cuarenta y cinco agostos en cuenta entera. Cuando la ilustre dama y el ilustrísimo consorte se vinieron á la América en busca de la fortuna que para apuntalar su linaje les faltaba, ella peinaba á tirón seguido los treinta y cinco y él pasaba libremente la mano por encima de los sesenta, que le ahorraban peine, cepillo y muchos otros utensilios y cuidados.

Durante su consorcio no habían logrado tener otro fruto de bendición que un chiquillo sietemesino, según cuentas que sacaba el marido desde el día de su matrimonio, y el que, aunque traía trazas por sus rollizas carnes de parecer mayor que la cuenta y ser de larga vida, torció el pescuezo cuando menos lo esperaba el amoroso padre.

Llamábase la dama D^a. Mónica Bribiesca y si en lo de su linaje era muy puntillosa, en tratándose de hermosuras ella defendía la suya pegando fuerte á todas las ajenas. Miraba por detrás de unos ojillos chicos, centelleantes, color azul verdoso, más bien como quien atisba que como quien mira; de entre la puente que separaba ambos luceros, como un gallardo garfio de colgar ajusticiados, levantábase una majestuosa y arqueada nariz que terminaba en aguda punta, como el pico de las cotorras; bajo de tan gentil

aparato abríase una boca lisa y estirada, como tajo de mano de barbero bisoño, la cual se sustentaba sobre una quijada larga y angosta, apropiada para no dejar desairada y solitaria la prominencia de las narices; era el color de su rostro rojizo y en cuanto le venía el entusiasmo de la cólera, que nunca la abandonaba en presencia de su esposo, ó cuando algún amoroso sentimiento la hacía cosquillas, lograba rivalizar su semblante con la augusta púrpura.

Mas, si á pesar de tan preciadas prendas no pudiese ganar la partida del todo á la diosa de la hermosura, en cambio poseía una estatura monumental por lo alta y lo vasta, siendo su principal ornamento una gruesa balaustrada que sobre su pecho se levantaba y sobre la cual asomaba perpétuamente su cabeza; finalmente, dábanle realce y grandeza las formas redondas y duras de sus brazos y demás partes conocidas é ignoradas, que completaban tan alta señora.

El esposo, hombre de vara, balanza y medida, era todo un abismo de ciencia y un saco de astucia en tratándose de granjerías y negocios; había levantado su hacienda colocando un maravedí sobre otro, mermando en la balanza y estirando en la tela tanto y tanto, que con el andar del tiempo y el mucho atirantar el estómago, llegó á poseer el arca llena. Marido ejemplo de maridos, tal cual lo apetecen las mansas esposas, era resignado, sumiso, obediente y amoroso, y sacado de su negocio miraba el mundo por los ojos de su esposa, en cuya autoridad y sabiduría había delegado la facultad de discurrir, pensar, querer y obrar. Llevaba, por una singular coincidencia, el nombre de Plácido Astudillo, nombre que su consorte procuraba sus-

tentar, justificar y acreditar cual corresponde á una dama que se interesa porque el nombre que lleva su marido sea siempre merecidamente llevado. Solo un pequeño pecado encontraba en su conciencia cuando se miraba en el espejo de su alma en los dias que hacía confesión general de sus culpas para recibir la santa comunión: este pecado consistía en que desde que había visto á la hermosa doña Susana, la viuda del capitán, primero se le había ido el alma trás ella y después le habían venido ciertas indirectas muy alarmantes las cuales alborotaban sus antes reposadas noches y desconcertaban sus ahora nada serenos dias.

En cosas de Estado y de gobierno, era partidario del señor Gobernador, que le aseguraba su hacienda, para lo cual le ofrecía solícitamente la primicia de cuanto en su tendejuela entraba; mas, su esposa le consagraba ódio profundo á causa de que su Excelencia, que no había dejado dama sin requebrar, no había puesto nunca sus ojos en ella, con cuyo grave motivo, tomando á desaire esta insensibilidad gubernativa respecto de dama que contaba con partes tan sin iguales como las que ella poseía, juró eterno rencor á D. Felipe, prometiendo vengarse de él y sacarse el clavo con algún apuesto galán que no había de faltarle, con lo cuál mataría de envidia á su Excelencia, propósito que tuvo por conveniente llevar á cabo la burlona suerte, como verá en el párrafo que sigue.





II

En donde hace su solemne entrada el valeroso Señor capitán Corre-corridos.

Muy esperanzada vivía la majestuosa doña Mónica contando con que, á la corta ó á la larga, algún dia había de venir que la armara de recursos bastantes para dar á morder algo que no fuesen flores á su Excelencia. La pícaro fortuna no la hizo esperar tanto como su donosura merecía, pues favorecióla cierto día poniendo delante de sus cautivadores ojos un galán á pedir de boca, al cual se encontró plantado en la acera frontera de su casa. Era el Adonis un descomunal capitán barbudo, á quien el Hacedor le había mermado mucho la sal del entendimiento, yéndosele, en cambio, la mano en cuanto concierne á la armazón corporal y fuerza física, siendo ésta de tal poder y alcance que el señor capitán era capaz de alzarse una torre con una mano y de echarse á cuestras un convento entero con legos y todo.

Había quedado el mozo prendado de la dama á causa de su extremada decisión por todo lo extenso, robusto, grueso y ámplio, siendo tal esta inclinación, que afirmaba filosóficamente que la substancia y golosina mas deliciosa y apetecible que había acertado á inventar el Padre Eterno

al crear al mundo, era el tocino. Acrecentóse el rendido amor que empezaba á lacerar su tierno pecho y demas corporales dependencias, á causa de que otro día, al bajar aquella una alta acera, había dejado columbrar inadvertidamente una honesta y circunspecta parte de una de sus bien torneadas piernas, la cual belleza encantó tanto al señor capitán que le dió motivo para que, de deducción en inducción y de inducción en deducción, se fuese subiendo tan arriba, tan arriba que cuando llegó á mucha altura no atinó á bajarse, quedando colgado en las blandas redes del mas desasosegado amartelo.

Fuera de esta pasión que amilanara por la primera vez su valeroso pecho, el señor capitán podía valer lo que pesaba, pero justamente pesaba lo que no valía. En el acometer era el primero entre los prudentes mas cautos que se quedan á espaldas de los que van delante, detrás de todos los cuales hidalgamente se ponía y conservaba durante la señida lid, lo que le daba la ventaja de que cuando la derrota se pronunciaba en sus filas, alcanzaba la grande gloria de anunciar el primero el desastre que de lejos había visto y que él afirmaba haber oido en la mitad misma del fandango. Cuando el enemigo volvía caras, era tambien el primero en hacer correr á los corridos, poniendo siempre entre su persona y la de aquellos la distancia que la buena educación aconseja, pues profesaba la máxima de que no es propio, culto ni decente acercarse mucho los hombres entre sí ni por delante ni por detrás, sobre todo en las cosas de la guerra en la que ha de guardarse la mas comedida y respetuosa distancia entre los follones que dán y los guapos que reciben.

Después que el enemigo se había perdido de vista, re

gresaba todo sudado y cubierto de polvo, exclamando prostrado de fatiga: ¡No he dejado un solo enemigo ni para que cuente el cuento, y si para medicina le buscáramos ni para ello le consiguiéramos! Luego proseguía dirigiéndose á los que cerca de sí tenía: Ved, mirad y examinad ¡oh esforzados compañeros míos! cuantos agujeros traigo, pues tal vengo que yo mismo no me encuentro y lo menos que presumo es que traigo una pierna de menos, pues cuando siento la derecha noto que la izquierda me falta y cuando ésta siento extraño de aquella la ausencia! Pero por mucho que le registrasen resultaba felizmente que el señor capitán siempre llegaba mas entero que un duro. Con motivo de sus hazañas y de ésta su valerosa táctica, sus camaradas, que en todo difícil trance tomaban la delantera, le habían galardonado con el alto nombre del capitán *Corre-corrídos*, que supo conservar incólume hasta el fin de sus preclaros días.

Qué dama que no fuese de arena, de risco ó de nieve había de mostrarse tibia ó fría ante tan apuesto caballero y tan sin par batallador? Así, pues, la señora Mónica, que era hecha de algo mucho mas blando que los susodichos ingredientes, en cuanto le vió, le miró, sino con buenos ojos, por lo menos con los mejores que contaba, pagando las enormes venias y ceribones que el señor capitán desde lejos le hacía, con sonrisas del mas dulce acogimiento y pudorosa ternura; pero, dicho sea en honra suya, las cosas mas allá no pasaron de este recíproco agasajo á larga distancia, pues no había habido todavía ni confesión de boca y mucho menos satisfacción de obra, como dice el catecismo.

Pero un venturoso día, con motivo de haberse establecido

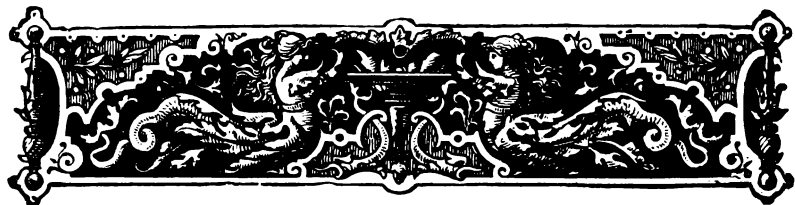
en la vecindad, fué recibido solemnenente en la casa nuestro valeroso D. Sisenando (que así se llamaba tan guapo caballero), y después de muchos recíprocos cumplimientos entre el esposo, la esposa y aquel, retiróse con la mirada honestamente puesta en el suelo y la mano derecha colocada sobre el lado del corazón, mientras la dama ahogaba un hondo suspiro que salir de su conmovido pecho ansiaba.

Cuando el capitán se hubo alejado, D. Plácido dijo á su esposa:

—Muy bien nos viene en estos tan movedizos y calamitosos tiempos la amistad del señor D. Sisenando y me huelgo de tenerle por vecino!

—Vaya si es una suerte!, contestó la esposa, tener por nuestro todo un capitán tan recatado con las damas, como le has visto, tan desaforado con los hombres, como sus hazañas pregonan, y tan cabal y acabado en todo, como me lo presumo. Ahora sí Plácido que puedes tú dormir á pierna suelta, que por lo que á mi toca, no habrá, como hasta aquí ha habido, ruido, persona ni cosa, por grande ó pequeña que sea, que en adelante me asuste.





III

De como el nigromántico Cupido convierte en bravísimo león un mansísimo cordero.

Apuntado lo que queda, prosigamos ahora nuestra historia.

Mientras el padre guardian andaba de Ceca en Meca buscando suplicadores que lograsen la libertad del Obispo, la señora Susana, á cuyos oídos había llegado la desconsoladora nueva del emparedamiento, no pudo reprimir sus caritativos impulsos y, movida por el afecto que consagraba á su Ilustrísima, á riesgo de caer en las manos de D. Felipe salió de su escondite, si bien disfrazada con traje de humilde condición y pintado el rostro de suerte que ocultara quien ella era. Después de revolver en su magín sobre cómo y por que medios procuraría alcanzar la libertad del prelado, vino á la memoria el nombre de la señora Mónica, su amiga, y acordóse de que el esposo de ésta gozaba de cierto predicamento, como acaudalado que era, y cuya palabra cerca del Gobernador podía hacer uno de los muchos milagros que hace el dinero sobre la tierra desde que los santos milagrosos que

antes los hacían nos abandonaron del todo yéndose á establecer en la patria celestial.

Harto sorprendida quedó la esposa de D. Plácido cuando D^a. Susana se presentó en su casa, á la cual, según las voces que corrían, consideraba bajo el amoroso yugo de D. Felipe. Refirióle aquella las penas que pasaba, viéndose obligada á vivir á sombra de tejado para salvar de las manos del amartelado Gobernador; expúsole lo grave de la situación del santo Obispo, concluyendo por decirle que no había otros medios para salvarle de la muerte y acabar con la tribulación por la cual pasaba la villa, que obtener la libertad de aquel por las buenas y concluir después con tanta iniquidad por las malas, armando conjura contra tan arbitrario y atropellador gobernante.

—Estoy por la conjura!, respondió encendida en cólera la justamente ofendida D^a. Mónica; luego, sin poder reprimir los celos que le causaba el amor que el Gobernador consagraba á su amiga, prosiguió diciendo: Es menester acabar con esta tiranía, con este cruel, inhumano y pérfido Gobernador, que si tan mal parados trae á los hombres, peor trata á las indefensas mujeres que á su gusto cuadran, entre las cuales ¡á Dios gracias! nada reza conmigo, pues tal le puse cuando me ofendió siguiendo mis huellas, que no le quedaron ganas ni para apuntarme con la ballesta de sus ojos!

—Poco á poco, señora, repuso D^a. Susana sin darse por aludida; vamos con mesura y tiento que andando así todo hemos de conseguillo y lograrlo; si empezamos por la conjura puede su Ilustrísima acabar antes de que nosotros háyamos principiado; salvemos primero al Obispo, que lo demás por si vendrá, dándonos ocasión para ha-

cerle pagar caras al General las hechas con las damas que á su gusto cuadran y las por hacer con las que su disfavor merecen.

Iba á replicar denodadamente D^a. Mónica en defensa de sus fueros, cuando por fortuna la presencia de D. Plácido conjuró la pélea que amenazaba armarse. No reconoció el recién llegado á la dueña de sus pensamientos, que tan mal traje y tan mala cara traía; rióse de esto su esposa, siguióle D^a. Susana, quedando aquel atónito y suspenso, tanto de ésta fiesta cuanto del traje de la dama; pero en cuanto hubo sabido que bajo de tan malos trapos y mala figura se encerraba la carcelera de su corazón, hubo de perder el seso de asombro y de contento; pues, como su esposa, creía que el Gobernador se la estaba tragando en dulces caricias y mondando hasta no dejarle ni los huesos sanos. Pero apenas hubo reconocido á la dama sonó un golpazo en la puerta, que puso en sobresalto á todos y especialmente á aquella, la cual, guiada por su amiga pasó á refugiarse en el rincón mas oculto de la casa.

Llegóse D. Plácido á la puerta, entre desconfiado y temeroso, y al abrirla se encontró con el descomunal capitán, quien le saludó con una muy reverenciosa reverencia; luego pasaron ambos adelante, entraron á la sala, llegando en seguida D^a. Mónica, la cual cambió con el capitán muy cumplidos ceribones y ruborosas miradas. D. Plácido, á quien le revoloteaba el corazón teniendo prenda como la que le había caído en casa, buscó pretexto para soltarse en pos de ella y, fundada su demanda, que dado el silencio de su esposa se dió por contestada en rebeldía, salió de la estancia dejando solitos é indefensos á su adorable señora y al egregio capitán.

Quando hubo llegado al lado de D^a. Susana encontróla en esa lánguida actitud de abandono, que tanto encanto presta á las mujeres hermosas y tan malas intenciones despierta en los hombres; contuvo las suyas D. Plácido y tomando aliento díjola que no se inquietase, que quien acababa de llegar era el famoso capitán D. Sisenando, grande amigo de la casa desde pocos días hacía; luego se sentó á respetuosa distancia y empezó á registrarse el mágin buscando que cosas diría á su dulce tormento, cómo le declararía su pasión, y cómo recibiría ella sus reclamos. Pero, en vano volvía y revolvía, pues no encontraba palabras para empezar, y aun cuando las encontrase, no sabía á punto fijo lo que deseaba decirle. Viéndole tan medido en su silencio, con los ojos bajos y las manos con los dedos abiertos sobre las rodillas, D^a. Susana, que bien conocía la inclinación que le tenía y el embarazo en que el viejo se encontraba, quiso sacar partido de la situación, y abriendo el camino que el no acertaba á encontrar, le dijo:

—Señor D. Plácido, esta mala cara y peor figura con que ahora me veis, todo ha sido por tener la dicha de venir á veros, esperando que vuestro favor y valimiento han de ampararme.

—Nunca hubiera soñado en tanta ventura!, repuso el viejo poniéndose colorado, sonriendo y mirando apétitosamente á la dama.

—Tal como lo ois!, y á buen seguro, segura estoy que habeis de sacarme del empeño en que metida me encuentro.

—No teneis más que ordenar, que sereis al punto obedida. ¿Quién sería aquel de empedernido pecho y de

voluntad tan flaca que las palabras que de vuestra boca salen no las hiciese solícito cuajar convirtiendo en obras lo que vos mandareis y ordenareis?

—Á que hagais cuajar mis intenciones vengo, porque nadie sino vos podría ejecutar lo que mi lábio á pediros viene.

—Ordenad y no pidais, que todo será ejecutado en la medida de vuestra voluntad, contestó el viejo acercando su silla á la de su vecina, todo alborozado de contento.

—Siendo así, oid y luego poned por obra lo que os diga: bien sabeis que el hereje del Gobernador ha emparedado al Ilustrísimo Señor Obispo, y si este sacrilegio dura y se alarga, el Señor Obispo quizá fallezca antes de que nadie le saque de su sepulcro, lo cual haría caer las maldiciones del cielo sobre vos, sobre mí y sobre todos cuantos ésta villa habitamos. Nadie tanto como vos tiene valimiento para con el Señor Gobernador y á nadie podrá escuchar con mejores oídos ni con mas condescendiente voluntad. Siendo esto así os corresponde prestar auxilio al desvalido y servir al pastor de nuestra Santa religión, pidiendo al General la libertad del Obispo; esto es lo que pido de vuestra caridad y mucho valimiento.

Ante este inesperado pedido quedó todo turbado D. Plácido sin saber lo que había de responder, notando lo cual agregó la dama: No me digais que no; pues si así fuese os tendría por tan hereje como el Gobernador y tan nada animoso y poco hombre que no merecieseis que se os tuviese para nada en cuenta.

Agudísima fuè en tal circunstancia la pinchada de lo del «poco hombre» que le dirijió la dama, tanto que el

viejo, no queriendo pasar por un mandria en las solemnes circunstancias en que se encontraba, contestóle:

—Lejos estoy, señora, de negar lo que pedis, si bien no negareis que es arriesgadísimo y grande el sacrificio; pero basta que vos lo ordenarais para que yo procurara hacello; mas, lo único que nuestra voluntad puede estorbar es que el Señor Gobernador está excomulgado y en hablando con él cae tambien la excomunión sobre mi, y esto es lo que yo por nada quisiera ¡Antes quemado vivo que perder mi ánima!

—Eso no os dé pena, repuso la dama; en libertando al Obispo, como rendido y agradecido por vuestra buena obra, él os echa en un tris la absolución y tan católico cristiano como antes.

—Bien está, agregó el viejo, todo puede ser así; pero si yo cumplo vuestras ordenes y peticiones y logro la libertad de su Ilustrísima ; con qué me pagareis vos la obediencia que os presto?

—No faltará con que pegaros; pues, bien sabeis que no soy ingrata y menos podría serlo con quien tan valiosa acogida me presta.

Oyendo semejantes palabras empezó D. Plácido á ver que las puertas del cielo de par en par se le abrían y acercando aun más su silla hasta ponerse muy cerca de la dama, cayéndosele la baba, con tono sonriente y derretido y con los ojos lagrimeando de contento, díjola:

—Es que la paga y recompensa han de ser en la moneda que yo pida.

—Bien, contestó la lista moza; todo ha de ser en sus cabales y no os he de defraudar ni un maravedí.

—No lo digo por eso, sino que la moneda de mi paga

es tal y de tan subido precio que solo vos la poseeis y en no otorgándola vos, no hay de donde sacarla.

—Sea!, agregó D^a. Susana; todo ha de hacerse á pedir de boca, según vuestras obras sean.

—Si es así, reciba yo las arras de mi convenio, y diciendo esto cogió la mano de la dama y le imprimió un beso.

Dió un leve grito ésta, fingiendo ruborizarse, pero conteniendo en sus adentros la risa que le retozaba en el cuerpo viendo el amor del viejo y la burla que de él hacia, dándole á mascar las mas tentadoras esperanzas.

—Ahora que ya llevais, dijo la dama, tamaña parte á cuenta y que nadie la hubiera logrado por todo el oro de este mundo, apresuraos á poner en ejecución cuanto os he dicho, y tened cuenta con vuestra esposa, que si supiere lo que vos habeis pedido y lo que ¡aí de mí! yo os he acordado, ¡aviados quedaríamos entrambos!

—¡Dios me guarde y me libre de abrir la boca sobre este concierto!, repuso el viejo teniendo en cuenta el genio de su mujer; y luego agregó: Ahora vos vereis, ¡señora de mi anima! el hombrecito que es el hijo de mi padre!

Bien quisiera el viejo dilatarse en el amoroso coloquio, pero D^a. Susana le apremió á cumplir sin dilación lo prometido, pues toda tardanza podía dar en breve con su Ilustrísima en el otro mundo.





IV

En donde el mismo señor Cupido se dá modos para acrecentar el número de los valientes.

Mientras así se burlaba el amor por el un lado, por el otro hacía caer entre sus lazos dos inexpertas avecillas. Solos habían quedado D^a. Mónica y D. Sisenando desde que así los dejara el desconcertado D. Plácido, siendo ésta la primera vez que se encontraban el uno frente al otro entre cuatro paredes y con techo encima. Bien quisiera el Señor capitán, que en amorosos ímpetus ardía, empezar el fuego contra el enemigo que tan cerca de sí tenía, y bien anhelaba la rendida dama que lo empezase; pero, el capitán, por lo mismo que traía muy malas intenciones, se encogía haciéndose el angelito, y la dama, que tampoco las tenía mejores, se achicaba haciendo la tímida doncella. No hallaba, pues, D. Sisenando palabra que enderezar á su adorada prenda ni ésta encontraba respuesta: que dirigirle, por falta de pregunta. Así se mantuvieron largo rato: él con los ojos puestos en el suelo, como hombre honesto y al parecer enamorado castísimo, sin saber donde colocar adecuadamente las manos ni en qué destino y condición poner las piernas y los piés, que jamás le parecieron mas innecesarios y largos: ella, con la cabeza sentimentalmente doblada

hácia un lado, la mirada baja y el pecho palpitante, cual tierna y ruborosa doncella que teme que las aceradas palabras del amor taladren su corazón blando é indefenso. Por fin comprendió el Capitán que esto de hallarse á solas con la señora de nuestros pensamientos y propósitos no es pan de tódos los días y que quien pierde una ocasión propicia puede no encontrar ninguna otra á mano, y así arremetió con su consabido denuedo en estos términos:

—Porqué tanto silencio y esquivez, señora, con quien por vos la vida gustoso rindiera?

Ruborizóse doña Mónica con todas las fuerzas que pudo, y no sabiendo que responder á éstas traspasadoras palabras, contentóse con resollar por las narices, juzgando prudente cerrar la boca para que no se le escapara un traidor suspiro que su pasión delatara.

—Hable vuestro labio, prosiguió el capitán viendo que el enemigo no hacía ningún disparo; hable vuestro lábio, y si mi amor no encuentra puerta de entrada en la fortaleza de vuestro pecho, vuestra despiadada mano decapite mi dicha y el hilo de mi vida rompa y acabe! Harto, señora, los mensajeros de mis ojos os han denunciado traidores lo que en mi pecho guardo, y harto vuestra discreción mi rendimiento conoce para que yo os pondere mi tormento y mis ansias con palabras que no alcanzaran á pintar ni decir lo que por vos mi encadenado pecho padece y sufre!

—Callad capitán!, dijo por fin la dama, que la pena de vuestra pena me conturba y me maltrata!

—Desventurado de mí!, continuó el capitán poniéndose tan cerca del enemigo como nunca lo había estado hasta entonces; desventurado de mí, si el filo de mis palabras

podiera, no diré maltratar ó herir las hojas de rosa que forman la piel de vuestro pecho; dislocar ó abollar la armadura de vuestra dicha, pero ni aun siquiera rozar ó molestar levemente vuestro tierno corazón y enturbiar ó empolvar vuestro contento! No apetezco tal, ni tal os pido, que si dicha mi amor no os diera, antes en silencio á la muerte rogara la bien templada hoja de mi vida en breve instante rompiera y quebrantara y á la nada redujera!

—No digais tal capitán, que si tal sucediera con la muerte de vuestra vida la mia tambien acabara!

No bien hubo escuchado tan sentida frase D. Sisenando, cuando, dándose por victorioso, aprisionó entre sus manos la que tenía mas cerca de propiedad exclusiva de la conmovida señora, sintiendo lo cual, ésta á su vez, dándose por indefensa y rendida, le abandonó todo el brazo que á continuación de la mano estaba, llevándose la otra á los ojos para ocultar tras el velo de sus largos dedos la turbación y el sonrojo que su debelado amor le causaba.

A este punto llegaban las cosas, y Dios sabe hasta que otro mas alto siguieran si no fuese que en tan solemne momento se dejaron escuchar los pasos de D. Plácido que al parecer se acercaba. Abandonó el capitán sus ventajosas posiciones y se colocó á la prudente distancia en que solía colocarse cuando entraba á las batallas.

—Habeis de saber, dijo guapamente el recién llegado, que por lo que sabemos y tenemos entendido, su Ilustrísima tiene la vida en un tris y como fiel cristiano y católico que soy no he de ser yo quien le deje morir sin poner algo de mi parte para salvarle; así pues, decidido estoy, y mi esposa, por seguro tengo ha de venir también

en ello, decidido estoy á pedir audiencia al Excelentísimo señor Gobernador y solicitar la libertad de nuestro prelado, y dado quien yo soy, ó mejor dicho, quienes yo y mi esposa somos, no creo haya de negarme tan singular gracia. ¿Qué dices tú, Mónica, de esto?

—Digo que esto me lo tenía pensado, repuso la interpelada adueñándose de la iniciativa de doña Susana á la cual tentaba ganarle la partida; y aún te lo tengo aconsejado, pero como tú tienes tan flaca la memoria, de tres cosas que en el día te digo no te acuerdas ni la cuarta.

—No digo que tú no me lo hubieses aconsejado, sino que trato, ahora, de poner por obra lo que en buenhora hubiste discurrido.

—Pues llévese á cabo lo pensado, que aquí está el señor capitán que irá contigo y te auxiliará por su lado, en caso necesario, con el poder de su brazo.

Poco menos que congelado se quedó el capitán con ésta nueva, pues, tenía mas miedo á D. Felipe que á una legión de á caballo, no atreviéndose á salir jamás de lo que aquel dijera, hiciere ú ordenare.

—Bien capitán!, dijo doña Mónica notando que D. Sisenando se había quedado con la boca abierta y sin palabra en ella; os ruego acompañeis á mi esposo en su católica empresa; ¿le seguireis ó no le seguireis?, decidlo claro como hablan los valientes como vos.

—Basta, señora, que vos lo deseis para que vuestra voluntad se cumpla y vuestro propósito se logre, repuso el valeroso soldado tragándose el miedo que la boca le amargaba.

En esto sonó otro golpazo en la puerta, el cual desconcertó á los tres conferenciantes, pues se les imaginó que

cuando menos el Gobernador se les venía encima. Acomodóse cada cual en su asiento lo^omas apretadamente que pudo, como si quisiese, por vía de seguridad, meterse dentro de él; pero á poco volvió la tranquilidad á los atemorizados ánimos, pues, abierta la puerta quien se les presentó delante fué el reverendo padre guardián de los Mercenarios. Expuso el reverendo en pocas palabras el objeto de su visita, que no era otro que el de buscar quienes le ayudasen á interceder ante el Gobernador por la libertad del Obispo, oído lo cual repuso doña Mónica, que ella ya había buscado y obtenido quienes hiciesen lo propio, en prueba de lo cual su esposo y el capitán, que presentes se hallaban, listos estaban para solicitar audiencia de su Excelencia, persiguiendo tan cristiana obra. El capitán, que no las tenía todas consigo, no queriendo acometer tan riesgosa campaña con tan pocos soldados, agregó: Para que la fortuna propicia nos sea y la victoria se ponga de nuestra parte, hácese menester aumentar el número de nuestras limitadas fuerzas; pues, probado está que mientras mayor sea la falange destinada al ataque el valor y el coraje lucen mas sobre el cobarde enemigo que con menor número de brazos tiene la desvergüenza de salir á la pelea. Siendo esto así y tratándose de tan difícil contienda, mientras mas fuéremos, menos resistencia ofrecerá nuestro terrible enemigo; dije mal, menos resistencia ofrecerá el Excelentísimo señor Gobernador á quien jamás he tenido, tendré ni consideraré entre mis enemigos, pues muy por el contrario, en grande estima le tengo y no seré yo quien sus armas mida contra tan alta persona y no menos alto gobernante. Pero, aun cuando todos en mucha estima le tengamos, y porque Dios y el Rey nuestro Señor en el go-

bierno nos le conserve anhelemos, no está demás que nuestro reverendo padre guardian ponga de su parte todo influjo para aumentar las filas de los que esta difícil empresa con tanto denuedo acometemos.

Apoyó D. Plácido tan atinadas razones, viendo el asentimiento que su esposa á tan acertado hablar demostraba, quedando, en resolución, concertado que todos los generales y capitanes de ésta peligrosa jornada buscarían medios de reforzar el ejército expedicionario, verificado lo cual se abriría sin mas requilorios la campaña, por cuanto toda dilación en acometella ponía en peligro la vida de su Ilustrísima.





V

La resurrección de Lázaro.

· Hallábase el señor Gobernador en el corredor de su casa cómodamente arrellenado en un ancho sillón de baqueta haciendo la digestión de una abundante merienda con la cual se había repapilado deliciosamente, tomando implacable venganza del ayuno á que le redujera la excomunión del señor Obispo; Ginés y los dos capitanes que habían quedado á su lado después de la dispersión general que la entrada de satanáas había causado en su rústico palacio, aún no terminaban de mondar los huesos de las gallinas y piernas de carnero que les hacía mas verdadera la predestinación que para caer en los infiernos había hecho pesar sobre ellos el contagio de la excomunión.

Repentinamente, tomando de sorpresa á su Excelencia, aparecieron bajo del arco del zaguán que daba entrada al patio, el padre guardian de los Mercenarios, dos frailes que á su lado venían, dos caballeros que detrás estaban y el señor capitán D. Sisenando, que fiel á su consabida táctica, había quedado á la cola, procurando empequeñecer su majestuosa figura para que no fuese notada por el Gober-

nador. No bien percibió D. Felipe tan numeroso ejército, creyendo se le venía una conjura encima, saltó de su asiento, desenvainó su espada, dió un grito de ¡alerta!, llamando á los suyos, y con ademán resuelto, tendiendo la espada hacia los de la cuadrilla, dijo con tono imperativo:

—¡Alto ahí!, nadie un paso dé adelante ó será al punto muerto!

—Nada tema vuestra Excelencia!, repuso el guardián con voz sumisa y reverente, deteniendo el paso; luego agregó: somos gentes de paz á quienes un grave asunto trae cerca de vuestra Excelencia en buenas amistades.

—Bien está, pero por grave que ello fuere, con que uno lo traiga basta.

—Si vuestra Excelencia se digna de otorgarnos audiencia, verá nuestra sana intención y el bien que de ello puede reportar su persona.

—Pase el padre guardián!, contestó D. Felipe, y quede fuera el resto de la comitiva, que por buenas que las intenciones fueren, no hay para que se acerque tanta gente!

Adelantó el reverendo, al cual su Excelencia hizo sentar á prudente distancia suya. Entretanto, Ginés y los capitanes de la guardia, que habían acudido presurosos en cuanto escucharon el ¡alerta! de aquél, hacían centinela, armas en mano, en el zaguán á los demás de la falange, sin dejarles meter pié adelante. Sentado que se hubo el guardián, con tono suave y discretas palabras expuso al Gobernador el objeto que le traía, manifestando el peligro de muerte en que se encontraba su Ilustrísima el señor Obispo, el gran pecado que entrañaba el emparedamiento á que se había condenado sin culpa á tan alto prelado, las censuras que la Iglesia fulminaría

contra quien tan cruel condenación pronunciara, concluyendo por demostrar la recíproca conveniencia que había para el interés de aquella y para el buen gobierno de la república en dejar sin mas dilación en libertad á su Ilustrísima.

Contestó el General poniendo de oro y azul á su Ilustrísima y de siete colores al Provisor; quejóse de la guerra que entrambos le hacían, por cuya causa habían venido á parar las cosas en el extremo á que habían llegado, concluyendo por expresar, que puesto que su Ilustrísima así lo había querido, él remediar tamaño mal no podía.

Volvió á insistir el guardián, sermoneando teológicamente y á latin seguido á su Excelencia, en muy elocuentes términos; este tornó á replicar pegando fuerte al Obispo y arrimando de paso al guardián, quien, cogiendo las indirectas al vuelo, se amostazó hasta mas allá de la mitad de la medida; pero sujetando su enojo para no echarlo todo á perder, concluyó diciendo: Mire vuestra Excelencia que la despiadada prisión de su Ilustrísima y el peligro de muerte en que vuestra Excelencia le pone importan una intención de homicidio, *injusta hominis occisio*, contra tan sagrada persona; y ya sea, ¡lo que Dios nuestro Señor no permita!, que su Ilustrísima fallezca ó que tamaña desdicha no acaeciére, en uno y otro caso el sacrilegio perpetrado es el mismo, *indigna tractatio personae*, y en cuanto su Santidad lo sepa, que sin duda lo sabrá, fulminará contra vuestra Excelencia excomunióon mayor *late sententiae*, que solo á él y por estas causas está reservada y de las cuales usará *generalí modo*, contra lo cual no habrá remedio alguno ni en la tierra ni en el cielo. Demás de esto, como toda la villa anda alborotada por el

martirio en que se mantiene á su prelado, ni vuestra Excelencia ni yo ni nadie podemos estorbar lo que pudiera venir!

En oyendo esto de lo que «pudiera venir» y lo de la excomunión papal, D. Felipe sintió que le flaqueaba el ánimo y notando que se había metido en una tan honda que ni su colega el Santo Padre podría sacarlo, principió á aflojar y el guardián á tirar la cuerda, hasta que muy á pesar suyo logróse arribar á la siguiente capitulación, impuesta por su Excelencia en seguridad de sus fueros:

Acuérdase á favor de su Ilustrísima el desemparedamiento en que por sus malas artes se encuentra, bajo condición de mantenerse recluso en su casa, é incomunicado de sus parciales, á fin de asegurar la paz de la república, turbada por causa suya. Quedan todos los parciales de su Ilustrísima obligados á acatar y defender la autoridad del Gobernador, separándose de las dañadas maquinaciones á que aquel los indujera. Queda obligado el prelado á levantar sin dilación alguna la excomunión fulminada contra su Excelencia, absolviendo á este y á todos cuantos hubiere alcanzado su contaminación. Y queda su Señoría el Provisor, preso y bajo la autoridad de su Excelencia, hasta que él vea medios de acabar con tan peligroso como perturbador enemigo de la paz de la provincia.

Aceptadas las condiciones impuestas, después de no pequeña disputa, el guardián y todos los de su comitiva se encaminaron sin demora á desenterrar al Obispo y sacarle á la luz vivo ó muerto. Mientras el General y el guardian discutían de lo lindo, la noche se había venido encima, de suerte que cuando llegaron á la casa

episcopal, se encontraron todos á oscuras; pero los diligentes frailes revolvieron la vecindad y en breve aparecieron con dos hachas encendidas y algunas herramientas apropiadas para echar la casa abajo, si necesario fuere. Dirigieron sus demoledores golpes contra la puerta murada y aun cuando ya se había descubierto una buena parte de ella, el Obispo no se dejaba ver ni sentir, por lo cual temían los circunstantes encontrarle, sino muerto, por lo menos agonizante. Prosiguieron con mayor afán su obra, mas apenas había quedado abierta la mitad de la portada apareció en el fondo oscuro de ella, iluminado por la luz de los hachones, el rostro pálido demacrado y lívido de su Ilustrísima, con sus ojos hundidos y su boca seca y entreabierta, revelando que venía muerto de extenuación y de sed. ¡Agua! dijo uno de los circunstantes y bien luego se alcanzó un jarro al prelado, quien lo cogió entre sus manos temblorosas y lo llevó ansiosamente á sus lábios. Después alzó sus brazos al cielo y cayó de rodillas exclamando: *Sit nomen Domini benedictum, ex hoc nunc et usque in sæculum!* (1)

Luego se alzó con alguna dificultad y dijo á los circunstantes con acento debil: El Señor premie vuestra piedad y vuestra compasión!, é hizo el signo de la cruz extendiendo su brazo derecho en el aire, bendiciendo á los que delante de él derribaban los últimos restos del muro.

(1) Bendito sea el nombre del Señor, desde ahora y hasta siempre jamás.



VI

En donde todo un Gobernador en persona hace de una vía dos mandados.

Desvelado y perplejo traía á su Excelencia la figura del Provisor, á quien atribuía mucha parte de los trastornos que tanto alborotaban la villa, y del cual no sabía que hacerse ni como aparejarlo de suerte que no le armase nuevos desbarajustes y trapisondas. Llamado á consejo Ginés, en cuya habilidad tenía mucha fé D. Felipe, el escudero sostuvo con grande cuenta de razones que el tal Provisor no era ni podía ser otra cosa que la cola del mismo diablo y que en teniendo tal prenda en la villa siempre había de armarse alguna endemoniada zarabanda, tan mala ó peor que las pasadas, por donde él colegía que para tener en paz las cosas y que el señor D. Felipe pudiese gozar de su gobierno con el regalo, holgura y quietud que cabe á todo Gobernador de hecho ó de derecho, no había otro medio sino el de echar fuera de los dominios de la gobernación á tan peligrosa hidra humana, procurando que rastro ni olor quedasen de tan terrible enemigo.

Muy acertado encontró D. Felipe el consejo del escu-

dero, agregando de su parte, para no dejarse á medio hacer las cosas, este discurso: Mira Ginés, estas gentes están alborotadas por causa de ese echacuervos que les ha hecho vislumbrar la no remota llegada del Gobernador D. Juan Ortiz de Zárate, lo cual, despertando falaces esperanzas, les hace mirarnos como si nuestra autoridad y gobierno á punto de fenecer estuviesen. Por eso ponen la cara que tu ves y nos andan con los melindres que tu conoces, y como esta mala ventura pudiera muy bien acaecer, ya puedes imaginarte tú en lo que vendríamos á parar nosotros si el tal Gobernador de la noche á la mañana nos cayese encima! Hombre apercebido medio combatido ó vale por dos, ya tú lo sabes!; conviene por ello ponerse de pies en la dificultad y cogerles la delantera, para que si acaso, ¡lo que Dios no permita! se nos soltase el dicho Gobernador, pueda al menos yo salir de aquí suelto de cuerpo, pues estos tales malandrines pudieran armarme una que me cierre el paso y me ponga menos liviano de como ahora me encuentro. A cortarles el vuelo y atajar sus intenciones iréme yo río abajo, á ver quien por allí asoma, descartándome de paso por algún lado de esta malhadada prenda del Provisor. Tú te quedarás en ésta en tu puesto y en tu dignidad y rango, con cargo de abrir mucho los ojos y parar mucho mas las orejas á fin de que todo lo oigas y lo veas y en volviendo yo me lo relates y pintes con todos sus pelos y señales; pues seguro estoy que en cuanto me tengan lejos, saldrán á alardear las caras sin embozo y desnudas se mostrarán las palabras. Cuida con entero celo no se nos escapen los clérigos y frailes que de nuestra parte tenemos, pues esa es gente de mucho poder y valimiento y cuando las cosas no tienen remedio, con un latin suelen hacer

un milagro; pues si los perdemos, peligro nos va de perder la pelleja. Y ten mucho oído en lo que te digo, por cuanto es de grande provecho al pequeño escudriñar las acciones é intenciones ajenas y ofrecerlas en recatado presente á quien ha de premiar tales ofrendas como grande. Queda, así mismo, encomendada á tu habilidad y diligencia la empresa de sacarme de debajo de tierra, si allí estuviese, ó de donde la encuentres, aquella ingrata señora por quien en tantas ansias vivo y á la cual muchos galanes debe haber que la ocultan y amparan, pues, á no ser así ya la tendríá entre mis brazos. Pon cuanta solicitud en esto pudieres, que si el tesoro me descubres y ella á mis manos viene, buen galardón ha de traerte, no poca honra ha de seguirte y mucho provecho ha de darte.

En resolución, poniendo por obra lo pensado, reforzó D. Felipe su gente de armas, alcanzando á contar hasta doscientos soldados, los cuales debía llevar consigo; colocó al Obispo bajo de severa vigilancia; ordenó á quien como depositario de su autoridad quedaba de no pararse en chicas para desbaratar todas las chicas y las grandes que contra su autoridad se intentasen, aunque una sola espada para tal obra le dejara; y aleccionado suficientemente Ginés acerca de lo que debía hacer ó dejar de hacer, embarcóse con su numerosa comitiva en un bergantín bien provisto, llevando asegurado al temible Provisor, haciéndose á la vela río abajo, favorecido por buen viento, aunque mal acompañado por sus recelosos pensamientos.

Iba el Provisor encadenado, cual lo había estado en tierra, metido en lo mas oscuro de la bodega, si bien resignado con su suerte, esperando que ya con vida ó ya sin ella día había de llegar en que lograse escapar de las

garras de su Excelencia. Al segundo día de una lenta y sofocante navegación, la marinería viendo que se armaba tormenta empezó á vaticinar que el viaje sería tan malo como ellos no lo quisieran, pero que esto no podía ser de otro modo por cuanto se llevaba á todo un santo sacerdote encadenado y á oscuras y que si la cosa así seguía era mas que seguro que irían á parar donde nadie gustara. D. Felipe, á quien le hacían mella los vaticinios, tomó el peso á las razones de los tripulantes y accediendo á ellas permitió que se aliviaran las prisiones que oprimían á su Señoría, concediéndole libertad sobre cubierta.

Picaba á su Señoría, que venía cansado de rezar y engolfarse en sus filosofías, el deseo de dar salida á los apiñados pensamientos que en su mente apretados traía. Era, como ya se deja dicho, muy inclinado el Provisor á literaturas y retóricas y todo lo que no se le iba en sermones lo gastaba en largas páginas que hilvanaba dejándose llevar de los impulsos de su calenturiento cerebro. Así, pues, apenas vislumbró que se le otorgaba alguna libertad en su condición de prisionero, solicitó con mucha humildad se le concediese papel y tinta, prometiendo hacer el mas inofensivo uso de tales útiles, como se vería por la prueba, pues, ya que no le era permitido hablar en la medida de sus deseos, debía por caridad otorgársele la gracia de poder desahogarse á sus anchas con la pluma y el tintero. Otorgado el favor, despues de fijarse prolijamente las condiciones por el receloso D. Felipe, dióse de lleno á estampar en el papel todas las impresiones que recibía su espíritu de la grandiosa naturaleza que se mostraba á sus sentidos.

Aun cuando de los muchos apuntes que hizo, según

dice el cronista, pocos han llegado hasta nosotros, viniendo estos casi del todo borrados por la acción del tiempo, he, sin embargo, por mi parte, medio atinado á traducir ó interpretar algunos párrafos, los que, desnudados de los muchos latines que los revestían, tengo por conveniente dar en seguida para que el lector pueda aquilatar la fineza de las retóricas de su Señoría; si bien hago esta inserción bajo condición expresa de que si el lector los encontrare buenos, ha de atribuir al traductor lo galano que trajeren, y si los encontrase malos ha de colgárselos por entero, mondos y lirondos al señor Provisor.





VII

Quien canta su mal espanta.

Dice el memorial en algunas de sus borradas páginas:

En el rio del Paraguay á..... de 15....

¡Omnipotente Dios y Señor y Creador de todo lo creado! Cuan inagotable te muestras en la fecundidad de tus maravillas y cuan pequeña es la soberbia humana que á columbrar apenas alcanza algo de tu infinita sabiduría y de tu poder inmenso, por la grandeza que á sus ojos tus obras le presentan! Quien, ciego ante los prodigios de tu mano y mudo ante la magnificencia de tus creaciones mostrarse pudiera, cuando ellas el ojo del ciego iluminan y con su incomparable voz y su jamás imitable elocuencia tus maravillas cantan y tu sublimidad pregonan y ensalzan? Todo cuanto mis ojos ven, mis oidos escuchan y mi olfato percibe, acrecienta la fé de mi alma, de admiración me embarga y mi impotencia y mi pequeñez me muestra! ... Ahí se extiende la llanura infinita, inmensurable, cuyos extremos en vano el ojo abarcar intenta y sobre la cual tú silencioso derramas la invisible semilla que presto en altiva palma, en robusto cedro, en frondoso arbusto, en blando

cesped y en pintadas flores se torna y se convierte! El silencioso lago, repleto pecho de amorosa madre, el murmurador arroyo que cual de fragil copa se derrama, y' la oculta vertiente, perenne fuente de escondido seno, dan de beber y prestan sustento á toda esa inmensa muchedumbre que por do quier se apiña, se estrecha y se confunde, ó bien se aleja y dispersa formando pequeños y humbrosos bosquecillos, ó se dispersa y desmenuza sembrando el vasto llano de solitarias palmeras, gallardos y lozanos arbolillos ó tímidos y ramosos arbustos! . . . Mas acá el ancho río sus aguas derrama y bate en sonoro murmullo, las riberas baña y salpica, el bosque inunda, riega, robustece y multiplica; da vigor á la lasciva enredadera, al bejuco agreste, que por do quier sus brazos tienden y anudan y en desfallecidos lazos desde la cima del árbol gigantesco indiferentes caen y en el aire indolentes se mecen y sacuden! Y luego, en las sonrosadas ó verdes orillas, donde sus aguas fatigadas duermen, los juncos nutre, sus anchas hojas extiende y vigoriza y su límpido cristal de verdes redes y amarillas flores cubre y entapiza! Mas allá sus aguas, que el blando suelo caprichosas tallan y rompen en angostos canales se derraman y la espesa y humbria enramada vigorizan, en cuyo seno el claro dia en eterno y adormecedor crepúsculo convierte!; ó bien, con las orillas de la solitaria isla, que cual grandioso ramillete sobre el cristal de las aguas sus galas ostenta, rumorosas juegan, blandas se tienden ó con lúbrica lengua amorosas lamen! Y en el seno de todo esto, en la tierra, en el aire y en e^l agua, en el llano, en la vega, en la ribera y en la isla, ora la bestia feróz duerme ó acecha; ora el manso animal su sustento busca; el yacaré al sol sus conchas calien ta ó

en las turbias aguas temeroso á su guarida baja; ora las variadas y ligeras avecillas, los nadadores patos, las inquietas gaviotas y las blancas garzas el aire cortan y con agudos silvidos y dulces cantos el silencio y la quietud turban y alteran! ¡Oh felice tierra donde el Eterno prodigo derramó sus dones, del primitivo paraíso, para admiración del hombre este incomparable despojo conservando!; tus prodigios con cien lenguas al Hacedor, plegaria de gratitud levantan, y en el alma, de la fe el sagrado fuego encienden y alimentan!

.....

En el río del Paraná á de.... 157....

¡Cómo, Señor, el diestro brazo de tu voluntad tus propias obras modifica y cambia! La gota de agua el arroyo forma, el arroyo la ancha corriente engendra, la corriente en caudaloso río luego se torna, y el río en piélago se extiende y se dilata! Ahí estas tú, soberbio río, del Supremo artífice el supremo don de la belleza pregonando! Miro tus aguas dormidas dilatarse y extenderse tranquilas, majestuosas y serenas cortando á lo lejos el azul del cielo y nivelando la lejana margen donde ni la palma se alza, ni el corpulento cedro crece, como si temiesen mostrar su pequeñez de tu grandeza al lado! Miro tus aguas limpias y tersas, espejo sin fin donde el sol su faz para aderezar sus cabellos se contempla, donde las nubes para acicalar los ondulosos pliegues de su manto se detienen, donde el risueño celaje estudia sus tintas, formas y colores, y donde desde la blanca luna hasta la mas imperceptible estrella se miran, se deleitan y extasían, porque solo tú sus destellos á copiar alcanzas! Que inmenso don á tus cris-

tales generoso concedió el Eterno! Ora tus aguas cuál lámina infinita de pulido acero se extienden y apacibles, mudas é invisibles corren; ora con los cielos te confundes y el cielo en tus entrañas retratando, cuando la débil nave por tus lomos surca, ave semeja de blancas alas en la mitad del infinito suspendida!; ora del iris los múltiples colores en tus ondas desatando, inmenso campo de cristal pareces donde el rayo de luz se multiplica, serpentea y quiebra y donde la misma oscuridad, vida y color en el filo de tus olas halla! Portento de la creación!; por donde quiera que tus brazos extiendes, la fecundidad derramas; por do quiera que tú discurrees, facil camino y segura guía al hombre ofreces; por do quiera que te muestras, los tímidos arroyos y los robustos ríos á tu imperio se rinden y por su señor te aclaman!

En el rio de la Plata.... á de.. 1 ...

Poder y majestad!, del corderillo la apacible mansedumbre y del irritado león la cólera indomable, todo se reune en tí ¡oh piélagos inmenso que de Dios la fuerza inagotable en el rumor de tus olas ensalzas y ponderas! De la procelosa mar, rival afortunado, tú su grandeza desafias y su furor con tu furor detienes; mas tus aguas, benditas del Señor, dulces y puras no por la sal de su maldición se amargan nunca! Te he visto sumiso dormir tranquilo por el canto infantil de las brisas arrullado; he visto como alegres rapazuelas, jugar por las extensas playas correteando tus ondas de una en otra ruta, ya volviendo precipitadas, una sobre la otra á saltos ganando la carrera, escalando las desnudas rocas, remontándose cansadas sobre la mullida arena ó empapando traviesas de la barranca la ceñuda

frente! Te he visto en despiadada lucha con el huracán pelear airado, tus gigantes olas á sus furores oponiendo, cual corceles avezados que al clamor de la feroz batalla orgullosos para arrollar al enemigo se yergen, enfurecen y sin temor se lanzan! Te he visto con la negra tormenta medir tus brazos, al oscuro cielo desafiar altivo, tus olas levantando por el rencor preñadas subir al infinito en inmensa mole convertidas, mostrándole á tus piés la hambrienta boca del oculto abismo! Y te he visto después buscando dónde tus incontenidas iras saciar, desde el antro oscuro del remoto horizonte las lecciones de tus olas, de blanco plumaje ceñida la cabeza, desprender ciegas y airadas, con los gritos de tus labios su furor estimulando, unas en pos de otras llegar en rápida carrera, la dura roca acometer resueltas, retroceder deshechas y luego furiosas al asalto volver hasta derribar la alta cima y las riberas descuajar hundiéndolas bajo tu profundo seno! ¿Que es junto á tí todo el poder del hombre? La potente nave, menos firme que la hoja que tu corriente arrastra, ora por tus inmensos dominios compasiva la dejas cruzar, como avecilla que sus alas sobre tus cristales tiende; ora irritada, cuando la tempestad tu furor despierta, sacudirla sin piedad sobre tu lecho, alzarla al infinito, caprichosa jugar con ella, hundirla en tus entrañas y luego arrojar á la orilla su esqueleto, cual despreciable despojo que no puede merecer guardarlo tu grandeza! Solo á la majestad del Señor tu poder cede, y cuando su planta sobre tu pecho asienta, te aquietas, te humillas y te rindes, é inmóvil sus pasos sobre tu cristal sustentas!

..... De esta suerte seguían los demas apuntes de su Señoría.

Pero mientras el Señor Provisor espantaba sus penas con estas literaturas y el señor D. Felipe buscaba solícitamente playa apropiada donde desbalijarse de su prisionero, ¿por qué caminos andaban las cosas de la ilustre villa á la cual la ausencia del señor Gobernador le daba un buen rato de respiro?

Eso lo verá el lector si aun le quedase un poco de coraje para acometer la lectura de lo que adelante viene.





PARTE TERCERA

POLITICA FEMENIL

I

En donde se verá cuanto conviene á los pobrecitos hijos de Adán vivir en amorosa paz con las inhumanas hijas de Eva.

Mui quietos y haciéndose los muertos permanecieron los partidarios de su Ilustrísima después que su Excelencia abandonó la villa que tan llena de zozobras bajo el peso de su autoridad viviera. Sospechando que el viaje del señor Gobernador otra cosa no fuese que una red tendida para dar pronta caza á sus enemigos, descubriendo sus intenciones que sin duda habían de mostrarse desenfadadamente en su ausencia, y á la tiranía habituados por la humillación que el temor engendra y el paso del tiempo robustece, todos cuantos ilustres varones en la villa quedaron ni guiñaban ojo ni daban señal de vida,

lamentando, por todo hacer, con acongojadas razones la suerte del prisionero prelado, pero sin animarse á sacar fuerzas de flaqueza ni atreverse á mover cisco para salvar á tan alta dignidad y libertar de tan ruda tiranía á la atemorizada gente.

Así andaban las cosas, y por la cara que llevaban parecía que jamás mejores vientos cara mas alegre les pusiera; mas, ¡oh venturosa y nunca sospechada suerte!; una cierta mañana madrugaron grandes y chicos guapeando lindamente, mostrándose mui animosos y decididos á empuñar vida y hacienda, tanto en bien del prelado cuanto en defensa de los comunes fueros, tan vilipendiados por el Señor Gobernador. Cuando su Ilustrísima escuchó el prodigio, atribuyó tan inesperado cambio á manifiesto milagro del justo cielo, que tantas maravillas con su poder opera.

Un grave historiador al llegar á este punto, esplicando el suceso, dice que mientras el Gobernador se andaba buscando donde echar al Provisor, «habían tomado en Asunción mui diferente semblante las cosas, habiéndose inclinado al Obispo muchas personas principales, á lo cual influyeron no poco los ruegos y lágrimas de sus consortes que movidas de la piedad compasiva, propia del sexo, les habían inducido á que favoreciesen la causa de la Iglesia y al prelado perseguido.» Otro historiador, no menos grave, afirma de su parte que «las mujeres, sexo compasivo y devoto, compadecidas de las vejaciones del Ilustrísimo príncipe, inspiraron á sus consortes afectos de consideración con su prelado y aliento para prender al Teniente por contumaz á los preceptos de la Iglesia,

transgresor de la inmunidad eclesiástica y alborotador de la república».

En muy discreta medida y términos, cual conviene á toda bien proporcionada historia, esplican dichos autores las causas que sacaron de su habitual poltroneria y sus viejas casillas á los ilustres varones que, de buenas á primeras y aunque á larga distancia, empezaron á parar las tiasas al Gobernador ausente. Pero, lo que los historiadores prudentemente callan y lo que nuestro cronista en mucho sigilo dice, es que viendo las damas, y tambien las que á tanto no alcanzaban, tan desmazelados á sus maridos y adoradores, faltando razones que decisión les diera, coraje les prestara y de firme resolución los animase, armáronles grandes disputas, las disputas hicieron llegar presto el enojo, el enojo sacó á blandir las armas aguzadas de la lengua, la lengua se soltó por una y otra parte pinchando fuerte, y mostrándose en la reñida lid flojos disparos los de las palabras flacas salieron en el ataque las mui gordas, con cuyo motivo quedó rota la benigna tregua que después de concluida la dulce luna de miel, las codiciadas amarguras de la vida conyugal mantiene.

Abiertas las hostilidades, las damas regaron sus juramentos con abundantes y gritonas lágrimas y los hombres virtieron protestas y chiripitas á balde lleno. Aquellas, que iban de vencida, considerando que cuando estos gallean fuerte no hay otro medio de bajarles la cresta que dejarlos solos en el pajar, cerrándoles las puertas del tierno afecto y de los blandos halagos, llevadas del amor á su prelado y arrebatadas por las iras que en la conyugal pendencia iban creciendo, no encontraron otro medio

de rendir y someter á tan resistentes enemigos que castigándolos con la del desdén rudísima tortura. Y así, primero una, después otra, luego muchas, poniéndose á la postre todas de concierto, resolvieron y acordaron negar á la rebelde prole de Adán todos los dones, gracias, caricias y favores con que las hijas de Eva le regala y le contenta. Dice en este punto el cronista que algunas recientes consortes pusieron el grito en el cielo contra semejante pacto, alegando por un lado el amor que á sus esposos consagraban y la sumisión á que la santa doctrina las obligaba á ellos, callando por el otro otras razones de no menor autoridad y peso; pero, la verdad es que después de no pocas pláticas y altercadillos, concluyeron todas por formar en las desapiadadas filas de tan aterradora conjuración.

Aquí es donde el cronista, al parecer como sentido y agraviado, aun cuando no confiesa si el era casado ó soltero, tomando voz por los de la oprimida prole se lamenta, desahoga y traduce sus penas en frases que aun cuando el tiempo ha casi aventado del todo de las páginas del manuscrito, aun se puede interpretar que decían algo así por este estilo: ¡Oh crueles é inhumanas adoradas enemigas nuestras! Con cuanta dureza y rigor, cuanto desvío y empedernido pecho nuestro rendido amor y perpetua esclavitud premiais y correspondeis ! Asi vuestras dulces sonrisas nos negais, vuestro iluminador mirár nos escondéis, vuestras blandas caricias en injuria tornais, vuestros halagos en rudo ultraje convertis y vuestro amor en negra saña y hondo rencor trocáis! Mas frias que la nieve que en la alta cima al tibio beso del enamorado Apolo se derrite y cede; mas duras que la firme roca, que el resuello del vol-

cán rompe y ablanda; mas crueles que la tigre feroz que sus cachorros guarda y á su señudo compañero sumisa sigue, nuestro ardiente amor con mano de hielo acogeis, nuestro humilde rendimiento con altiva soberbia rechazais y nuestras amarteladas ternuras con espinas de desdén clavais!

¡ Oh vosotras, damas gloriosas de la gloriosa Atenas y de la valiente Beocia! oh Lisístrata, oh Lámpido, oh Mirrina! cuanto mas justas, compasivas y tiernas en concierto igual á vuestros acongojados esposos os mostrasteis, pues vosotras negábaisles vuestros halagos, no la amarga guerra sino la dulce paz buscando y persiguiendo! Mas, oh, vosotras crueles damas de ibérica stirpe y castellana cuna! no vuestra tiranía encaminarnos á la paz pretende sino antes bien por extraño afán alborotadas, la guerra que encendamos pretendéis y en reñida lid envuelto el sumiso amante, el cariñoso esposo y el amartelado pecho en horrendo sacrificio se ofrezcan y en la pira de la guerra caigan y concluyan! ¿Porqué así del Hacedor contra la severa ley y alto designio os alzais y rebelais, ruda contienda entre sus criaturas abriendo y sustentando? Del seno del primer varón arrancando la primer costilla labró el Eterno vuestra incomparable forma para anudar mas firmemente de vuestra vida los lazos á la vida nuestra; de nuestro hueso y carne fabricadas ¿porqué así contra vuestra carne y vuestros propios huesos alevos os levantais y traidoras ofendeis? Quiera el justo cielo vuestro extraviado pensamiento iluminar benigno y luego al punto, á devolver la arrebatada dicha del corazón que os adora amorosas y dóciles corrais, con encendidas lágrimas y sabrosos besos vuestra inhumadidad en contento y dulce halago convirtiendo!

Por el color de esta sentida deprecación podrá venir el lector en la cuenta y grado de la pena, tribulación, y apuro en que aquellas crueles señoras pusieron á los desventurados caballeros, induciéndoles á armar pendencia al Señor D. Felipe y salir á defender los fueros de la Santa Iglesia y las inmunidades del Señor Obispo, á riesgo de quedarse cantando tristes á la luna. Segun refiere el memorial de mi amigo el historiador futuro, después del inaudito alzamiento de las ilustres damas, dice que los defraudados esposos audaban encendidos en cólera y grande enojo por el despojo que de sus derechos y legitima autoridad se les había hecho, no encontrando, por desgracia suya, alcalde alguno ante quien interponer los interdictos de retener y recobrar que anhelaban deducir y que de derecho les correspondía, la cual falta de alcalde aumentaba más su furia y desconcierto. En cuanto á los enamorados galanes, careciendo de derechos *in re* que alegar, por falta de títulos de dominio, dice que todos andaban alicaídos y con la cabeza gacha, no vislumbrando otra tabla de salvación en el mar de las desdichas en que se ahogaban, que la del santo sacramento del matrimonio, lo cual tampoco acertaba á sacarlos del mal paso, pues aquellas empedernidas mozas habian acordado mantenerse solteras hasta tanto sus prometidos y cortejadores no echasen abajo al Señor Gobernador, por cuya causa los inocentes hombres sufrían tamaña calamidad y mal.

Viendo, pues, los caballeros hijos de Adán que las señoras hijas de Eva ni á su enojo ni á sus ruegos se rendían y reconociendo por lo sentido y por lo pasado, y confesando á boca llena que es empresa ajena y de imposibilidad absoluta á los varoniles pechos vivir en guerra y total separación con el dulcísimo tirano que Dios para su bien y su

tormento le diera, acordaron buscar decorosos medios de avenencia, los que trayendo la paz en las lides del matrimonio, armasen la guerra contra el fementido D. Felipe, que si tan mal los había dejado al partir, peor con su ausencia los había puesto. Con este humanitario fin buscáronse composiciones, las cuales llegaron á felice término bajo las mui liberales condiciones á favor de los hombres de que se dá noticia en la estancia que sigue.





II

**Una sesión memorable en la Cámara del abanico,
en la cual varias costillas de Adán hacen la so-
lemne declaración de los derechos del hombre.**

Resuelto que hubieron los acongojados esposos y abatidos galanes buscar modos y medios que á la suspirada paz los condujera, y acogidas por las damas las negociaciones propuestas para alcanzar tan apetecido fin, acordaron unos y otras ver de concertarse, mediante las condiciones que aquellas fijarían, para lo cual convínose en que algunas damas de mucho verbo darían audiencia á algunos caballeros de buena labia, quienes adelantarían voz por los suyos. Reunidos todos con grande cautela y sigilo, por que el caso era por muchas causas grave, espinoso y de secreto, dióse solemne comienzo á negocio tan delicado. Seis eran las damas encargadas de poner las peras á buen precio á la masculina gente, contándose entre ellas la discreta D^a Susana y la impetuosa D^a Mónica, y cuatro eran los caballeros á quienes se encomendara la defensa de los fueros y derechos de los suyos. Venían entre estos, como personas de peso, valimiento y empresa, el Señor Don Plácido, tenido en grande estima como

hombre acaudalado que era, y el capitán Don Sisenando, que había trabajado mucho para merecer el honor de formar parte de la embajada.

Colocadas estratégicamente las damas sobre la vasta tarima que en la sala de la sesión había, y situados los oprimidos varones á respetuosa distancia al pié de esta, dióse comienzo al negociado, de esta suerte:

—Bien sabeis ilustres caballeros, dijo D^a Susana soltando la palabra como miembro informante de la Comision de de guerra y justicia; bien sabeis, ilustres caballeros, el desconcierto, desazón y pena en que por causa del mal gobernante que el cielo nos diera, viven, por desventura nuestra, los matrimoniales consorcios, y bien conoceis la esquivez y desdenes con que las púdicas doncellas el amor de las donceles paga. Por el ciego enojo arrebatados, que en los varoniles pechos facil brota y en ofendientes palabras se derrama, á nosotras culpais del desamor y alejamiento con que esposas y doncellas os mirán y tratan. Pero si vuestra ira dominando y vuestra altivez rindiendo, de la mente al moderado juicio dais oida, bien os persuadireis que el mal que vuestro orgullo irrita y tantas quejas á vuestro labio arranca, causa sobrada tiene en vuestra propia dejadez y adormecido brío. De la honesta esposa y la castísima doncella el honor por la perversa tiranía profanar indiferentes veis; de la Iglesia los sagrados fueros, de la santa fé la autoridad y lustre, acorbadados vilipendiar dejais, y de la república el comun derecho, el orden y la paz atropellados, resignados y con ánimo decaido desamparais. Pues vuestros pechos el general interés y el vuestro propio defender no supieron ni intentaron, el abandonado puesto ocupar anhelamos, por el fuego de la

fé guiadas, por nuestra propia honra requeridas y por el bien comun estimuladas. Las paces buskais, los lazos anhelando anudar del amor que se rompieron, y nuestros suaves halagos apeteciendo, no á vuestros justos votos muralla opondremos ni mas vuestras penas dilatará nuestro templado enojo; mas, para que tanta dicha devuelta os sea y la paz el amor reanude, forzosa condición os imponemos de levantar vuestro ánimo decaido, dando vigor de vuestros brazos á la dormida fortaleza, despertando el valor en vuestros enhiestos corazones y con ánimo esforzado con la tiranía acabar que nos humilla y nos oprime!

Mudos y silenciosos permanecieron los voceros de la masculina especie, no encontrando como deshacer las razones con que la dama los había pintado en su discurso. D^a. Mónica, á quien se le quemaba la lengua con el fuego del entusiasmo y el apetito de echar su cuarto á espadas, notando el silencio de aquellos, cogiendo la palabra por su cuenta, dijo: Compasivas por demás y no tan firmes cual debieran vuestras palabras ¡oh discreta Señora! fueron, pues la flaqueza, poquedad de ánimo y sumisión y esclavitud de los que caballeros se dicen, que en esta villa moran, mucho menos que las delicadas flores y mui pocas espinas con que les habeis regalado merecen. Vióse jamás en los hidalgos pechos mayor holganza y cobardía, mayor debilidad y abatimiento, mayor humillación y servidumbre? Esposas, hijas, indefensas doncellas, vemos por do quier pasto del cruel tirano y su liviana cohorte siendo; el Santo prelado y la sacra Iglesia por ellos ultrajados y abatidos! No vuestro trémulo é inseguro brazo! el nuestro por la fé animado los fueros defenderá de la indefensa mujer y de la indefensa Iglesia, pues cupo á la mujer cuando los hombres mas que las hem-

bras débiles se muestran, la tiranía vencer y al oprimido pueblo esforzadas libertar. Judith, la celestial Judith nuestra antorcha sea y cual aquella varonil señora, quien quier de nosotras la empresa de vencer la tiranía acoja y acabando con tan duro yugo, la ventura del abatido pueblo libre!

—Vuesa merced, señora, habla con inspirado labio, dijo el capitán D. Sisenando mirando dulcemente á la oradora, la cual le devolvió el aplauso con mucho donaire y miramiento.

—Si hemos de hacer lo de Judith, dijo una dama, para eso aquí estoi yo que á nadie en hacello iría en zaga.

—No se trata de tamaña empresa, agregó otra; al fin y al cabo el pobre Gobernador....

—Jesus!, interrumpió una tercera; ¿con que quiere todavía vuesa merced dejarle con vida?....

—Eso no! eso no!, agregó una cuarta; que las pague el mui pícaro en una sola las muchas que nos ha venido haciendo.

—Por Maria Santísima!, añadió una quinta; á mi no me cuadra nada donde se vierte sangre; el quinto, Señoras; por Dios no hay que olvidar el quinto!

—San Antonio nos ampare!, cálmense vuestas mercedes, dijo D. Susana; no parece sino que fuéramos hombres que hablamos mucho y no logramos entendernos.

—Señoras, dijo por fin el capitán que reventaba por mostrar su labia y su bravura; Señoras; no es menester ni nosotros jamás toleraremos que vuestras blancas y delicadas manos, de nieve y de rosa fabricadas, y vuestras angelicales y débiles personas, de hojas de flor y de suspiros de querub formadas, en los pavorosos riesgos de la reñida lid ó en singular pelea se comprometan y expongan y la preciosa

vida á rendirse en manos de la traidora muerte vaya! Aquí estoy yo, ó para mejor decir, aquí estamos nosotros que dóciles á vuestra voluntad y alto propósito, en campal batalla ó en personal contienda, con mortífero arcabuz ó punzadora espada, nuestros valerosos pechos y nuestros pujantes brazos hemos de oponer bizarros, del tirano persiguiendo el vencimiento y vuestra honra y alto prez defendiendo y amparando. Venga la adusta muerte y nuestro aliento hiele y con nuestra vida impasible acabe!; dulce muerte aquella será que como ofrenda en aras de vuestro amor se ofrezca! Aquí estoy yo, aquí estamos nosotros, allí están todos cuantos vuestros halagos buscan y apetecen, pues todos cuantos la amorosa paz buscamos, por vuestro contento y dicha gustosos la vida rendiremos!

Bien fatigado y sobrado satisfecho quedó el valiente orador con su incomparable discurso viendo que los restantes voceros de la causa masculina apoyaron ardorosamente la solemne declaración que acababa de hacer en tan elocuentes términos; no obstante lo completo de la plática, el orador habíase dejado olvidada la condición substancial mediante la cual marcharían sin miedo á desafiar la muerte y acabar con el tirano; pero, uno de los circunstantes, mui entendido en pactos y convenios, llenó lo que faltaba expresando que con todo se avendrían siempre que cesaran sin mas dilación las hostilidades conjugales, demandando se hiciesen las paces sin demora, pues al punto que llegaban las cosas era de desesperar · esparar al malhadado Gobernador.

—Injusto rehusar sería favor que con tantas veras se demanda, dijo una dama joven; pero, pues la gracia ha de acordarse sea bajo afuciada condición de que de aquí

para en adelante han de mostrarse los esposos sumisos, acuciosos, y dóciles en cabal y entera medida para con sus consortes. Y esto apunto porque me sé que maridos hay de tan recio genio y tan arisco talante que las pobres consortes viven á su lado con el ¡Jesus! en la boca; nada en esto con el mío dichosamento reza, que es hoja de malva y flor de violeta por lo templado y lo suave.

—Grande razón á vuesa merced asiste, agregó una segunda; pero, para llegar á tal acordamiento ha de ser también bajo firme promesa de que los esposos solo han de poner los ojos, voluntad y afecto en su amorosa consorte, como lo manda nuestra madre la santa Iglesia, y han de evitar de poner sus intenciones en tantas damas cuantas sus ojos miran, lo cual á mas de ser gran pecado, es cosa que la esposa tolerar no debe en defensión de su honra, pues tal traición la aborrecencia engendra; y esto digo en bien de muchas traicionadas esposas, que en cuanto á mí ¡Dios sea loado!, mi marido, la fidelidad en forma de varon caminando!

—Sobrado juicio han vuestras mercedes en lo dicho demostrado, añadió una tercera; pero ha de ser también bajo afuciada condición de que los esposos han de cuidar de su tiempo como preciado tesoro, saliendo de casa á sus solas y mui precisas obligaciones, tornando á ella cuando mui tarde al Ave Maria, pues tengo oído que algunos aduendados trastruecan las santas horas del día y á anocharles y recogerse llegan recién después que los gallos cantau. Por mi fé, que en esto á mi bendito esposo la hora de las ánimas le sabe siempre á media noche!

—En todo lo dicho vengo yo, prosiguió la cuarta; pero ha de ser también poniendo á Dios por testigo de

que nuestros amados consortes no han de levantar la voz mas de lo preciso para dejarse oír de su cariñosa esposa, pues por muchas sé que hay quienes adulean y gritan cual públicos pregoneros, escapándoseles muchas palabras de grande peso y mucho filo con las cuales hieren y acuitan á la indifensa consorte. San Antonio me lo mantenga! que mi esposo de ejemplar puede lucir por lo breve, medido y dulce de sus palabras y discursos.

— Nunca tan altas razones conocí ni tanta cordura encontré, dijo solemnemente D. Mónica, como las que vuestras palabras demuestran y por ello á ellas mi voluntad acomodo, señalando solo que habeis dejado olvidada otra no menos precisa y mui rigurosa condición y juramento, mediante la cual el amor y el obedecimiento del hombre á la esposa se acreditan, redundando en honra suya y contento de ésta; y ésta postrera condición es que el esposo ha de satisfacer acuradamente á la esposa en todos sus gustos, pensamientos y deseos, ora ofreciéndola las joyas y adornos que ella apetezca; ora regalándola el gusto con lo que su gusto satisfaga; ora buscándola gratos divertimientos, ya en fiestas, en paseos y alegres jornadas, pues mui discretas damas afirman con llanto en los ojos y jemidos en el pecho que hay en el mundo tales monstruos, que el nombre de maridos llevan, que niegan á quien su dicha y contento labra, ya lo uno, ya lo otro, mostrándose aferruzados á las palabras de la esposa, aduciendo para negallo las mas ladinas razones y la mas rudas palabras. En esto á nadie mis palabras ofendan y menos aun á quien como mi esposo acuciosamente ha de acreditar su rendido amor con sus delicados presentes.

— Con harto tino y experiencia mucha han vuestras mer-

cedes discurrido, dijo D^a Susana procurando ocultar la burlona sonrisa que en su labios resbalaba; para lo que al femenino sexo es debido, nada de vuestros amados consortes pedis ni demandais; y así, presten ellos palabra de obediencia á las condiciones que habeis puesto, pues les queda en cambio de la libertad el derecho augusto en absoluto.

No bien hubo oído esta liberalísima declaración, Don Plácido todo angustiado dijo al oído á su vecino:—Pero si tales condiciones ponen, donde encuentra vuesa merced la libertad que nos dejan?

— Nada tema vuesa merced, contestó el interpelado que tenía trazas de achacadizo y mui entendido en las conyugales lides; nada tema su merced, que una cosa es el decillo, otra cosa el aceptallo, pero otra mui distinta cosa el hacello.

— Con atento ánimo y complacencia extrema escuchado hubimos todo cuanto vuestros discretos labios dijeron y adujeron, dijo D. Sisenando llevando la palabra por los suyos; justas, atinadas y ciertas; jenerosas, magnánimas y nobles encontramos las condiciones que para la perenne dicha del matrimonial consorcio prolijas fijasteis; á vuestra discreción reconocida y á vuestra longanimidad acreditada, humilde tributo rendimos y vuestras leyes gustosos aceptamos!

— Santo Cielo!, dijo otro de los circumstantes á su vecino; con que ellas se lo llevan todo y todavía el capitán se lo agradece!

— En esto razón le sobra, repuso el otro; con él nada de lo pactado reza, pues, aun es el capitán buey suelto.

Terminado el concierto con la jura del código conyugal

dictado por las generosas damas, los ilustres voceros encamináronse á presentar la cuenta de su encargo á los desolados maridos, galanes y abarraganados, que ansiosos su vuelta esperaban. Relatado lo conferido y resuelto por las damas, apenas los numerosos circunstantes escucharon las cláusulas impuestas, se levantó grande murmullo de ira entre todos, saliendo súbito de en medio de él una voz que llena de desolación exclamó acongojada:

— Mal aconsejados y flacos caballeros!, habeis nuestra libertad vendido por un plato de lentejas!

— Al plato me atengo yo!, repuso otro, pués si eso también se llevan, sin el pan y sin las tortas las tales nos dejan!

—Injusto y desapiadado Dios!, agregó finalmente un tercero alzando las manos al cielo: cuan grande mal nos hicisteis á los desventurados hombres concediendo el dón de la palabra á las mujeres!





III

Otra sesión en la Cámara de la cogulla, en la cual los latines sobran y las buenas obras faltan. (1)

Muy sigilosa había sido la sesión que referida queda y en grande reserva habíanse propuesto guardarla todos cuantos tan grave negocio trataron y resolución tan extrema acometer prometieron; mas, como secreto de tres, de todos es, y en la ocasión presente tantos eran los sabedores del misterio, bien luego llegó á los oídos de los clérigos y parciales del ausente Gobernador lo tratado y resuelto. No bien oliscaron lo que había en tan reservado concierto, ellos también quisieron ponerse en facha y tender redes para desbaratar á cuantos la conjura meditaban, con cuyo intento reuniéronse en concilio con gran cautela y diligencia, mucha decisión y ánimo empeñoso. Era el lugar del concilio la estrecha sacristía del convento de franciscanos; colocáronse los frailes á la derecha mano, como señores de la casa, y ocuparon los clérigos la iz-

(1) Prevenimos al lector que los conceptos latinos que en el presente capítulo se encuentran, se hallan vertidos al español en el diálogo mismo; solo no lo han sido algunos términos y locuciones que, atenta su claridad, son de bien fácil comprensión.

quierda, como huéspedes de ella. Después de dogmática discusión acerca de la preeminencia y rango de los unos respecto de los otros, el arcipreste, que era muy dado á cosas de política y gobierno y gran partidario del Gobernador, alzando bandera por este, con voz grave y religioso acento dijo:

—*Benedicite Sacerdotes Domini Domino: benedicite servi Domini Domino!* (1). Luego prosiguió, la adusta mirada paseando por sobretodos: Sordo rumor, que cual de tormenta aciaga que en el confín del horizonte hierve, á nuestros oídos llega y con secreta lengua alevos maquinaciones nos revela que contra el augusto Gobernador que nos gobierna la baja ambición prepara y fragua. No de nosotros la floja dejadez ni el temor cobarde tales intentos acoja ni tolere que del deber la ley severa á la defensa del ausente gobernante inflexible nos empuja, de firme fidelidad la prueba dando, pues bien sabeis que la fidelidad en la sacra religión se basa y se sustenta; *constrigitur religione fides!* A su socorro y ayuda, á su sostén y apoyo nuestra voluntad celosa se encamine y nuestros acertados pensamientos, de la astucia y la traición las alevos intenciones debarate y aniquile ...

—*Nullá conditione!*, interrumpió súbitamente el padre Francisco Ocampo á quien le escocía el deseo de acaudillar al respetable auditorio; *nullá conditione!*, la fidelidad nuestra voluntad obliga el fuero á defender de aquel por quien ha de la conjura alzarse; *quis est ille?*, la más excelsa eminencia en la grey cristiana: nuestro Ilustrísimo

(1) Bendecid al Señor Sacerdotes del Señor: siervos del Señor, bendecid al Señor.

y reverendísimo prelado, *secundus á rege*; el segundo después del Rey entre los príncipes de la tierra.

—*Sicut ego æstimo*, terció el guardián; pero para aclarar, distingamos; dos extremos vuestras proposiciones contienen y vuestras reverencias asientan. Ponémosnos de parte de su Excelencia el señor Gobernador, ó de parte de su Ilustrísima nos colocamos? Solucionando: colijo *in mente* que con el uno por razón de la autoridad y con el otro por obligación de la órden, debemos mantenernos *in medio*.

—*Quid istud sibi vult?* Pues, qué quiere decir esto?, replicó el arcipreste medio avinagrado; ¿hay por ventura quien entre los dos se ponga y que de tal suerte en dos mitades su voluntad divida y parta?

—*Neque adeó*, contestó el padre Francisco conteniendo su entusiasmo; la órden y reverencia, sumisión y obediencia que á su Ilustrísima debemos á ampararle nos conjura, y el común interés de la Iglesia y de la grey á ello nos obliga si se tiene en cuenta que el señor Gobernador, hablando sin daño suyo, otra cosa no es que *adulta pestis reipublicæ!*

—Por lo que su reverencia dice, dijo el arcipreste picado, muestra que el hábito que lleva le lleva en pos de su Ilustrísima, ese traculento enemigo nuestro.

—*Quidquid!*, repuso el aludido, tras del señor Gobernador se vá su señoría á pesar del hábito sacerdotal que viste!

—*Audite! audite!..*

—*Audio! audio!...*

—*Calma! calma!*, dijo el guardián; calmen el ánimo vuestras reverencias, que cada cual puede ir por su lado

yendo en buenas paces; pero, distingamos, distingamos . . .

—*Cujusdammodi*, interrumpió el arcipreste conteniendo su enojo; lo que yo veo es *dexter oculos*, y ¡pásmome de ello!, es encontraros á vosotros los padres franciscanos, que tan cercanas amistades con su Excelencia hacíais, tan del todo mudados que en buena razón eso se llama, *deditionem facere ad hostem*; en las manos habeis caído de nuestro común enemigo!

—*Haud muto factum*, contestó el guardián; si bien lo mira vuestra señoría, bien verá, *dexter oculos*, que no hay mutación *in substantia*, por cuanto lo que hacemos otra obra no es que amparar á su Ilustrísima, dejando en libertad al señor Gobernador.

—*Intendo*, nada haceis en verdad desamparando á quien antes celosos amparasteis! Vuestra fidelidad del alevé apóstol la traición semeja!

—Su señoría el ánimo aquiete, y distingamos, distingamos; *quoniam*, el apóstol traicionó al Maestro, nosotros desamparamos al señor Gobernador, defendiendo vuestra señoría á este enemigo de la Iglesia, interrogo: *¿ubi est Judas?*

—Mire vuestra reverencia, señor reverendo, que...

—*Pax sit rebus! pax sit rebus!*, exclamó terciando un viejo mercenario, conteniendo á los combatientes; lo que nos ha movido y nos lleva á seguir al santo Obispo, es que *dexter oculos* y con toda caridad, mirado el señor Gobernador como persona humana, apartado de la divina ley, es hombre *abdomini natus*, y por tanto, escandalizador de la católica grey; y visto como príncipe, el gobierno de su Excelencia des gobierna la república y donde el

buen gobierno falta el pueblo se desmorona y cae, como dijo el sabio en el proverbio: *ubi non est gubernatur, populus corrue!*

—Calumnia! calumnia!, gritaron varios clérigos á la vez levantándose de sus asientos con grande alteración y exclamando furiosamente: ¡Viva el señor Gobernador! ¡que viva el señor Gobernador!

—Calma hermanos!, haya calma, dijo el mercenario tratando de aplacar los ánimos; para todos ha de haber razón, Dios mediante, si llegamos á entendernos. Todo está en que vosotros no desconozcais que el señor Gobernador resbaló en la iniquidad y el pecado sembrando la semilla del mal con sus hechos, dichos, palabras, acciones y omisiones, seduciendo á muchos y labrando su propia condenación y ruina, pues, *qui seminat iniquitatem, metet mala!*

—*In pace! in pace!*, volvió á decir el guardián; distingamos, distingamos; en paz y con claro entendimiento habemos de confesar que el señor Gobernador ofendió la sagrada persona del señor Obispo; la cristiana grey anda espantada de este sacrilegio y por muchas otras pecaminosas acciones; mal contenta como está, se alzar^á *in fine* y alzándose echará abajo al señor Gobernador, y con él caerán los que le siguieren; *ergo*, la buena razón y la obediencia de la órden aconseja ponerse del lado por el cual haya de quedar cada cual en pié en ésta vida y en la otra.

—¡Oh inconstante y flaca humanidad! cuán mutable y fragil en tus afectos y en tus intentos eres!, exclamó el arcipreste con tono profético y ánimo exaltado. Como os ví y cual os encuentro! Ayer con blandas palabras el oído

regalabais y las faltas compartíais con aquel á quien ahora con hurraños ojos y con acerva lengua veis y condenais. Al temor el ánimo rindiendo, al bajo interés cabida dando, en pos del soñado vencimiento desde ahora precipitados correis, anhelosos llegue el día en que á humillaros vayais ante el mismo á quien airados humillasteis! No quiera el cielo vuestro desleal intento acoger piadoso y antes bien en amarga desazón vuestras dulces esperanzas trueque! Os miro y me asombro admirando cuán diestra la humanidad es para engañarse á sí misma! *Mortalitas ad circumscribendum sese ipsam ingeniosa!*

—Mire su señoría, contestó el guardián, que todo cuanto dice iría muy bien si no fuese que ahora no cae á tiempo. Flaca la humanidad es, pues de fragil lodo fué formada; mutable en sus designios, siguiendo de la mente los consejos; mas, si cambiar sus intentos no pudiese, salir del error no alcanzara ni mejorar su condición consiguiera. Si antes al señor Gobernador con agasajo acogimos y sus faltas disculpamos, quiso la divina luz alumbrar nuestro oscurecido espíritu, haciéndonos ver con claridad de entendimiento el error pasado y enseñándonos el camino que habemos de seguir en lo venidero en servicio de nuestra santa católica religión y fé. Día vendrá en que la ruda impiedad acabe y humillados á los piés nos vea del mismo contra quien nuestras voces levantamos; pero, más alto mérito es humillarse con los mansos que partir despojos con los soberbios; *melius est humiliari cum mitibus, quam dividere spolia cum superbis!*

—*Sine controvertia!*, agregó el padre mercenario; *quid multa?*, tocó el Señor nuestros corazones y nos hizo ver que á quien reverenciábamos, de desvergüenza era ejem-

plo, *columen audacie*, y á quien en menosprecio teníamos, varón era de altísima prudencia, *vir magni concilii*. Si su señoría con sano juicio lo vé verá y palpará que el señor Gobernador causa de todas nuestras desgracias es, *ille coagulatum omnium ærumnarum*; pues él *alienus pacis*, encendió entre nosotros la discordia y puso como su señoría sabe que puso á su Ilustrísima.

—*Caninæ nuptiæ!*, exclamó el arcipreste desahogando su enojo; os andais por lo que se mira en perversos tratos con toda esa vil y menguada gente!

—Ni andamos ni venimos; esto viene de que mala obra su Excelencia labra en cosas de la santa fé y del gobierno, y si nadie reparo le pone, mala semilla ha de dejar, pues, cual se siembra tal se cosecha, *ut sementem fueris, ita metes*.

—Disimule su señoría, dijo en esto uno de los clérigos dirigiéndose al arcipreste; su señoría disimule que si como el reverendo guardián sustenta el señor Gobernador ha de venirse al suelo, á mí se me hace escrúpulo no seguir á su Ilustrísima, que al fin y al término va á quedar parado cual por su cargo merece.

—*Ego autem*, añadió otro de los clérigos; es caso de conciencia! es caso de conciencia!

—No del sentir de su reverencia soy, interrumpió nuestro conocido el frailecito Juan de Villadearla dejando asombrado al guardián por esta deserción; no de tal sentir soy, pues el señor Gobernador tiene grande poder y mucha fuerza y autoridad para acabar con quien quiera que contra él se levante; y así, al señor Gobernador me arrimo hasta ver más claro, *jure an injurie!*

—*Ego autem*, agregó otro de los frailes; no es llegado el caso de conciencia!

—*Fratres!*, exclamó el guardián con los ojos colorados de ira, ¿con que aun perseverais en el error, la iniquidad y el pecado!

--*Sacerdotes Domini!*, dijo á su turno el arcipreste lleno de coraje dirigiéndose á los clérigos; así abandonais á quien con tan regalado mimo os tratara y en sin igual cariño os tuviera!

—Atienda vuestra señoría.....

—*Audite, audite...!*

—Su reverencia escuche.... que....

—*Quod dicitur!*, *quod dicitur!*, dijeron todos á la vez interrumpiéndose los unos á los otros, y como buscando hacerse escuchar se levantasen de sus asientos y se aumentase la algazara de las palabras y la confusión de las voces, viendo el guardián que no era posible dominar el tumulto, subió sobre la tarima que en el medio de la sala estaba y con voz grave, extendiendo el brazo derecho sobre los concurrentes, dijo solemnemente: *Actum est!*





IV

Del sabroso coloquio que el señor Gobernador Cáceres y su escudero Ginés tuvieron, en el cual comprueban acabadamente que ninguno de los dos era hijo de su madre.

Mientras que en la villa de Asunción las damas y caballeros por una parte y los clérigos y frailes por otra, en concierto se ponían ó no atinaban á ponerse en él para acabar con el Gobernador que tan divididos y mal contentos á todos traía, el señor General D. Felipe había andado rumbeando por una y otra orilla del Rio de la Plata buscando acondicionado paraje en donde deshacerse pudiera de la peligrosa carga y persona del temible Provisor Segovia; mas, por mucho que una y otra márgen y senda registrase tentando endozar su prenda al Gobernador del Tucumán, hacía donde su intención principalmente apuntaba, imposible le fué encontrar acomodado paso que á su propósito avenirse pudiese.

Como por una parte el pavoroso fantasma del Gobernador D. Juan Ortiz de Zárate ni lejanamente se mostrase, y como por otra, punto donde arrojar al Provisor hubiese juzgando firmemente su autoridad apuntalada, resolvió D,

Felipe regresar á la remota villa, á la cual el oficio del gobierno le llamaba, y los pasados goces muy dulces venideras horas en la mente le pintaban.

Hecho el viaje y llegado que hubo á la naciente corte, la noticia de su arribo hizo estremecer á muchos de los apuestos caballeros que su palabra y fé en contra del tirano empeñaran, á la vez que llenó de gozo á los pocos parciales que aun le quedaban. El suspicaz Ginés, á cuyos abiertos y sutiles oídos la rebelión de las damas y la condición de las paces pactada con sus maridos llegara, á la par que la controversia entre clérigos y frailes reñidamente habida, aun cuando había sentido flaquear su ánimo dando por perdido á su Excelencia, faltándole un negro de uña para abandonar sus filas, en cuanto le llegó la nueva de su arribo al puerto y del nada menguado ejército que con él venía, cobró nuevos bríos, reanimándole el ostentamiento de la fuerza, que siempre á los mezquinos pechos seduce, envalentona y soberbece. Así, sin perder minuto y sin tomar resuello largóse á correr tendido hasta topar con su Excelencia, á quien en cuanto le tuvo delante tributóle grande homenaje y le ofreció noticiarle de cuanto en la villa durante su larga ausencia había acontecido. Muy gozoso quedó D. Felipe de la fidelidad de su escudero y como este para enaltecer su coraje y su lealtad grandes misterios de lo ocurrido hiciese, despertó tanta curiosidad en el receloso ánimo de aquel que llamándole á su camarín á solas, en secreta plática le ordenó que de cuanto en la villa había pasado, prolijo le impusiese. No se hizo repetir dos veces Ginés la orden de su señor, pues picábale la lengua por sacar á bailar todo cuanto á sus oídos llegara y todo cuanto sus ojos vieran;

puestos frente á frente, el uno ganoso de hablar y el otro ganosísimo de oír, entre uno y otro éstas razones se cambiaron:

—Grande advertimiento y sabiduría extremada, dijo Ginés, en encomendarme el sostén de su gobierno vuecelencia tuvo, pues si tal no hiciera seguro estoy que á la presente hora de él ni la más sutil astilla nos quedara. En ojos, olfato y orejas, como vuecelencia me ordenara, convertíme todo entero desde de esta alborotada villa saliera; en servicio de vuesa merced, todo cuanto mis ojos á mirar alcanzaron diligente y de cerca ví, sin perdonar ni plaza por el sol alumbrada ni rincón por la oscuridad cubierto; mis oídos á todos los rumores, díceres y palabras celoso abrí y todo lo escuché y entendí ó colegí, y de la previsión ó la sospecha, con el sutil olfato oliscando por aquí y acullá, los hilos de mil intrigas descubrí, mil secretos conocí y la debilidad del hombre á conocer llegué.

—Todo vá bien hasta aquí Ginés, dijo D. Felipe; mas, solo una cosa noto, y es que me vas dando mucha paja y grano que mascar no encuentro.

—Tenga vuecelencia calma, que grano que mascar á ningún gobernante falta y yo á vuesa merced he de darle en medida que á su apetito convenga.

—Pues, si eso es así, vamos al grano!

—Ha de saber vuecelencia en primer término que los clérigos y frailes, que la causa de vuesa merced justamente siguen, se reunieron pocos dias ha con ánimo al parecer de afirmar á vuecelencia en el tan alto cargo que en sus manos tiene; discurrieron mucho, hablaron grandemente y después del mucho hablar y no poco ergotizar no lo-

graron poner en buen punto sus pareceres, pues, su mucha habilidad y argucia hizo que no pudieran entenderse.

—No lo estraño Ginés, que siempre fué de eruditos, de teólogos y metafísicos el hablar sobradamente y el no entenderse nunca; justamente, es de ésta tan nada común cualidad que les viene su alto mérito y famoso renombre.

—Pues, si eso es así, los parciales de vuesa merced se pasan de metafísicos y sobrepasan de sabios, no habiendo cabeza que

—Te me sales otra vez del tiesto!, al grano, al grano, y dime que dijeron y que hicieron sus reverencias.

—Atienda vuesa merced, que por lo que yo sé debe de ser la cosa grave. Los frailes franciscanos pusieron de un lado y alegaron muchas razones contra vuecelencia; pero como la mitad se les fué en latines, á decir verdad, no me sé bien lo cierto que dijeron, pues quien me confirió lo hablado, que era uno de ellos, me lo dijo del propio modo.

—Famosas nuevas me das con tal noticia!; sepa yo al menos lo que los clérigos dijeron.

—En cuanto á ellos, á lo que también á llegar supe, dijeron al parecer mui grandes cosas defendiendo y ofendiendo á vuecelencia; mas, á punto cierto nada de lo dicho alcanzo, pues ellos á su vez soltaron sus razones en doble lengua, resultando de ahí tal enredijo que de cuanto á mí noticia hubo llegado nada de cabal sacar he conseguido. ¡En desventurada hora se le ocurrió al Creador del universo echarnos el latín al mundo, pues si con el solo castellano mui á gatas á entendernos llegamos, en saliendo á zumbiar los *quides*, nueve décimas de la humanidad se queda sorda!

—De manera que en buenas cuentas, por toda prenda me das una vana y dos vacías!

—Por mi ánima, señor Gobernador!, quiere las cosas vuesa merced más claras?; pues si hablaron en latín, de su peso se cae y bien limpio se vé que esa gente contra vuesa merced se poné y tras de los otros se vá!

—Mandria y desavisado que tú eres!; pues no encomendé á tu cuidado y celo que me guardases esa gente como reliquia sagrada, pues si ella se nos iba, en los cuernos del toro nos dejara? Bien me lo dije yo que para cosas políticas y que grande coraje demanden, tú dos años no vales. Al fin hijo de mujer que tal me la habías de hacer!; por tu cobardía bien se mira que muy hijo de tu madre eres!

—Eso sí que nól, repuso Ginés saliendo en defensa de su acreditada fama; más hijo de mi padre soy de lo que vuecelencia piensa; y para acreditarlo acabadamente y que vuesa merced sepa quien yo soy y que alma traigo en el cuerpo, ha de saber que mi padre, que fué un guapo arriero de mulas, tuvo seis hijos, todos varones muy cabales y sin pero que ponerles, y cuatro dieron y andan dando más que hacer á los Alguaciles y Alcaldes que todos los guapos de Castilla juntos; y en cuanto al quinto, tan no se paraba en chicas y tanto pro con las mozas tenía que le echaron á galeras porque no respetó ni el noveno!

—Pues, por tal falta de respeto y floja inclinación, gran malandrín, veras que tú y tus hermanos y toda tu parentela sois hijos netos de vuestra madre!

—Si es por ahí por donde la pinta se saca, mire vuecelencia que nadie más que vuesa merced hijo y muy hijo de mujer parece.

—¡Callaras menguado!, repuso el Gobernador picado; pues no ves que si tal inclinación me acompaña, eso de perillas á todo Gobernador por fuero cabe?; pues si tal afición no tuviera ¿con qué los tragos amargos del gobierno endulzar pudiera? De derecho para tener al pueblo contento, teniendo el ánimo alegre, tal inclinación me toca, que en cuanto á la pinta que tú dices, tan hijo soy de mi padre que has de saber que cinco hijos el bravo hombre tuvo, tres que la suerte de las armas bravamente seguimos y dos que en cuenta no se toman.

—Como que no se toman!

—Claro!, pues los tales hijos, sin el pensarlo ni quererlo le salieron hijas.

—Por ahí si que saco yo que vuecelencia tira más del lado de su señora madre!

—Ignorante y simple que tú eres! Pues no sabes simploté el proverbio no sé si moro ó judío, que todo dá lo mismo, que dice mui sabiamente que quince mujeres juntas, hacer no alcanzan la mitad de un varón soltero?

—Bien lo colijo!; por eso será que esos señores moros con tantas mancebas casan, buscando de hacer sin duda de tantas doncellas juntas una que por uno de nosotros valga! Pero eso será entre moros, que entre cristianos no reza.

—Como que no reza! Y que otra cosa las sabias leyes que nos gobiernan dicen? Pues sábeté, gran ignorante, que si tú tu heredad enajenar quisieres, ó testamento labrar, ó encomendar que alguna de ellas por tu derecho en juicio salga, ó en otra cosa de justicia ande, aun cuando todas las mujeres por haber y habidas afirmasen que tú vendes, que tú testas, que tú procura otorgas, de nada su dicho y testimonio valdría, por muy discretas que

ellas fuesen; mientras que si tú tales cosas delante de dos, tres ó más villanos haces, por bárbaros que sean, la justicia en grande estima y mucha verdad sus palabras tiene!

—Cuan grande cosa debemos ser, señor Gobernador, los hombres, cuando un hombrecito solo, por bárbaro que sea, vale más que todas las mujeres juntas, por discretas que fuesen!

--Pues!, y por ello veras que las tales ni medio grano de arena en el mundo pesan.

—Ojalá lo que vuecelencia dice, verdad consagrada fuera; mas ¡aí de mi! que si vuesa merced ha poco en ésta villa se hallara, por las que nos hicieron pasar, vuecelencia por sus ojos viera cuanto las tales en el mundo pesan.

—Veamos, y que fué ello.

—Que ha de ser!, y ahora voy á donde hubiera ya llegado si vuesa merced no mis palabras desviara. Pues ha de saber vuecelencia que poco después que vuesa merced hubo partido, armóse una de las más apenadoras y calamitosas conjuras de que en los pasados y venideros siglos haber pudiera; las tales contra sus esposos, galanes y amantes se alzaron, su amor y sus halagos á todos negando y defendiendo. Si vuecelencia probase que clase de alzamiento y calamidad es esa, ya vería si pesan ó no pesan las jamas en este mundo!

—Pues, y porqué tan anticristiano enojo?

—Porque había de ser sinó porque querían que todos cuantos varones esta villa habitamos, contra vuecelencia nos alzáramos, y como tan presto como ellas quisieran no lo hiciésemos, de ahí vino el crudo desdén y femenino tiranía; para que tanta calamidad acabara y el juicio á

cada cual volviese, á lo que yo me sé se hicieron las paces bajo trato de echar del gobierno á vuesa merced en cuanto á tiro le tuviesen.

—Grandísimas menguadas y follonas! Con que esas tenemos y tú te me andabas con otras razones que á tan apurado trance non vienen!

—Vuecelencia la prolijidad escuse; pero no se teje una red con un soplo. Enterado vuesa merced queda y por lo oído y lo dicho verá cuanta diligencia en su servicio puse, cuando lo que tales enemigos con tanta reserva guardan, descubrir he logrado para que mire lo que las tales le arman.

—Muy pobre cosa será el hijo de mi padre, dijo D. Felipe lleno de zozobra y de coraje, si con varones que tan facilmente á los halagos del amor se rinden en breve instante no acabo, y mala landre ha de llevarme si las damas que estos hilvanes hacen á rendirse á mis pies no vienen! Sígueme Ginés, y ponga yo el pie en la tierra que ya verás en bajando como tantos nudos con un solo golpe desato.

Y en diciendo esto desembarcóse, grande ostentación, mucho ruido y alboroto haciendo con la gente de armas que con él venía.





V

¡Agora veredes quien soy yo!

No bien su Excelencia hubo llegado á su morada, los pocos partidarios que aun le quedaban pintáronle con paleta más animada y viva que la muy pálida de Ginés cuanto en la villa había pasado en su ausencia y la trama que sus enemigos le venían urdiendo. Hiciéronle saber que su Ilustrísima, abandonando el encierro de su casa en la cual él le dejara, había sentado sus reales en el convento de mercenarios, anudando grandes amistades y haciendo gordas migas, tanto con los frailes de la orden cuanto con los franciscanos, que antes tan de su parte había tenido. Todo lo relacionado le puso en grande desconfianza y temor, y como el señor D. Felipe sobraba de precavido, para poner su persona á salvo hizo guardar su palacio por cincuenta soldados bajo el mando de un caudillo de mucho empuje. Dentro de casa la guardia vigilaba y cuando fuera de ella salía, la legión le acompañaba para defender su amenazada vida, acreditando esta pompa, que quien de popularidad carece, en carcelero de su propia libertad por ambición se torna.

Tan bélica actitud, la bravura y bríos de los parciales

del Obispo moderó un momento, notando lo cual su Excelencia fué amansando su enojo, llegando su benignidad y su tolerancia hasta otorgar libertad bajo de fianza á su temible enemigo el ladino Provisor, que con más de una almibarada plática á bordo le había ganado la voluntad y rebajado la saña que le tenía.

Suelto el Provisor por gracia suya, no por el goce de la libertad dejó enervar su ánimo, sinó, antes bien, con grande discreción fué entre los mercenarios y franciscanos el fuego de la rebelión atizando, auxiliándole en tan riesgosa empresa el padre fray Francisco Ocampo, que tocado por la mano de Dios, como él decía, de las filas del General á las filas del Obispo se pasó de la noche á la mañana. Las valerosas damas tampoco solos en tal obra á dichos varones dejaron, pues demandando á sus consortes el cumplimiento de la palabra empeñada, los ánimos levantaron tanto y tanto que resuelto y acordado quedó que en la primer propicia ocasión con su Excelencia á la sombra darían. Quien, como bravo caballero, en el concierto grande parte tuvo y mayor entereza y decisión mostrara, fué D. Pedro de Esquivel, caballero sevillano, ardiente partidario del Obispo, celoso de los fueros de la santa fé y en cuyo pecho la adormecida valentía despertó bizarramente, cual en toda noble sangre acontece.

Concertado el propósito, hablóse bajo, juróse el secreto, guardólo cada cual lo mejor que supo; mas, por mal de su elocuencia se le cayó un día de la boca á la animosa D^a Mónica, enrostrando á los caballeros su retardo y prometiendo, como lo tenía dicho, sacarla ella sola en persona mucho mejor que Judith. Suelto el secreto recogiólo la moza que guisaba, la cual lo dijo al oído al galán que la

cortejaba, quien lo trasmitió á Ginés, el cual, entero y caliente sirvió el bocado á su Excelencia.

No bien escuchó la nueva D. Felipe, poniéndose rojo de enojo y turbio de ira, mesándose las barbas exclamó con ánimo resuelto: Con que esa me traman! ¡Agora veredes quien soy yo!

—No se lo dije á vuesa merced que para tener en paz el gobierno hay que acabar con esa gente? No sino, ándese no mas vuecelencia con escrupulillos y tolerancias, que aunque aumente la guardia, ya verá si ellos en menos de un pestañear se nos descuelgan.

—Tal me lo pienso yo!; pero quien les vé la fachenda, no son ni para espantar una mosca!

—Pues con las trazas que llevan ya vuecelencia vé las que nos hacen. Para mí tengo que en torcidos de esta laya quien dá presto dá dos veces y si vuesa merced no anda á la que salta, podemos madrugar tan desnudos del gobierno como vinimos al mundo. Si tan malas intenciones traen, ¿hay mas que cortarlas de medio á medio? Atienda vuecelencia: un día el señor arcipreste parlando de cosas políticas por causa de vuesa merced, me mentó un donoso latín que para casos de conjura y alzamiento dijo que era de tan gran potencia que sin otras armas que él habían hecho maravillas no sé cuantos emperadores romanos; decía el latín.... decía....

—Bien me le conozco! contestó D. Felipe atajando al escudero; con ese sabio proverbio un grande emperador hizo una pirámide de todas las cabezas de sus enemigos, después de lo cual gustó de mucha paz en su imperio y en grande amor le tuvieron sus agradecidos súbditos.

—Gran maravilla debe ser el tal precepto, y ahora si

que lo canto, que si el latín para enredar al común de las gentes sirve, de gran provecho en cosas de gobierno sale. Oíga su merced que la sentencia dice....

—Dice la sentencia, *oderint dum metuant*, que quiere decir: que me odien con tal que me teman!....

—Cabalito!, lo del *oderint* se me escapaba, que en cuanto al *metuant*, en la punta de la lengua le tenía. Mire vuecelencia cuan beneficioso á todo gobernador le sale saberse un latín que recio taje y duro apriete! Y ya que vuesa merced lo sabe, trasládelo con todas sus letras á quienes como sayo á medida les caiga.

—Justo! y ha de ser haciéndoles una que les derrita el alma de miedo!

—Ahí los quiero ver yo!; con que vuecelencia cuelgue un par de villanos, que es por donde ha de empezarse siempre, los otros se dan al punto por muertos.

—Te engañas Ginés, te engañas; para acabar con todos ellos ha de hacerse justicia en aquel que más sobre los otros puede y vale; pues! para matar el lobo, ¿dónde habrás de darle?, en la cabeza, hijo, en la cabeza!

—María Santísima!, y habrá vuesa merced de dar en la cabeza á su Ilustrísima!

—Te me sales con semejante calabaza! En lindas paces quedara yo con el Santo Padre! No sabes que el Papa y nosotros todos somos unos? Pues!, y he de descontentar y romper amistades con tan alto príncipe? La cabeza de mi intención no es la de su reverencia, que por católica y sagrada, temeridad sería tocarla; la precisa es otra que sin tonsura ni cruces valga tanto como aquella, la cual viniendo al suelo, á esos alevos espante y á la sumisión y obediencia los sujete desde el Obispo para abajo.

—Por vida de mi ánima, señor Gobernador, que no hay quien á vuecelencia en ardidés de guerra aventaje!; ¿y adonde vuesa merced apunta?

—Pues, adonde!, á quien la traición abanderiza y la conjura nos arma!

—D. Pedro de Esquivel!

—El mismo!; y para atajarles el camino, hemos de apresarlo ahora y ha de colgársele mañana!

No muchas horas después de este coloquio, el desprecenido D. Pedro bajo las garras de su Excelencia caía. Armósele proceso en breve instante, y como quien el poder tiene en sus manos los ojos de la justicia fácilmente venda y pruebas fáciles encuentra para cubrir la inocencia de culpa, labrado el juicio con puntuales arrequives, por traidor, á la última pena condenó ruía sentencia al infortunado caballero.

Vino la noche silenciosa y muda y ella que impasible los ojos cierra á la pasión, la maldad y el crimen y bajo sus negras alas, como cuervo que ahoga sus polluelos, víctimas mil despiadada engulle, dejando correr sus lentas horas breve pasó sobre la oscura prisión del ilustre prisionero. Luego el delator día, que todo lo descubre y lo revela, sus luces derramó mostrando á los humanos ojos el cadalzo durante la noche alzado en el medio de la plaza de la villa. Apenas el sol con sus primeros rayos las altas palmas doró amoroso, numerosa hueste de soldados á tan lúgubre lugar condujo al prisionero; la mano del verdugo dióle garrote, cortóle luego la cabeza y clavándola en una pica mostróla á la atemorizada muchedumbre para espantar, una vez por todas, á cuantos con malos ojos mirasen y con su lengua ofendiesen al Exmo. Señor Gobernador.



VI

En donde los políticos verán y aprenderán cuanto vale un ¡viva Cristo! dicho á tiempo.

Grandísimo temor, alarma y confusión causó en la villa el ajusticiamiento del señor de Esquivel, cuya cabeza quedó clavada en la pica durante varios dias, señalando á los enemigos de su Excelencia el punto á donde habían ido á parar sus muchos discursos y sus ningunas obras. Afigióle en extremo á su Ilustrísima la triste suerte que á tan noble caballero y fiel partidario suyo habíale cabido y dando paso á mil imaginaciones que en su escrupuloso espíritu toda agena desdicha causaba, impúsose en este caso severa penitencia de ayuno y cilicios para castigar en su cuerpo la parte de culpa, que segun él, le correspondía en el gran justición que acababa de hacer D. Felipe.

Por su parte las damas ponían de siete colores á sus consortes y galanteadores tachando su cobardía y concluyendo todas, cual más, cual menos, en estos términos: Pues!, ¿no os lo dijimos?, á linda parte habeis al caballero Esquivel conducido!; tan desmazalados y follones os mostrais que el mismo destino mereceis! Nunca del hombre

se mostró más menguado el pecho, más sumiso el brazo ni más servilmente doblada la cabeza, y pues nada de vuestra flojedad se espera, el desertado puesto nosotras habremos de ocupar animosas, remate á tan oprobiosa tiranía dando! Por su parte la señora Mónica sermoneó lindamente al aterrado D. Plácido, que como abanderizado en la conjura miraba á todas horas su pobre cabeza clavada en otra pica; desconsolada así mismo del valor del valeroso capitán D. Sisenando le castigó con su enojo y sus desdenes, mirándole con fieros ojos, concluyendo sus reproches con el consabido: Ya vereís, amilanados pechos de los hombres, como he de sacarla yo sola mejor que la heroica Judith!

Viendo por su parte los capitanes y caballeros, clérigos y frailes que más que el agua, la espada de D. Felipe les llegaba al cuello, concentraron su valor por muchos puntos disperso y resolvieron dar en tierra, sin más espera, con el temible Gobernador. El listo Provisor y el animoso reverendo frai Francisco Ocampo, capitaneando la jornada, prepararon con mucho tino y cautela el modo y manera de llevar á término el tantas veces discutido concierto, acordando que ciento cuarenta caballeros y hombres de armas se congregarían sigilosamente en casa del Provisor, que cerca de la Iglesia mayor quedaba, y tan luego como el Gobernador al templo llegase, la prevenida falange se le echaría denodadamente encima. Hecho el propósito, alistáronse todos esperando la ocasión de realizallo.

Harto pagado de su bravura y muy confiado del poder de su invencible brazo quedó el señor D. Felipe, juzgando por el terror que su singular hazaña en su rebelde pueblo había causado, que serenos días y gobierno á todo trapo

para en adelante se tenía asegurado. Y así, en la mañana de un alegre y muy acicalado lunes, seguido de sus cincuenta custodiadores armados de picas, partesanas y arcabuces encaminóse, cual tenía de costumbre, á la Iglesiamayor á oír la primera misa. Entrado y acomodándose que hubo su Excelencia y colocándose Ginés detrás de su sitial para guardarle las espaldas, paseó la mirada altiva y desdeñosa por sobre la multitud de damas y devotas gentes que en el templo con gran recogimiento oraban.

A poco, saliendo con gran solemnidad de la sacristía, presentóse su Ilustrísima con un crucifijo en las manos, seguido del Provisor Segovia y del reverendo padre Francisco; adelantó unos pasos y en cuanto el Gobernador se arrodilló, el prelado gritó con segura voz: ¡Viva la fe de Cristo!—¡Viiivaaa! contestaron hombres y mujeres, entrando precipitadamente en ese instante por todas las puertas del templo la hueste de los caballeros conjurados, quienes se lanzaron sobre su Excelencia. Viendo este el peligro que le amenazaba guarecióse en el presbiterio y sacó su espada poniéndose en defensa; su guardia á defenderle se aprestaba, mas el prelado levantando en alto el crucifijo, volvió á gritar: ¡Viva la fe de Cristo!—¡Viiivaaa! contestó la guardia dominada por la sumisión religiosa.

Entanto, los caballeros acometieron contra su Excelencia, quien solo encontró defensa en el valeroso hidalgo Gonzalo de Altamirano, pues el bravo Ginés, en cuanto vió tanta gente armada y tan mal parado á su amo, dióse tan diestra zabullida en medio del concurso que recién logró sacar la cabeza á tres cuadras de distancia.

No pudiendo contrarrestar el Gobernador la superioridad del número y abandonado como se hallaba de los suyos

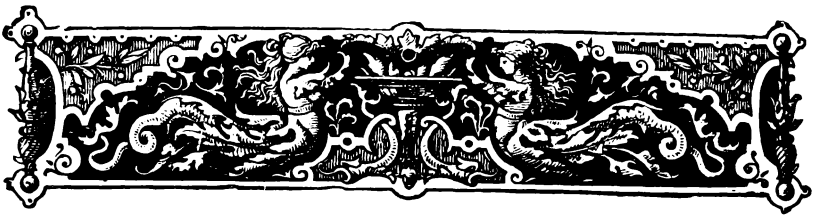
cayó sin dilación en manos de los furiosos conjurados. La enardecida multitud cebó en él su ira y sus rencores, befiéndole, mesándole las barbas, abofeteándole y arrastrándole fuera del templo, haciendo lo propio con el hidalgo Gonzalo, á quien tan mal parado pusieron que en pocas horas al otro mundo le enviaron.

Mientras la gente de pelea el fruto de su victoria fuera del templo llevaba, las damas que en el templo quedaban agrupáronse cerca de su Ilustrísima y prosternáronse humildemente á sus pies; la señora Susana llegóse al prelado, arrodillóse, besóle el anillo episcopal inclinándose reverentemente ante él. Su Ilustrísima poniendo su mano derecha sobre la cabeza de la dama, dijo gravemente: bendita sea la mujer santa, la mujer honesta, la mujer fuerte!; y luego extendiendo sus brazos hacia el pueblo y bendiciéndole, exclamó alzando los ojos al cielo:

¡Benedictus Domini Deus Israel; quia visitabit et fecit redemptionem plebis suæ! (1).

(1) Bendito sea el Señor Dios de Israel. porque visitó y redimió á su pueblo!





EPÍLOGO

Sostienen ciertos puntillosos preceptistas, y así también lo defienden otros que sin llegar á tanto, en literarias artes su juicio en pontifical punto colocar pretenden, que para que toda novela haya de salir bien encuadrada, muy cumplida y sin cojera de perro que su flaca armadura delate, ha de evitar celosamente el autor agregar ni media palabra después de terminada su historia, para lo cual procurará, con toda la maña que le fuere posible, dar fin á la acción de tal manera que nada sea necesario decir acerca de las personas y cosas que en ella buena ó mala vida tuvieron.

Muy sabio debe de ser el precepto y en grande autoridad han debido tenerle muchos entendidos noveladores, pues sujetándose á tan rigurosa ley, he visto que autores hay que para no tener nada que añadir á la postre, en el curso de la obra van dando compasiva sepultura á los felices ó desventurados personajes que trajeron al mundo, siendo en esto tan inflexible el rigor de su justicia que en terminando la obra, cuando más á uno

ó dos hace el autor gracia de la vida, sin duda para que por lo menos haya quien pueda dar fe de la verdad del cuento.

Visto tengo también, que siguiendo tan atinada regla, otros autores, en muy largas y filosóficas novelas, á fuer de galantes y enemigos de molestar al prójimo, dan tan nada que hacer á sus heroes y heroínas, y unos y otros, aun cuando sin causa sobradamente lloran y largamente parlan, tan poco dicen, que cuando el romance acaba, nada queda que decir ni de sus gloriosos fechos ni de sus famosos dichos.

Desventurado de mí que á pesar del grande empeño que en respetar la regla puse no he logrado llegar á un atinar tamaño!; pues, por mucho que me hube esforzado en querer dar fin con las principales cabezas de esta singular historia, por desventura mía todas mis gentes han quedado con vida larga y salud cumplida, dejándome las muy ladinas muchos cabos sueltos que anudar se hace preciso para ahorrar al fatigado lector la tarea de andarse en busca de viejos legajos é historias que le cuenten y le digan cual fué el fin y remate de las tan altas quanto magníficas personas que en ésta historia aparecen.

Muy á riesgo, pues, de que los entendidos, en calzas prietas me pongan, como hombre de cabal conciencia, enemigo de quedarme con lo ajeno, y mucho más de dejar las cosas sin la cola que siempre llevan, no he de quedarme sin apuntar la diversa suerte que cupo á tales personas después de la famosa rebelión en la cual tan airosa y triunfante salió la fe de Cristo. Y así, tenga el lector paciencia que para anudar cabos sueltos, con un estirón y una torcida á pedir de boca los nudos salen.

Cuentan muy discretos historiadores que tan luego como el Gobernador D. Felipe hubo de sus alturas caído, durante el barullo cerca de un cuarto de hora anduvo el gobierno suelto y sin dueño y no queriendo dejarlo en tal horfandad y desvalimiento compadeciéndose de su triste condición el señor D. Martin Suarez de Toledo, quien mas listo que otros también compasivos capitanes, en cuanto le vió tan á la mano cogióle por las faldas y para ampararle con toda decisión y celo se lo metió dentro del cuerpo, persuadido de que en cosas políticas en ninguna otra parte puede el gobierno estar mas seguro y menos expuesto á que otro aficionado con el señorito cargue.

Rodeado el señor D. Martin de la recomendación eficaz de mucha gente armada y llevando una vara de justicia en las manos, salió á la plaza apellidando libertad; luego mandó juntar á cabildo para que lo recibiesen como capitán, Justicia mayor y lugarteniente del gobernador D. Juan Ortiz de Zárate. Todo dejaron hacer los cabildantes y el manso del Obispo, quien consagraba especial afecto al nuevo gobernante por la devoción que le mostrara durante sus turbios y bien amargos días.

No bien divisó Ginés de que lado caía el dado colocóse de tan justa parte, asegurando al nuevo Gobernador y al prelado que si ellos no hubiesen bajado á D. Felipe, él resuelto se lo tenía acabar con tan hereje gobernante y tan truculento tirano, y que así, se maravillaba de lo hecho y regocijábbase con la victoria obtenida, en la cual él habia puesto todo arrojó de su parte.

En cuanto al señor General D. Felipe, una vez bien molido y harto aporreado, sacado que le hubieron del templo condujéronle al convento de los padres mercena-

rios, en donde le tenían aparejada una estrecha prisión al lado de la celda que ocupaba su Ilustrísima. Aseguráronle con fuertes grillos y ciñéronle las manos con firme cadena, la cual se prolongaba y pasaba por un agujero del muro hasta llegar á la celda del Obispo; en la extremidad de la cadena, que pasaba á través de seguro potro, colocóse un gran candado cuya llave se entregó al prelado para que tuviese seguro y bien guardado á su enemigo.

Por su parte los frailes obsequiaban generosamente al prisionero con todo género de privaciones, haciéndole purgar sus culpas con ejemplar ayuno y abstinencia.

La hermosa doña Susana, caído que hubo el amartelado D. Felipe, recobró su libertad que tan mermada había tenido, y dióse á luz pareciendo á cuantos la miraban mas bella de lo que antes pareciera. Apuestos caballeros y valientes capitanes le pidieron rendidamente que su amor y sus penas compadeciese y su sin par ventura mediante la bendición de su Ilustrísima labrase; mas, como sobrase en ella discreción y cordura, dejó á los desconsolados sin consuelo, dando singular ejemplo de la fidelidad que la mujer honesta debe al amado de su corazón, aun cuando éste se haya marchado á la otra ribera de esta transitoria vida.

El prolijo cronista que de esta historia trata observa con grande asombro que terminado el gobierno de don Felipe aumentóse grandemente el número de los súbditos sometidos á la ley imperial del matrimonio, haciendo notar también que casi al año de estos sucesos las esposas, y aun las que no lo eran, fueron generosísimamente favorecidas con frutos de bendición, lo cual atribuye funda-

damente al triunfo de la causa de la Iglesia y de su prelado sobre el feróz enemigo que los favores del cielo con sus malas obras había ahuyentado largo tiempo.

Pero donde, sobre todo, el prodigio dice que se mostró mas visible fué con la señora Mónica, la cual presentó orgullosamente al mundo un mui rrollizo y al parecer guapísimo infante. Las envidiosas lenguas decían que el muchacho era copia y retrato fiel del capitán D. Sisenando; pero, su esposo D. Plácido, que sin duda sabía á que atenerse, se regocijaba con el chico, encontrando y admirando como entre él y su postrero descendiente no había otra diferencia que la que la distancia de los años entre padres é hijos señala y marca. Sin embargo, no dejaba de admirarse alguna que otra vez de este tardío é inesperado suceso y cuando filosofaba con su esposa sobre tan especial favor del cielo, ella achacando también el caso al triunfo del Obispo y caída de D. Felipe, con entera convicción y mucho acierto decía á su esposo: Para que veas, mi amado, cuanto puede en estas cosas un cambio de gobierno á tiempo!

El señor capitán por su parte había celebrado y aplaudido con gran denuedo tan victorioso acontecimiento, complaciéndose en festejar, traer y llevar y hacer agasajos al chiquillo, llegando á tanto su solicitud y esmero en este asunto que el señor D. Plácido, todo gozoso y sonriente, pagadísimo de su ternura, decíale: ¡Por mi vida señor capitán que vuesa merced erró la vocación, pues por el corazón que muestra bien se vé que nació para doncella de crianza! (1)

(1) O como decimos hoy: ama seca.

Un año mas que largo, pesado y hambriento permaneció en su prisión el desdichado D. Felipe, hasta que el Teniente del Gobernador, deseoso de deshacerse de tan peligrosa prenda acordó enviarle á España, para lo cual alistóse un bergantin en el cual se encerró convenientemente al prisionero. Su Ilustrísima, temeroso de que el General allí á sus solas y á sus anchas pintase á su paladar las cosas pasadas ante el Consejo de Castilla, juzgó prudente hacerle compañía en el viaje, á cuyo fin se embarcó en la misma nave.

Despues de detenerse ésta en varios puntos de las solitarias costas arribaron los viajeros á San Vicente, puerto del Brasil, en el cual desembarcaron al General, asegurándole en estrecha prisión; mas, auxiliado por los portugueses logró evadirse, cayendo luego en las manos del capitán Rui Diaz Melgarejo, su acérrimo enemigo, quien le envió con toda seguridad á su destino.

Entre tanto, el colmo de los años, según dicen los historiadores, y los muchos achaques cortaron el hilo de la vida de su Ilustrísima, el cual entregó su alma al Creador santa y resignadamente en el indicado puerto, aseverando el venerable taumaturgo José Anchieta, quien auxilió al prelado en sus últimos momentos, «que su cadáver durante muchos años exhaló fragancia celestial y la comunicó á su sepulcro, lo cual acreditaba su santidad y la manera como el cielo la evidenciara.»

Su Ilustrísima, penetrando sin grande estorbo ni impedimento en la patria celestial, dadas sus ejemplares virtudes y su caracter sacerdotal, y su cruel enemigo el General D. Felipe, quien probablemente ha debido cancelar totalmente la cuenta de sus muchas culpas con un largo

purgatorio, han sin duda, en la región de la eterna bienaventuranza donde moran, hecho cesar su enojo, viviendo á la hora presente en la dulce y tranquila paz que en el cielo impera y que acá en la tierra existir no puede por causa de las cautivadoras hijas de nuestra madre Eva, que, dando á morder ó mezquinando la sabrosa y envenenada fruta del árbol del paraiso á los incautos hombres, encienden perpetua y reñida guerra entre tan inocentes quanto dóciles criaturas!





ÍNDICE

| | Páginas. |
|---------------------|----------|
| Requitorio | V |
| Juicio crítico..... | IX |

PARTE PRIMERA

POLÍTICA MILITAR

| | |
|--|----|
| I.—En donde se verá quien era su Excelencia y los puntos que calzaba..... | 17 |
| II.—De cómo no basta ser Gobernador alegre para tener bonitos sueños | 22 |
| III.—Su Ilustrísima el Reverendísimo señor Obispo de la Asunción..... | 28 |
| IV.—De cómo un pastor honesto y justo puede tener muy malas imaginaciones..... | 33 |
| V.—Porqué se rompieron los platos | 40 |
| VI.—En donde mediante los buenos oficios de la interjección <i>pues</i> se da fin y pone término à una reñida contienda histórica..... | 47 |
| VII.—Ahora viene lo bueno!..... | 54 |
| VIII.—Predicar en desierto..... | 58 |
| XI.—Aquí entra ella..... | 63 |

| | Páginas. |
|---|----------|
| X.—Plan de campaña..... | 68 |
| XI.—De cómo suele llegar á buen tiempo un valiente Provisor..... | 76 |
| XII.—Un sermón cuasi político con todos sus comenta- rios..... | 80 |
| XIII.—Guerra de recursos..... | 88 |
| XIV.—De cómo una mujer solita puede mucho mas que muchos hombres juntos..... | 92 |
| XV.—Tres guapísimos guapos..... | 97 |
| XVI.—En el garlito!..... | 102 |
| XVII.—Caminar á oscuras, dormir mal y madrugar tem- prano..... | 109 |
| XVIII.—Plática moral..... | 113 |
| XIX.—A la calle todo el mundo..... | 120 |
| XX.—Entregado á Satanás... y en ayunas..... | 125 |
| XXI.—Pues, si señor! ¿hay quien pueda más que el Pa- pa?..... | 130 |
| XXII.—Sueño muy dulce y despertar bien amargo..... | 135 |

PARTE SEGUNDA

NEGOCIACIONES DIPLOMÁTICAS

| | |
|---|-----|
| I.—Ciertas cosas y personas que deben saberse y co- nocerse antes de seguir adelante..... | 139 |
| II.—En donde hace su solemne entrada el valeroso se- ñor Capitán Corre-corridos..... | 143 |
| III.—De cómo el nigromántico Cupido convierte en bra- vísimo león un mansísimo cordero..... | 147 |
| IV.—En donde el mismo señor Cupido se da modos para acrecentar el número de los valientes..... | 154 |
| V.—La resurrección de Lázaro..... | 160 |
| VI.—En donde todo un Gobernador en persona hace de una vía dos mandados .. | 165 |
| VII.—Quien canta, su mal espanta..... | 170 |

PARTE TERCERA**POLÍTICA FEMENIL**

| | Páginas. |
|--|----------|
| I.—En donde se verá cuanto conviene á los pobrecitos hijos de Adán vivir en amorosa paz con las inluminadas hijas de Eva..... | 177 |
| II.—Una sesión memorable en la Cámara del abanico, en la cual varias costillas de Adán hacen la solemne declaración de los derechos del hombre..... | 184 |
| III.—Otra sesión en la Cámara de la cogulla, en la cual los latines sobran y las buenas obras faltan | 193 |
| IV.—Del sabroso coloquio que el señor Gobernador Cáceres y su escudero Ginés tuvieron, en el cual comprueban acabadamente que ninguno de los dos era hijo de su madre..... | 201 |
| V.—Agora veredes quien soy yo!..... | 209 |
| VI.—En donde los políticos verán y aprenderán cuanto vale un ¡viva Cristo! dicho á tiempo..... | 214 |
| | |
| Epilogo..... | 218 |



**Cualquier libro que necesite
dirigirse á la libreria**

JUAN PALUMBO

Reconquista 320

BUENOS AIRES
